

La Biografía Didáctica

Una construcción social en la elección
profesional como docentes

Coordinan:

Aneli Galván Cabral

Martha Yolanda Ramírez Sandoval

Claudia del Carmen Piña Robles

Maricela Rodríguez Ramírez

Maricela Soto Quiñones



LA BIOGRAFÍA DIDÁCTICA

UNA CONSTRUCCIÓN SOCIAL EN LA ELECCIÓN PROFESIONAL COMO DOCENTES

COORDINADORAS:

ANELI GALVAN CABRAL

MARTHA YOLANDA RAMÍREZ SANDOVAL

CLAUDIA PIÑA ROBLES

MARICELA RODRÍGUEZ RAMÍREZ

MARICELA SOTO QUIÑONES

La Biografía Didáctica

Una construcción social en la elección profesional como docentes

Primera edición, 2021

Compiladoras

D.R. © Aneli Galván Cabral

D.R. © Martha Yolanda Ramírez Sandoval

D.R. © Claudia del Carmen Piña Robles

D.R. © Maricela Rodríguez Ramírez

D.R. © Maricela Soto Quiñones

D.R. © Benemérita Escuela Normal “Manuel Ávila Camacho”

Elías Amador 302, colonia Sierra de Alica, c.p. 98000, Zacatecas, Zac.

Cuerpo Académico :

<<Competencias Didácticas en la Formación Inicial de Profesores>>

ISBN: 978-607-8743-23-0

Revisión y estilo: Mtra. Estela Galvan Cabral

Diseño Editorial: Cuauhtémoc Torres Flores

Impreso y hecho en México

Este libro se produjo con recurso del Plan de Apoyo a la Calidad Educativa y la Transformación de las Escuelas Normales (PACTEN) 2018; su distribución es gratuita.

Este libro se terminó de imprimir en mayo de 2021, en los talleres de Color Printer Zacatecas.

Se tiraron 350 ejemplares.

Índice

Presentación	7
Introducción	15
Prólogo	19
¿Qué elegir?	25
Mi primera segunda opción	31
Mi vocación: una paradoja	35
¿Por qué elegí ser maestra?	39
Cambio a última hora	45
La metamorfosis de mi elección profesional	53
Un llamado para ser docente	57
Raíces de mi elección como docente	61
Nadando contra la corriente	65
Vocación natural, ¿será?	69
Un dilema en la elección docente	73
Ayudar enseñando	77
Decidir con la experiencia	83
Vocación de último momento	89
No era la clase, sino la docencia	91
Un paseo por mi vocación	97
El camino hacia mi vocación	101
Mis primeros pasos hacia la profesión	105
Vocación natural	111
Un huracán en mi elección docente	115
Veintiún años, descubriendo mi vocación	121
Ser docente: un sueño	125
¿Qué dirán?	129
El surgimiento de mi elección docente	133
Reflexiones finales	139
Conclusiones	151
Bibliografía	155

Presentación

La postura que toma el educador en la construcción del sujeto es determinante si se trata de establecer la conformación del hombre en la actualidad: de las acciones del docente depende que el alumno se constituya en individuo, actor social o sujeto cuya labor le permita transformar la realidad en la cual se encuentra implicado.

La presente compilación reúne las reflexiones acerca del vínculo entre la elección personal de ser profesor y las exigencias sociales y educativas en la actualidad que manifiestan los alumnos de nuevo ingreso a una institución formadora de docentes. El sustento para la exposición de las autobiografías que integran este libro se encuentra en los aportes de Foucault (1986) y Touraine (1997) acerca de que el sujeto se construye a partir de reconocerse como individuo en el que se da la voluntad de obrar y de ser reconocido como actor social, para después ser sujeto en relación con los otros.

Actualmente, la Reforma en Educación Normal (SEP, 2012) destaca la importancia de revisar la formación profesional como contenido conceptual y eje de análisis. Para ello, se hace necesario que, en la formación inicial, los alumnos reflexionen sobre la relación entre la elección personal de ser profesor y las exigencias sociales, educativas, culturales, ideológicas, políticas y administrativas de la profesión docente, lo que posteriormente será la pauta para generar procesos de comprensión y explicación acerca de las complejas responsabilidades que conlleva esta tarea.

Las escuelas normales del país viven hoy una reforma educativa que propone un nuevo plan de estudios (2012). En él, se plantea un perfil del docente en formación que responda

a la transformación social, cultural, científica y tecnológica que se vive en México y en el mundo, así como a los retos que ésta supone. Con base en ello, en el proceso educativo deberá asegurarse la participación activa del educando al estimular su iniciativa y su sentido de responsabilidad social (Acuerdo 649), acciones que competen a las instituciones de nivel superior.

El programa «El sujeto y su formación profesional como docente», ubicado en el primer semestre de la malla curricular dentro del trayecto formativo psicopedagógico, persigue en gran medida que los alumnos reflexionen sobre su elección profesional; asimismo, propicia la discusión y el diálogo colectivo sobre las funciones y problemas de la docencia en el actual contexto, buscando que permitan reconocer la complejidad de esta profesión (SEP, 2012). Para ello, es necesario acercarse a la conceptualización del sujeto como tal y a las representaciones sociales que se tienen respecto del ser docente.

A partir de aquí, es necesario realizar un análisis del papel que juegan los actores sociales y los sujetos en la transformación de la sociedad actual, lo que permite reconocer el rumbo que tienen las escuelas normales en la formación inicial de los profesores como sujetos sociales.

A decir de Touraine (2002), la construcción del sujeto es una clara vinculación con las ideas de individuo y de actor social. El individuo constituye la unidad particular en que se mezclan la vida, el pensamiento, la experiencia y la conciencia. Estos cuatro elementos permiten observar la particularidad de cada sujeto como individuo, que forma un pensamiento o ideología a partir de vivencias o experiencias con las cuales crea conciencia de su realidad.

El sujeto es, por tanto, la voluntad de obrar y de ser reconocido como actor social, es decir, muestra una voluntad

propia para transformar aquello que la colectividad ha impuesto; es un sujeto en busca de una acción, que reconoce la existencia de una vida personal y la forma en la que esta se conforma, de ahí que pueda controlar sus propias vivencias y que pretenda realizar transformaciones a partir de la acción. Ante esta consideración, el docente —en cuanto formador— busca el tránsito del individuo hacia el actor social, hacia la conformación del sujeto, un sujeto que modifica su ambiente y la estructura de la cual forma parte. El actor deviene en acción, la cual ocurre sobre lo existente. Si bien hay una individualidad previa, es el actuar en lo colectivo lo que permite conformarse en sujeto.

Los sucesos sociales enfrentan a los dos actores principales (individuo y sujeto). Según Touraine (2002), para que el individuo pueda constituirse como sujeto, debe construir su propia existencia. Esto implica un esfuerzo de su parte por alejarse del mercado y de los aparatos tecnocráticos que buscan absorberlo, de tal forma que pueda reflexionar con claridad sobre sus propias iniciativas frente a las batallas sociales.

El individuo, el actor social y el sujeto no son entidades separadas. Para la construcción del sujeto, es necesario que se reconozca la individualidad y que se dé la voluntad de ser sujeto. De esta forma, el individuo puede cambiar conscientemente para convertirse en actor social que, como sujeto, sea capaz de transformar su entorno social en beneficio de la colectividad. (Touraine, 2002)

Touraine (1997), Foucault (1986) y Zemelman (1997) comparten la idea de que es necesario el cambio. Las transformaciones sociales son lo que hace ineludible la formación de sujetos desde los ideales de la escuela, pues es en ésta donde se forma al ciudadano, al ser ético y moral, donde se transforma al individuo en sujeto social. Más que el actor de una vida en sociedad, en las instituciones educativas,

el alumno se convierta en el agente de una obra colectiva en y para la comunidad. Sin embargo, resulta verdaderamente complejo formar al sujeto en las condiciones problemáticas que presentan la educación y la docencia en el contexto actual.

La cuestión del sujeto, y del conocimiento sobre sí mismo como individuo, ha sido también planteada por Foucault (1986). Desde su perspectiva, existe una subordinación entre ambas cuestiones: es necesario conocerse a sí mismo para saber cómo ocuparse de sí y, en consecuencia, poder ocuparse de los otros. Estas acciones implican también el conocimiento del alma, porque ocuparse de uno mismo significa ocuparse de su alma. Yo soy mi alma, entonces, hay que ocuparse siempre del alma-sujeto; de tal forma que, como docente, es necesario primero reconocerse como individuo para transitar, mediante un proceso complejo, hacia la construcción de ser *sujeto*, lo que implica ser responsable de lo que se piensa, se dice y se hace.

El trabajo de Foucault (1986) muestra la esencia que el individuo debe poseer para ser sujeto, para llegar a conocerse a sí mismo y para poder cuidar de sí. Tres aspectos son básicos para dicho conocimiento:

1. *Actitud* con uno mismo, con los otros y con el mundo.
2. *Forma de atención*: vigilancia sobre lo que se piensa.
3. *Actuación*: forma de comportamiento mediante la cual el individuo se hace cargo de sí mismo. Revisar lo que se hace permite realizar modificaciones en los pensamientos, los lenguajes y los actos para lograr las transformaciones que mejoren los contextos en que se desenvuelven los individuos, lo que eleva el alma.

En el trayecto de la formación del sujeto, es necesaria la presencia del maestro, pues «no existe preocupación por uno mismo sin [ella], pero lo que define la posición del maestro es que aquello de lo que él se ocupa es precisamente el cuidado

que pueda tener sobre sí mismo aquel a quien él sirve de guía» (Foucault, 1986: p. 48). La presencia del profesor como mediador contribuye a que sus alumnos logren conformarse como sujetos sociales, de tal forma que transformen su entorno en beneficio de la colectividad misma. El maestro es un operador en la reforma de un individuo y, por ende, en su formación como sujeto. En este sentido, el otro es indispensable en la construcción del individuo como sujeto. La constitución del sujeto social debe ser el fin permanente de la voluntad y no puede lograrse más que por la mediación del otro.

Si bien en un espacio educativo conviven individuos con una existencia particular en el tiempo y en el espacio, con un hábitus definido —como diría Bourdieu (1990) — propio del campo donde se desarrollan y con un pensamiento y una ideología constituidos a partir de experiencias personales, es el educador quien brinda nuevas oportunidades de formación, forjando un carácter activo de transformación. Sin embargo, en este proceso, el sujeto también se conforma a partir de un hábitus que viene de ciertas disposiciones, en las que se adoptan normativas y enfoques que ya han caducado frente a las necesidades sociales, pero que siguen permeando las instituciones educativas. Por ende, el docente se convierte también en un mediador entre el sistema político, las instituciones y el sujeto.

El libro que aquí se presenta muestra los resultados de un proceso de compilación realizado con los alumnos de primer semestre de la Licenciatura en Educación Preescolar, con el propósito de indagar y documentar sus nociones sobre la construcción de un sujeto social en su formación inicial como profesores. La Reforma en Educación Normal (SEP, 2012) enfatiza la importancia de revisar la formación profesional como contenido conceptual y categoría analítica, lo que

constituye un eje fundamental que permite reflexionar de manera profunda sobre las razones, los motivos, las expectativas y las ideas que el individuo–sujeto (alumno) tiene respecto de la profesión docente.

Se rescatan aquí testimonios académicos que pocas veces se muestran a la sociedad y se resalta la importancia de la labor educativa en la vida de los estudiantes, así como su reflexión a partir de la decisión de ser maestros. Los datos que arroja esta compilación señalan que la formación inicial de los alumnos de la Licenciatura en Educación Preescolar tiene una fuerte carga en las conceptualizaciones que asumen sobre el ser docentes y su elección profesional. Se perciben diferencias entre el individuo, el actor social y el sujeto, permeados en sus relaciones con la escuela y el entorno familiar, sus dudas e inquietudes, los momentos desafortunados y el impacto en sus emociones, al igual que las relaciones de amistad que influenciaron su gusto por la enseñanza.

Pensar en el papel que se desempeña como individuo o como sujeto, en una sociedad tan llena de conflictos, requiere replantearse la función de la escuela en la formación del profesor. Cuando los alumnos ingresan a la Escuela Normal, tienen expectativas construidas respecto del ser docente, pero ¿en qué medida coinciden con el modelo docente requerido actualmente en la sociedad?, ¿cuáles son los imaginarios y cualidades de la profesión docente? y ¿cómo es la construcción de la identidad profesional a partir su elección y de las razones que lo constituyen como sujeto sociocultural?

Otro aspecto recuperado para el análisis de resultados es la idea de Foucault (1986) y Touraine (1997) acerca de que el sujeto se construye a partir del reconocerse como individuo. Es un proceso en el que se da la voluntad de un individuo de obrar y de ser reconocido como actor social para después ser sujeto en relación con los otros. Como sujeto, realiza un esfuerzo

con el que puede transformar aquello que la colectividad ha impuesto, además de reconocer la conformación de una vida personal en función de la colectividad.

Este trabajo queda, pues, abierto para la discusión y reflexión, tanto de formadores de docentes como de investigadores en el campo de las representaciones sociales en el ámbito educativo.

Introducción

Cada una de las reseñas autobiográficas que se exponen es producto del análisis retrospectivo de un alumno que ha decidido ser maestro. Aquí, se proyecta el hábitus subjetivo, que surge del propio sentir del estudiante, aprehendido ese saber de la práctica colectiva en la que se desenvuelve socialmente; a partir de su subjetividad, reflexiona su decisión de ser maestro. En este ejercicio, las alumnas(os) cuentan sus relaciones con la escuela y la familia, sus dudas e inquietudes, sus emociones y momentos difíciles, así como las diversas circunstancias y relaciones que influyeron en su gusto por la enseñanza.

La naturalidad, el ingenio y, a veces, la ironía con los que se dirigen permiten al lector degustar y disfrutar cada una de estas historias autobiográficas. Se trata de un acercamiento a los recovecos más íntimos y sinceros que evocan, quizá, nuestras propias motivaciones y reflexiones. Cada relato es una puerta abierta a un mundo personal lleno de anécdotas fascinantes por su sencillez y honestidad.

El propósito de este libro es ofrecer a los lectores interesados en la investigación la apertura de nuevas líneas de indagación que permitan comprender la educación en sus diferentes caras, en lo reflejos textuales que se aprecian en los escritos, por ejemplo, acerca de la controversia entre ser o no ser maestro, la elección entre dos carreras, la decisión de conservar la tradición familiar de ser maestro, el feminismo, la vocación natural y la artificial, o la imagen de la profesión docente demeritada por parte de la sociedad; todas, cuestiones latentes en estos escritos.

Este esfuerzo por comprender la «elección profesional como docente» por parte del alumno con formación deja entrever que el querer ser docente y el ser docente son dos apreciaciones que pueden ser afines o contradictorias según la percepción personal. Implica rupturas entre lo que se creía que era ser docente y lo que desde la perspectiva institucional formadora de docentes se construye. Aquí, el futuro maestro rompe con sus imaginarios, pero crea otros que lo adentran en la adquisición de herramientas necesarias para ejercer la docencia dentro de un marco real al que quizá renuncie, o decida asumir.

Dentro del marco de acciones derivadas de los trabajos del Cuerpo Académico «Competencias Didácticas en la Formación Inicial de los Profesores de Preescolar y Primaria», se recabaron los escritos de 24 estudiantes de la Licenciatura en Educación Preescolar de la Benemérita Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho», producto de uno de los cursos del primer semestre del Plan de estudios 2012 de Educación Normal, denominado «El sujeto y su formación profesional como docente».

A partir de estos productos, las autobiografías, se formularon cuestionamientos para dilucidar qué ocurre y cómo se da la elección de ser docente. Es la vocación la que en medio de tanta adversidad empuja a tantos docentes en el país a continuar enseñando, de ahí que la docencia, profesión del diálogo por antonomasia, no suponga sólo transmitir conocimientos, sino enseñar a construirlos.

No obstante, desempeñar la tarea con entusiasmo y dedicación no es suficiente. El ejercicio de la docencia no debe limitarse al amor por la profesión; quien tiene verdadera vocación se plantea la excelencia como meta, cree en el perfeccionamiento, reconoce la necesidad de adecuarse a los cambios y elige posicionarse como actor y no como mero espectador en el escenario actual.

El análisis que encontrará el lector en estas páginas se efectuó con cuatro preguntas básicas y una más que representa los retos de la Escuela Normal frente a la formación inicial de estos alumnos: ¿Quería ser profesor de preescolar? ¿Por qué eligió esta carrera? ¿Qué significa ser profesor para estos alumnos? y ¿Cuáles son los retos de la Escuela Normal frente a estas concepciones? Para focalizar *in situ* las ideas que tienen los estudiantes con respecto a las preguntas planteadas, se dio lectura a los 24 trabajos presentados, en los cuales se encontraron respuestas muy interesantes a dichos planteamientos; entre éstas, la siguiente:

La docencia como una carrera profesional de vida no es fácil; por el contrario, es todo un desafío frente a los problemas de formación de profesores y a la problemática social que hoy se manifiesta en el acontecer diario. Ser profesor requiere mucho más que dominar una materia o disciplina; implica potenciar y producir conocimientos en los alumnos, hacerlos pensar, generar en ellos el deseo de seguir aprendiendo; implica, además, poner el alma y el intelecto en juego cuando se ejerce la docencia; es un trabajo de construcción de conocimientos, de vocación y de corazón.

La identidad profesional es un proceso que se construye desde mucho antes de ingresar a la carrera y comenzar la formación inicial; se inicia incluso por tradición familiar. Pero, ¿cómo saber si los estudiantes tienen vocación?, ¿cómo saber si la elección de la profesión tiene como base una falsa creencia de lo que es ser docente?, ¿qué recovecos no explícitos están latentes en esta elección profesional? Algunas respuestas a estas preguntas están contenidas en los textos que conforman este libro, otras son aún más difíciles de responder. El contenido de los escritos permite analizar las concepciones que las estudiantes normalistas tienen sobre por qué eligieron la profesión de ser docentes en educación preescolar y la polémica que existe para tomar tal decisión.

Prólogo

Hacerse maestro: compartiendo una historia

Hace poco más de cuarenta años, en mi época de alumno de escuela primaria, comencé a pensar, al igual que varios de los autores de los relatos autobiográficos, que si a algo me podía dedicar era a ser maestro. La influencia de mi profesora de sexto grado dejó una impronta en mí y supe, desde entonces, que tenía un proyecto a largo plazo. Pasaron muchas cosas antes de ingresar a la Escuela Normal, algunas de ellas me llevaron a buscar otras opciones, tanto laborales como profesionales. Cuando eres el segundo hijo de una familia de cinco, con un padre de ocupación obrero y una madre que busca en el comercio o en la costura la manera de contribuir a la economía familiar, las opciones se limitan y te ves obligado, como muchos, a sustentar tus propios estudios consiguiendo trabajos en contra turno del horario escolar o bien en vacaciones.

Es evidente que una buena cantidad de las personas que estamos en la docencia porque la elegimos como profesión, hemos tenido que decidir sobre la base de nuestras condiciones sociodemográficas, culturales, familiares y de valores. En poco más de 27 años que llevo en la docencia, no he encontrado a nadie que no lo haya hecho así.

En constantes encuentros, pláticas, reflexiones, análisis y discusiones con las personas y expertos de distintos campos de conocimiento con los que me he encontrado en la ruta de esta profesión, he escuchado posiciones encontradas, antagónicas y bastante polémicas, respecto de la educación y, en particular, de la profesión docente. En todas ellas, siempre

buscaba aprender y entender por qué unos y otros opinan de determinada manera. Sus razonamientos y argumentos me conducían a aceptar, en muchos casos, que lo que decían era lógico y sólido, y, por lo tanto, difícil de refutar; en otros, entendía que lo que se sostenía tenía la intención de lastimar y menospreciar a través de opiniones *de mala fe*, la profesión de la docencia.

Escuchar para tratar de comprender ha sido y es la mejor fórmula que he encontrado para mirar y fijar posturas en torno de la tan complicada tarea que es la educación. Debo confesar que es una actividad hartó compleja, toda vez que se entrelazan siempre cuestiones de orden ideológico, pedagógico, político, económico, personal, social y valoral, que además tienen diferentes niveles de concreción: en el plano inmediato, cotidiano, individual, institucional y colectivo. Con esto se explica que, para poder comprender, haya tenido que echar mano de otro tipo de recursos, además del de la escucha, como la lectura, la revisión de materiales diversos, el análisis de datos.

En cierto modo, acercarme a lo que otros producen por escrito me ha ayudado a encontrar otros mecanismos para ampliar las explicaciones iniciales que he logrado construir acerca de los distintos fenómenos educativos y de las problemáticas que surgen en torno de la profesión. Éste es el caso de la compilación de autobiografías elaboradas por los estudiantes que aquí se presenta. Sus relatos tienen fuerza porque se escriben con honestidad; dicen lo que cada uno es y la forma en que han llegado a ser y a decidir. Si bien es cierto cada uno de ellos toca ámbitos, niveles y dimensiones distintas, los aspectos que se resaltan tratando de reconstruir una historia, rastreando los diferentes vestigios y recuerdos dan cuenta de los momentos que van determinando su inclinación hacia la profesión docente. A través de ellos, se pueden apreciar los aspectos que prevalecen y que, aún con el paso de los años, siguen vigentes cuando se trata de encontrar

las razones, los motivos y las condiciones que están detrás de su idea de ser maestros.

La vocación es uno de estos aspectos. Ese llamado e inclinación hacia la profesión sigue siendo un aspecto contundente al momento de decidir. El gusto por la enseñanza y los niños, por la transmisión de conocimientos, por la formación de otra persona se reitera sobremanera en los relatos autobiográficos de los alumnos. Se trata de un aspecto que, dicho sea de paso, vale la pena resaltar porque se constituye en un bálsamo frente a un discurso político y social que tiene la intención en denostar a los docentes y al sistema educativo a través del mensaje de que «cualquiera puede ser maestro».

Ante la pregunta *¿quién o quiénes desean estudiar hoy para ser maestros?*, la respuesta que se puede encontrar en estos relatos sería *quienes sientan que tienen inclinación y la acompañen con cierta convicción, compromiso y responsabilidad*. No importa si se trata de una vocación innata o adquirida, el punto es que ese llamado, que llega tarde o temprano, hace que las personas se sientan personalmente convencidas de lo que eligieron. Sin duda esto alienta y se constituye en un buen insumo que, como señalan las compiladoras en la conclusión, tendría que procurarse y potenciarse. Esto significa que la Escuela Normal y los docentes que ahí laboran estarían trabajando para incrementar y fortalecer las razones de esa elección, con una propuesta de formación para la docencia que vaya más allá de resaltar los aspectos formales, tradicionales, imaginarios o nostálgicos de la profesión.

Si la profesión enfrenta hoy día grandes desafíos, entonces sería necesario dotar, procurar y ofrecer los elementos para asegurarse de que lo que la institución desarrolle, a través de la implementación de los planes y programas de estudios, garantice que los estudiantes adquieran para sí, todo lo que se requiere para insertarse en un futuro cercano a la profesión.

Esta situación conduce a otro de los puntos que vale la pena colocar sobre la mesa: el de las expectativas en torno de la profesión. No son pocos los relatos que expresan que la Escuela Normal tendría que dar las bases para hacerse un buen maestro. Las comparativas entre las distintas etapas por las que transitaron en el sistema educativo dieron pistas a los estudiantes acerca de lo que podría ser o no un buen maestro. Esos maestros que sirven de ejemplo, siendo estrictos, exigentes, comprensivos, dinámicos, conocedores de su materia y sumamente didácticos permitieron conformar una imagen y una representación determinada; contribuyeron a conformar un modelo o prototipo de profesor.

Así, una buena parte de los relatos evoca lo que es o no un buen profesor. La imagen que han creado tiene fuerza y potencia, porque sirve de referente, permite establecer características y cualidades, da pauta para pensar en el tipo de saber y saber hacer que tiene que desplegar un docente si quiere ser recordado como buen profesor.

La expectativa, entonces, puede convertirse en proyecto personal y colectivo; si la idea que ronda en los relatos es *llegar a ser un(a) buen(a) maestro(a)*, entonces podría pensarse que no se llega solo, es decir, no se logra si no existe una intención y una propuesta definida que marque una ruta a largo plazo. Ahí es donde aparecen la institución, la propuesta curricular, y el trabajo de los formadores y de los que realizan la gestión institucional.

El presente está proponiendo nuevos escenarios para la profesión docente. Los cambios en la Ley General de Educación, particularmente al incorporar el concepto de calidad, derivaron en la promulgación de dos leyes secundarias: la del Servicio Profesional Docente y la de la Evaluación Educativa. A partir de su aparición y, en particular, de su implementación, se modificaron aspectos que históricamente

no habían sido tocados. El más trascendente para las escuelas normales y sus egresados se refiere a la asignación de plaza de manera inmediata y directa.

Concurrir para tener derecho a obtener una plaza en el sistema educativo se constituye en uno de los retos que un estudiante de la Escuela Normal debe sortear si es que pretende ejercer la profesión. Más allá de la polémica y del debate que esto puede suscitar, lo que se quiere resaltar es el hecho de que, si bien es importante la vocación, la inclinación y el gusto por la docencia, se torna necesario que los estudiantes adquieran un *conjunto de saberes* que permitan sortear los distintos procedimientos para incorporarse al servicio.

De este modo, en la propuesta curricular, los cursos y los contenidos temáticos tendrían que sentarse bases firmes de aprendizaje para asegurar que los estudiantes puedan pensar en la profesión docente como proyecto a largo plazo. Esto implica que cada uno asuma ética y responsablemente lo que *le toca hacer*, que el estudiante se implique en su propia formación y comprenda que *hacerse maestra(o)* requiere encausar muchos tipos de esfuerzos.

Sin duda, estos relatos autobiográficos son una muestra de lo que se esboza en estas últimas líneas. Si el afán y el esfuerzo cotidiano de estudiantes y maestros de la Escuela Normal toman como punto de referencia el desarrollo de un proyecto de formación profesional de largo plazo, sin duda, la Escuela Normal seguirá vigente y muchos más tendrán la expectativa de estar ahí para *hacerse maestros*.

Eduardo Mercado Cruz

Octubre de 2016

¿Qué elegir?

Mi nombre es Rafael Alejandro Zavala Carrillo; soy originario del municipio de Fresnillo, Zacatecas. Fueron diversos los motivos que me llevaron a elegir la docencia como profesión, y a la vez funcionaron como un medio para construir mi propia identidad en torno de esta labor; entre estos, se encontraba el contexto familiar y social, mismo que desempeñó un papel fundamental, pues, por un lado, había personas que habían apoyado mi decisión de dedicarme a la docencia, pero, por otro, estaban las personas que dudaban —y aún dudan— de que la enseñanza sea una carrera adecuada para mí.

Mi trayecto formativo comenzó en el Jardín de Niños «Beatriz González Ortega», en el cual cursé segundo y tercer grado. Durante este tiempo, no tuve una idea concreta sobre lo que quería ser cuando creciera, pues en esta época sólo jugaba y realizaba actividades correspondientes a esta fase del desarrollo. Destaca un aspecto que, aunque de manera superficial, contribuyó a mi interés por la labor educativa: fue un momento decisivo cuando mis padres decidieron que fuera al catecismo.

Los catequistas ponían al grupo a cantar, dibujar y bailar, actividades similares a las realizadas en el jardín de niños, y el entusiasmo con el que realizaban dichas dinámicas influyó en mi conducta, de tal forma que comencé a imitar sus acciones, aplicándolas en el hogar, con mi familia.

Cuando egresé del nivel preescolar, mis padres me inscribieron en la Escuela Primaria «Beatriz González Ortega». Esta etapa, a mi parecer, sirvió como marco representativo para escoger un perfil profesional en el futuro, ya que algunas

de los aspectos que viví «aluden a [...] la identificación con la docencia: el juego, las prácticas de enseñanza, o bien, el proceso de identificación afectiva con sus maestros» (Jiménez, 2007: p. 34). Así, las prácticas realizadas dentro y fuera de la institución me sirvieron como referentes para visualizarme como profesional de la educación.

Para que la vocación pudiera manifestarse simbólicamente, fue necesaria la intervención de otros elementos. Uno de ellos fue el juego, en que la experiencia escolar cotidiana era reproducida en el exterior; por ejemplo, en el entorno familiar (con primos) o social (con amigos). Al mismo tiempo, desarrollé una identificación con algunos de los maestros que me dieron clases durante la educación primaria.

El vínculo que establecí con estos profesores se manifestó a partir de aspectos personales o meramente profesionales. Entre los primeros, destacó la empatía que sentí hacia varios de ellos, ya que llegué a considerarlos como miembros de mi familia, más allá de la relación escolar; esto ocurrió debido a que con frecuencia me ayudaban a resolver algunas dudas del ámbito académico, o problemas personales que se presentaron durante ese periodo de mi vida. Entre los aspectos profesionales, estaba el método docente que utilizaban para impartir las clases, pues no seguían el protocolo que los demás (en el que el maestro explica y los alumnos escuchan), sino que realizaban actividades integradoras, en las que todos participábamos.

Aunado a lo anterior «el contexto familiar [...] las prácticas formales e informales produjeron disposiciones para elegir la profesión» (Jiménez, 2007: p. 35). A partir de ello, deseé con mayor entusiasmo dedicarme a la docencia, debido a que tenía muy arraigadas algunas ideas, y a la influencia de mi padre y la familia paterna en general, pues la mayoría ejercía como docente.

La manera en la que tales intermediarios, mis familiares influyeron en mí tomó un carácter especial, pues el papel que representaba ante ellos ya no era sólo de receptor, es decir, no desempeñaba únicamente la función de alumno, sino que observaba y, en ocasiones, también ayudaba en algunas actividades que ponían a sus alumnos en ese entonces. Además, tuve la oportunidad de conocer el proceso educativo más allá de las aulas, observando labores administrativas que ampliaron mi deseo de ser como ellos, de dedicarme a la docencia de forma integral.

El anhelo ya mencionado disminuyó al egresar de la escuela primaria e ingresar a la Escuela Secundaria «Benito Juárez». Tuve entonces la necesidad de tomar un camino diferente al de la educación, de dedicarme, por ejemplo, al área de ciencias de la salud o a la de matemáticas. Este cambio de opinión tuvo su origen en los comentarios que hacían algunos amigos y maestros, quienes consideraban la docencia una profesión inferior a otras. Esas opiniones intervinieron en el plan de vida que hasta entonces había visualizado; me quedó marcado que «pese a la grandeza proclamada de su misión, el magisterio ha sido desde su origen una profesión con bajo reconocimiento social» (Tenti, 1999: p. 200).

Poco a poco, la idea un tanto negativa que me había hecho de la docencia, a causa de los comentarios de terceros, se fue quedando atrás durante la última fase de la educación secundaria, específicamente, cuando una maestra me orientaba en la elección de una carrera profesional. Ella me decía que pese a los comentarios que recibiera sobre las acciones buenas o malas que se efectuaran en el entorno educativo, siempre tuviera en mente lo que quería ser, y para qué quería hacerlo.

Más tarde, cuando egresé de la escuela secundaria, decidí ingresar a la Unidad Académica Preparatoria Plantel 3 de la Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García

Salinas». En dicho plantel, pensaba constantemente que mi trayecto académico iba enfocado a la labor docente, como tenía planeado; sin embargo, mis deseos se enfocaron hacia dos caminos distintos, lo cual tuvo como resultado una notable confusión.

Cuando egresé de la preparatoria, tenía definido lo que quería ser; y así fue por un momento, mientras adquiriría una formación profesional en el área de educación, específicamente en el ramo de educación secundaria con especialidad en telesecundaria. Desde mi punto de vista, estaba realizando un esfuerzo vano, pues a pesar de la educación recibida, no sentía gusto por lo que estudiaba. Ferry señala: «Formarse es un trabajo sobre sí mismo, imaginado, deseado y perseguido, realizado a través de medios que se ofrecen o que uno mismo se procura» (1990: p. 43); yo sólo estudiaba por estudiar, sin darle una valoración significativa, como consecuencia de que no me sentía a gusto con lo que había elegido, así como por causas externas a mi elección.

Esto ocasionó que me encontrara en un dilema, en el que se presentaba continuamente la pregunta *¿qué elegir?* Después, hice un recuento de todas las experiencias vividas; y, durante el año que estaba estudiando la Licenciatura en Educación Secundaria con Especialidad en Telesecundaria, retornaron las ideas que había estructurado durante mi infancia y adolescencia.

Cuando tomé una decisión sin la influencia de mediadores, los comentarios de terceros no se hicieron esperar, como el expresado en *El oficio de ser maestro*, «el ser maestro no es una profesión que valga la pena, así que cualquiera que se pare frente a un grupo “lo puede hacer”» (Mercado, 2008: p. 127). Como esta opinión, hubo otras realizadas por compañeros y familiares cercanos, entre las que destaca la siguiente: «mejor deberías estudiar otra cosa acorde a tus capacidades». Lo

importante es que en ese tiempo, tales comentarios, como se dice coloquialmente, me entraban por una oreja y me salían por la otra.

Al elegir la Licenciatura en Educación Preescolar, no tomé en cuenta los comentarios despectivos acerca de dicha carrera; ya lo había decidido y no iba a cambiar de opinión. Recordaba lo que me había comentado la maestra de la secundaria y lo aplicaba a lo que vivía en esos momentos. Llegué a la conclusión de que hay limitantes en relación con el magisterio, pero no hay que verlas como determinantes, ya que lo elemental es adquirir los conocimientos, herramientas y habilidades necesarios para competir y educar de manera apropiada sin importar los problemas que existan.

Al analizar lo escrito, considero que mi vocación como profesional en educación no es innata sino artificial, tal y como lo plasma Tenti en *El oficio docente* (p. 183), no nací con ese llamado, es decir, con ese gusto por la profesión, sino que éste se ha edificado a medida que avanzo en mi formación personal y académica.

En lo que concierne a la opinión que se tiene hoy en día del trabajo docente, esta dista mucho de las experiencias que hay en torno de esta profesión. Si bien es cierto que hay conflictos, también hay elementos buenos, y es de suma importancia no dejarse llevar por una primera impresión, a causa de que existen mitos que orientan la percepción de lo que es la educación de forma negativa, ajena a los conceptos de lo que es en realidad. En ocasiones, se le considera una profesión de artesanos. Entre los mitos también se menciona que las mujeres son mejores para ejercer esta profesión, que el maestro dice y los alumnos hacen, que cualquiera puede pararse frente a un grupo, que el docente es un ejemplo a seguir, o bien, que los docentes cuidan y vigilan únicamente, como en las guarderías.

Estas ideas se transmiten con el paso de los años y promueven que la docencia sea vista como una carrera de segunda mano. Para poder erradicar tal concepción es necesario trabajar, en primer lugar, a través de la creación de una identidad docente que poco a poco modifique la imagen que se tiene de los maestros, es decir, asumir la docencia como una forma de vida para que la población en general asimile y respete esta profesión.

Mi primera segunda opción

Mi nombre es Ilse María. Nací el 24 de abril de 1995 en Guadalupe, Zacatecas. Mis padres, mi hermana gemela y yo vivimos en casa de mis abuelos paternos. Mis abuelos, de nombre Javier y Elvia, eran maestros ya jubilados. A pesar de que en mi familia había otras personas que se dedicaban al magisterio, mis abuelos fueron los más cercanos a mí; ellos solían mantener una expresión seria la mayor parte del tiempo, leían frecuentemente y su tono al hablar era alto. Sus características físicas cumplían con las mencionadas por Emilio Tenti (1999: p. 187): tenían porte, modales, tono de voz, vista y oídos atentos, así como una vestimenta adecuada, formal. Recuerdo que, durante mi infancia, me parecían personas intimidantes; con frecuencia temía que me regañaran si me portaba mal. La manera de ser y de verse de mis abuelos me hizo creer que los maestros eran serios y de carácter severo.

Mi educación preescolar constó únicamente de dos años, ya que en el jardín de nombre «Niños Héroe de Chapultepec» no había grupos de primer grado, situación que persiste hoy en día. Mi maestra, a la que nos dirigíamos con el alias de *Cholita*, parecía no encajar con el perfil de mis abuelos: ella tenía las otras características del educador que menciona Tenti (1999: p. 188), las morales y conductuales: era paciente, entusiasta, dulce y, sobre todo, de carácter firme, entre otras cualidades. Incluso, puedo afirmar que ella encajaba con la visión de Eduardo Mercado (2008: p. 69), pues desempeñaba su trabajo más como una niñera que como una maestra, con lo que la gente podría creer que cualquiera podía hacer lo mismo. Disfruté mucho esa etapa, aunque no recuerdo haber tenido retos intelectuales.

Cursé la primaria en un colegio privado y católico, el «Colegio Villa de Guadalupe». Ahí las religiosas ejercían como docentes, aunque también había maestros que no pertenecían al clero. Recuerdo bien que, en primer grado, una de ellas me golpeó en la espalda con un metro, por no leer al ritmo que ella esperaba; sin embargo, en aquellos días todavía no era mal visto ese tipo de acciones. Las monjas recibían un respeto diferente al de un docente común, es decir, los padres de familia —quienes probablemente eran feligreses— veían su desempeño académico como una vocación divina, al ser ellas parte de la jerarquía de la iglesia católica. Además, eran vistas como santas y, por tanto, no se equivocaban con las medidas que tomaban para reprender comportamientos inadecuados o resultados deficientes. Tal como lo manifiesta Tenti en *El arte del buen maestro* (p. 182), el magisterio tuvo en sus inicios la característica de ser visto por la sociedad como un apostolado y no como una profesión, rasgo que se acentúa aún más siendo una religiosa la que lleva a cabo esta función.

En la primaria, no sólo tuve monjas como docentes; también tuve maestros tradicionales durante tres años, además de los que impartían las materias de artes y educación física. Mencionaré únicamente a dos de ellos: a mi profesor Luis Silva Castorena, que impartía educación artística, y a mi profesor de nombre Rosario, alias *Chayo*, que me dio clases el último año.

El profesor Luis Silva parecía poseer las características de un buen maestro según Emilio Tenti (1999: p. 192): vocación, cualidades morales, conocimiento pedagógico y de contenidos. No recuerdo compañero alguno que no gustara de cursar su clase. Algo que me gustaría destacar de él es que lograba muy bien en sus alumnos uno de los trabajos que competen a cada maestro: generar deseo de aprender.

El profesor Chayo cumplía también con otra de las acciones que un docente debe lograr: tener diferentes didácticas atractivas

para abordar los contenidos. Recuerdo muy bien que, en una ocasión, utilizó el juego de *cuatro bases* en el aula, a su manera, para que aprendiéramos los temas: quien contestaba correcta y rápidamente alguna pregunta que él planteara, podía avanzar a la base siguiente. Su carácter era reacio, pero siempre cortés. Lo recuerdo con cariño porque, en lo personal, me apoyó mucho en mi desempeño académico al prepararme para las olimpiadas del conocimiento. Siempre tuvo la disposición y la entrega para ayudar.

Los niveles de secundaria y preparatoria los cursé en una misma institución, el Instituto «Miguel Agustín Pro», que también era privado y católico. A diferencia de la primaria, ahí no había sacerdotes ni monjas que ejercieran como docentes. Fue ahí donde encontré mayor diversidad de personalidades académicas, ya que muchos maestros eran ingenieros y licenciados, sin formación alguna en la pedagogía. Eso explicaba, en muchos casos, la falta de ética profesional; por ejemplo, cuando manifestaban sus conflictos personales, favoritismos o abusos de autoridad, entre otros, dentro del aula de clases.

Eduardo Mercado (2008: p. 68) tiene razón al afirmar que «los maestros de escuelas particulares viven regidos bajo las normas de éstas, son explotados y obligados a satisfacer las necesidades del plantel»; recuerdo numerosas quejas, de parte de mis profesores que ejercían en colegios, respecto de los atropellos que constantemente padecían.

Ahora que me pongo a reflexionar sobre mi vida, en relación con la docencia, puedo darme cuenta de que en ningún momento tuve el deseo de dedicarme al magisterio; así que mi vocación sería de tipo artificial (Tenti, 1999: p. 183), ya que aún estoy construyéndola. También he descubierto que nunca tuve presente la realidad que el docente vive en la actualidad, me refiero a su salario deficiente, a la falta de reconocimiento

social y al hecho de que hoy en día el maestro es considerado una mercancía. Sin embargo, me atrevo a seguir adelante, pues también me he convencido de la importancia que tiene esta profesión en el desarrollo de los individuos que habitan el país, ya que posibilita el progreso de los mexicanos en varios aspectos.

Mis experiencias —que no calificaré como buenas o malas, sino como necesarias— me han hecho quien soy y me han dirigido, de una u otra manera, a mi situación actual. Ahora tengo el firme deseo de unirme al magisterio con el ideal de algún día ejercer y poder dar a quienes compartan su camino académico conmigo la misma motivación y ricas experiencias que supieron brindarme mis maestros, con quienes estoy agradecida

Mi vocación: una paradoja

Mi nombre es Estefanía Moreno del Río. Nací el 10 de mayo de 1994 en la hermosa ciudad de Zacatecas y en el seno de una familia maravillosa. Mis padres son Delia del Río y Mario Moreno; mis dos hermanos, Marlon y Monserrat. Ellos son las personas que más admiro y más amo. Ellos se han convertido en mi ejemplo a seguir. Lo que ha caracterizado mi personalidad es que siempre he sido muy alegre, me gusta reír, hacer amigos y, sobre todo, ayudar a los demás cuando lo necesitan. Me gusta ser optimista y perseverante. Siempre he tratado de alcanzar mis sueños y, aunque las cosas a veces se tornen difíciles, lucho contra corriente y trato siempre de lograr mis metas.

Mi mamá me cuenta detalles de mi nacimiento. Ese día era 10 de mayo y, como de costumbre, se dirigía al festival para festejar a las madres en el colegio donde estudiaban mis hermanos, no sin antes ir al doctor. Ella dice que se sentía perfectamente bien, por lo tanto, nunca se imaginó que el doctor le daría la noticia de que su hija estaba a punto de nacer. Lo que me causa risa es que el doctor le dijo: «Sí, señora, se va a ir, pero derecho al hospital, porque su hija ya va a nacer». Y así fue como llegué a este mundo. A lo largo de este texto, hablaré sobre mi vida, específicamente, acerca de mi formación académica y profesional.

Mis papás trabajaban, por lo que no podían cuidarme en las mañanas, así que estaba en una guardería; esa fue mi primera escuela y ahí mismo continué mi educación preescolar. No tengo muchas reminiscencias de esa época, sólo recuerdo a mi maestra de tercer año, Verónica, y a Juanita, su asistente, dos personas maravillosas. Las dos siempre fueron muy amables, cariñosas y alegres. Juanita tenía mi completa admiración,

yo quería ser como ella. De ahí en adelante, cuando me preguntaban acerca de lo que quería ser de grande, decía que quería ser maestra. Cómo me acuerdo también del señor que estaba en la puerta a la hora de salida para vendernos dulces, siempre con su canasta en las manos.

Tres años después, comencé a estudiar en un colegio católico; por lo tanto, cuatro de mis maestros fueron religiosas. Recuerdo que yo quería mucho a mis maestros, todos eran excelentes personas, siempre amables y dedicados a su profesión.

Cuando estaba en segundo grado, tenía una maestra que me daba clases de Educación Física. Yo veía que todos la querían, siempre fue muy cordial. En ese momento, decidí que también quería ser maestra de Educación Física.

Mis estudios continuaron en el IMAP. Era una escuela católica donde se impartía la enseñanza en secundaria y preparatoria. Todos mis maestros eran personas muy respetables, pero no todos amaban su profesión. A partir de entonces, dejó de interesarme por completo la docencia.

Siempre me ha apasionado la danza, me he dedicado al baile desde que era niña. Así que cuando terminé de estudiar la preparatoria, decidí hacer una audición en Monterrey para la Licenciatura en la Enseñanza de Ballet. La docencia me llamaba otra vez, pero ahora para enseñar a los niños el maravilloso arte del ballet.

No me aceptaron en esa escuela. Aunque entonces no me imaginaba que lo que sucedería después sería lo mejor de mi vida, ahora comprendo muchas cosas: estoy segura de que si me hubiera ido, no hubiera tenido esas experiencias. Sin embargo, ésa fue mi única opción, así que me dediqué un año completo a estudiar inglés y francés. Debo decir que ese año ha sido de los mejores, porque pude dedicarme por completo

a la danza; estaba dispuesta a intentarlo otra vez. Mi maestra de ballet me convenció de presentar el examen en Cuba. Todo estaba listo, el boleto de avión, el hospedaje, cada detalle; pero, dos semanas antes de irme, me encontré con una sorpresa: a mi maestra le dijeron que ese año no se abriría la licenciatura por falta de espacio, debido a que la escuela se encontraba en remodelación.

Había presentado examen en dos carreras y, gracias a Dios, los aprobé. Por todo lo que había sucedido anteriormente respecto a la danza, el siguiente paso consistiría en elegir una de esas carreras. Durante todas las vacaciones estuve pensando una y otra vez; lo que más me llamaba la atención era la Licenciatura en Lenguas. Estaba muy convencida de ello. Los campos de trabajo que ofrecía eran los de docente y traductor, así que elegiría el de docente. Me gustaba la idea de enseñar idiomas, me parecía muy interesante.

Sin embargo, al analizar un poco lo que significaría ser maestra de lenguas, me sentí muy confundida: no estaba del todo convencida. Yo quería algo más que eso. No quería enseñar a adolescentes o adultos ni sólo enseñar idiomas; quería otra cosa: enseñar a niños pequeños, dejar huella en ellos, enseñarles sobre la vida, inculcarles los valores que este mundo ha perdido y que tanto se necesitan, y poder contribuir en el desarrollo pleno de sus capacidades, de su personalidad; quería ayudar a tantos niños que se encuentran en situaciones lamentables, con problemas familiares y sociales a los que se enfrentan, ayudar a los niños a ser felices. Para eso venimos a este mundo, a cumplir nuestros sueños, a ser felices.

Conforme pasa mi estancia en la Normal, me he dado cuenta de lo que envuelve a la docencia, lo que significa ser docente. Ante todo esto, la opinión que tenía de la docencia ha cambiado. Consideraba a la educadora como una niñera, que cualquier persona podía hacerse cargo del cuidado de

los niños en las aulas y que esta profesión era exclusiva de mujeres, ya que se asume que las cualidades que las mujeres poseen exclusivamente son la ternura, la belleza, la emotividad y el amor (Mercado, 2008: p. 83).

Esta postura debe cambiar. Es necesario saber que las maestras no son niñeras, sino profesionistas con competencias vastas para desarrollar en los niños el interés por el aprendizaje, enseñarles que no deben repetir lo que los demás dicen o lo que los libros de texto explican, antes bien, el objetivo es desarrollar en ellos el intelecto, que piensen por sí mismos. Es necesario romper con esos mitos, realizando una verdadera profesionalización de la labor docente (Mercado, 2008: p. 98).

Ser docente requiere una formación doble: una profesional y otra pedagógica. Un docente es aquel que, además de saber cómo enseñar, produce saberes en los alumnos; es aquel que gestiona, investiga y orienta (Ferry, 1990: p. 54). Ser docente significa desarrollar habilidades y destrezas, buscar estrategias de aprendizaje, responder a las necesidades del contexto, innovar, colaborar y someter a prueba conocimientos, además de enseñar a reflexionar y a crear ambientes afectivos; requiere ser autónomo y planear en función de sus necesidades. Por otro lado, significa compartir conocimientos con los colegas, actualizarse, ser ético. El docente debe favorecer que los alumnos piensen por sí mismos, no decirles qué deben pensar. Significa enseñar a aprender.

¿Por qué elegí ser maestra?

Soy Adriana Guadalupe Beltrán Salcedo. Nací el 23 de marzo de 1995 en la ciudad de Fresnillo, Zacatecas, a las 18:45 horas. Soy la tercera hija de Ma. Auxilio Salcedo Triana y José Manuel Gallegos Reyes, quien fue mi verdadero padre. Mi padre biológico fue Jesús María Beltrán López. Tengo dos hermanos: Nadia Elena y Carlos Emmanuel, y dos hermanastros: Marisol y José Manuel. Se puede decir que mi vida es un tanto complicada. Viví dos años en la ciudad de Fresnillo y, al nacer mi último hermano, Carlos, mi madre decidió que nos mudáramos a Valparaíso. Mis primeros recuerdos son acerca de mi madre, mis hermanos y mi abuelo, quien es mi segundo padre, ya que me ha cuidado desde que nací; al llegar a Valparaíso, vivimos con él.

Cuando yo tenía tres años, mi madre volvió a casarse, esta vez con José Manuel Gallegos Reyes, quien, puedo decir, fue en realidad mi padre, porque se comportó a la altura de las circunstancias y nos trató como sus propios hijos. Él ya tenía dos hijos, Marisol y José Manuel, a los cuales quiero como mis hermanos de sangre. Cuando mis padres empezaron a vivir juntos, no se casaron de inmediato; nos cambiamos a una casa que estaba cerca de donde vivía mi abuelo, ya que mi madre tenía una tienda que debía atender.

Primero, acudí a un kínder que estaba cerca de la tienda, pero no me gustó y no tengo muchos recuerdos de él. Después, nos cambiamos a una casa que estaba muy alejada de la anterior. En 1999, nos llevaron a mí y a José Manuel, *Meño*, al kínder que estaba al lado de la casa-tienda. A mi madre no le gustaba que Meño y yo estuviéramos en el mismo salón, porque yo era caprichosa y él, bastante protector: me defendía de cualquier cosa, por muy insignificante que fuera. Mi mamá quería que

nos valiéramos por nosotros mismos y, por tal motivo, pidió que nos situaran en grupos separados. En el kínder «Gabriela Mistral» estuvimos solamente en tercer año.

Mi maestra era muy dulce, cariñosa y paciente; nos ponía a jugar y, al realizar las actividades, siempre buscaba la manera de divertirnos (no me acuerdo de muchos detalles del preescolar, pero sí de ella). Me encantaba asistir al jardín de niños y lo hacía con entusiasmo, porque la maestra Lupita nos hacía regresar con la emoción de un nuevo día.

En 2001, pasamos a la primaria «J. Jesús González Ortega», ahí las cosas cambiaron muchísimo, pues en primer año me dio clases una maestra que llevaba mucho tiempo en la escuela y era de las más estrictas. Ella hizo que perdiera el interés y el entusiasmo por ir a la escuela, porque era muy rígida, nos pegaba si no hacíamos las cosas como ella decía y su voz era muy fuerte; de cualquier manera, nos enseñó a leer y escribir.

En este año, nos cambiamos otra vez de casa a una más alejada de la anterior; pero seguí asistiendo a la misma escuela. Poco después, se mudaron cerca una señora con sus dos hijos, Nayeli y Luis Enrique, quienes pronto se convirtieron en parte de mi familia.

En segundo año, tuve una maestra similar a la de primero, según decían, sin embargo a mí me pareció todo lo contrario, era muy paciente y sí, algo estricta, pero en general era una buena maestra, se llamaba Alicia.

En tercer año, me dio clases uno de los profesores más temidos. Este maestro nos regañaba por todo y, si no hacíamos todo como él indicaba, nos pegaba con el metro o nos lanzaba los borradores. En lo personal, no creo haber aprendido algo bueno ese año. Además, el ambiente familiar tampoco fue muy agradable durante ese periodo. Después de muchos festejos (la confirmación y primera comunión de Marisol, Meño y la mía;

los XV años de Nadia; y la boda por la iglesia de mis padres), el 31 de diciembre de 2003 nos avisaron que mi padre había sido atropellado. De inmediato, mi madre fue con mi tía para saber qué había pasado y, como Nadia nos cuidaba, nos puso a rezar para que todo saliera bien. Más tarde todos nos fuimos a dormir.

A la mañana siguiente, Nadia y mi tía Oralia nos dijeron a mí y a mis hermanos que mi padre había fallecido. Mi tía Oralia me dijo que me mostrara fuerte porque mis hermanos me necesitaban, y traté de serlo, aunque fue un momento complicado y no pude contener las lágrimas. Poco después, los familiares de mi padre se llevaron a Marisol y a Meño, lo que representó otra pérdida para mí.

Después de este año tan complicado, llegué a cuarto grado, con la maestra Miriam, que era genial, aunque un poco regañona. Noté que con ella perfeccioné mis habilidades matemáticas; me agradaba mucho asistir a sus clases. En quinto año, me impartió clases el profesor Vicente. Este ciclo fue menos difícil en lo que respecta a calificaciones y fue el único en el que obtuve promedio de 10.

Para finalizar la primaria, cursé sexto año con el maestro Juan Carlos. Fue genial ya que él inspiraba mucha confianza y podía resolver cualquier duda sin que se molestara; tenía una frase muy peculiar: «cuando salgan de la escuela no los quiero volver a ver aquí, para eso se les deja salir». Durante toda la primaria, tuve las mismas amigas: Areli, Selene, Amelia y Viry, quienes fueron mis amigas de infancia. Según las malas lenguas, éramos las *mataditas*.

En esta época, nació mi segundo sobrino, José Manuel, quien es mi razón de ser y a quien amo con todo mi corazón. En conclusión, creo que mi infancia fue productiva, aunque muy difícil, ya que mis padres creían que debía hacerme

responsable de mis hermanos. Yo aún era pequeña, y ahora pienso que eso fue algo irónico. En la actualidad, mi madre admite que se equivocó en ese aspecto.

Cuando estaba en primer grado de la secundaria «20 de noviembre», era de las *mataditas* y por eso me daba miedo cualquier cosa; por ejemplo, siempre estaba en el aula cinco minutos antes de que terminara el receso. Primero salía con Cinthya, quien era mi vecina y creí que era igual que yo; pero estaba equivocada, así que comencé a reunirme con Elvia y Alejandra, aunque yo parecía más su mamá que su amiga, porque ellas eran muy rebeldes y yo era muy insegura y tímida; ellas faltaban a clases y yo no.

Poco después, comencé a seguirlas en sus locuras; no las culpo ni digo que me echaron a perder, antes bien, reconozco que fue mi decisión portarme de esa manera. Faltábamos a las clases, aunque no sé por qué, únicamente dábamos vueltas en la escuela, decíamos groserías e irreverencias. En verdad, se los agradezco, porque algún día todos debemos perder la ingenuidad y el miedo. De igual forma, me demostraron que podía contar con ellas en las buenas y en las malas. Hasta la fecha, son como mis hermanas y, aunque nos hemos peleado infinidad de veces, siempre nos perdonamos.

En segundo año de secundaria, hubo casi lo mismo: hacer trabajos; pero, al mismo tiempo, nos divertíamos, y así realizar las tareas escolares era menos pesado. En las tardes, salíamos a dar la vuelta a la plaza y hacíamos lo que normalmente les gusta a los adolescentes.

Durante tercer grado, mis amigas y yo fuimos completamente rebeldes; hacíamos cualquier cosa para que nos sacaran de las clases o para faltar a éstas. También conocimos al profesor Deodato, quien impartía la materia de computación y era muy honesto y directo, por eso lo recuerdo con cariño. Me gustaba su clase y lo obedecíamos cuando nos llamaba la atención.

Cuando nos graduamos, nos felicitó y dijo que le daba gusto ver que, a pesar de nuestra conducta, podíamos hacer lo que nos propusiéramos.

Al terminar la secundaria, continué con el bachillerato en el Colegio de Bachilleres de Estado de Zacatecas (COBAEZ), en el 2010. Ahí ingresamos Nayeli, Ale, Elvia y yo, todas quedamos en el mismo grupo, a excepción de Elvia, quien más tarde se cambió de grupo, por lo que permanecemos juntas. También conocimos a Nancy, Paola y Nelson, quienes tiempo después se hicieron amigos nuestros.

En segundo año, fue un poco difícil elegir la capacitación, ya que no sabía cuál estaba orientada hacia la carrera de educadora, por eso fui a la capacitación en turismo. Al inicio, me parecía aburrida, pues la maestra se basaba demasiado en la teoría. Poco después, cambiamos de docente y la clase se volvió mi preferida: había muchas dinámicas y prácticas.

Durante el último semestre de bachillerato, realicé mi servicio en el CENDI de Valparaíso para confirmar mi vocación; pero creo que no había nada que confirmar, porque me di cuenta de que me encantaba trabajar con los niños.

Debo confesar que me daba mucho miedo dar el siguiente paso: la universidad. Desde que era pequeña, me visualicé como maestra y estaba segura de querer entrar a la Escuela Normal, aunque sentía temor de no aprobar el examen, así que también presenté examen en la escuela de Psicología. Cuando publicaron los resultados de la Normal, descubrí que había quedado y fui muy feliz. Según me dijeron, también aprobé el examen de Psicología, pero nunca revisé los resultados.

Al inicio, tuve muchos temores, pero poco a poco los he superado. Actualmente, tengo un grupo que me hace muy feliz, en el que me siento muy bien. Sé que habrá muchas cosas buenas para mí en esta nueva etapa.

Cambio a última hora

Soy Anette Laura de la Fuente González. Mi historia comienza cuando mis papás decidieron unir sus vidas el 25 de noviembre de 1983. Mi papá, Miguel Ángel de la Fuente Magallanes, y mi mamá, Ma. de Lourdes González Anguiano, se conocieron en el municipio de Sain Alto, Zacatecas. Después de dos años de matrimonio, comenzaron a ampliar la familia con mi hermana mayor Alba Lucero (quien es maestra), Amalia de Lourdes (diseñadora gráfica y estudiante de nutrición) y Adriana Lizette (estudiante de medicina humana).

El 27 de marzo de 1994, llegué a este mundo; era un Domingo de Ramos. Cuando mis hermanas me conocieron, no dudaron en ponerme un apodo, ese fue «gorda Carola», por una novela infantil que veían. Ese apodo me confundió cuando pequeña: decía que me llamaba Carola a todo aquel que se me pusiera en frente. También me llamaban *Pelusa*, por mi cabello rebelde. En esa etapa de mi vida sólo viajaba al visitar a mis abuelos.

En 1997, ingresé a la Estancia de Desarrollo y Bienestar Infantil número 23 del ISSSTE, donde estuvieron todas mis hermanas. No recuerdo mucho de esa etapa de mi vida ni a mis maestras y menos sus nombres, sólo recuerdo a una de ellas, quien, cuando hacíamos mucho ruido y desorden, llegaba al salón y chiflaba muy fuerte, entonces todos nos callábamos. Mi hora favorita era cuando salía; no es que no me gustara la escuela, de hecho me encantaba estar ahí, pero era muy divertido el trayecto a mi casa porque mi papá me cantaba canciones y me contaba muchos cuentos y, en ocasiones, me compraba un helado afuera del kínder.

En el 2000, comencé mi etapa de primaria en la escuela «Profesora María Soledad Fernández Bañuelos». En primero, tuve una maestra cuya forma de ser nunca me gustó: era muy gritona y yo no sentía que tuviera los conocimientos necesarios; a pesar de ello, no me quedé atrás en conocimientos, ya que en el jardín de niños había aprendido muchísimas cosas, pero tampoco pude avanzar.

En segundo, estuve con una maestra muy estricta, demasiado como para tratar con niños de siete a ocho años. En realidad, le tenía mucho miedo, aunque no era una niña problemática. Lo que me ayudó ese año fue el apoyo de mi papá para aprenderme las tablas y para comprender las diferentes actividades que realizaba.

En tercero, un profesor estuvo a cargo de mi salón. Este maestro no era muy viejo, pero tampoco era precisamente joven, y creo que eso interfería en su correcto desarrollo como docente. A veces se dormía y, cada que tenía la oportunidad, nos dejaba salir a doble recreo; aunque a todos nos parecía de lo más divertido tener toda una hora de receso, no nos beneficiaba en nada para obtener conocimientos.

También en cuarto grado las clases estuvieron a cargo de un maestro, él sí era joven, pero su técnica no era muy innovadora; nos ponía a hacer cuestionarios siempre, de cualquier cosa, todo el tiempo, todo el día. En quinto año, tuve la mejor maestra de la primaria, me encantaban sus clases y su forma de ser tan paciente, amigable y dispuesta a la enseñanza.

En sexto, estaba muy emocionada porque me tocaría con mi maestra de quinto, pero a mi maestra de primero se le ocurrió pedir con mucha insistencia que le dieran mi grupo, por lo que cursé otro año con ella. Fue otro año sin avances, porque se la pasaba regañando a algunos, lo que era muy estresante. Con todos los malos maestros que tuve, mi único

pensamiento era —si tenía la oportunidad— ser una maestra que en verdad enseñara a sus alumnos con paciencia, amor, dedicación, tolerancia y mostrando todos mis conocimientos, tal como mi maestra de quinto año.

Como toda niña, quería seguir estudiando con mis amigas de primaria, pero mis papás no querían que ingresara a ninguna de las escuelas a las que ellas irían, ya que estaban muy lejos o no les parecían de un buen nivel educativo. Al final, en 2006, por decisión de mis padres, entré al Colegio del Centro. Tuve maestros muy buenos en las materias de Biología, Matemáticas, Geografía y Química, pero mis maestros de Computación y Educación Física eran realmente una broma; creían poseer un conocimiento enorme, cuando en realidad nos ponían las mismas actividades en todas las clases; mi otra maestra de Educación Física ni siquiera se paraba en la escuela. Ahí conocí a grandes amigos, que son verdaderos amigos y siguen conmigo. Pasé momentos muy divertidos cuando las maestras de Educación Física y Artística no asistían a clases. También fui a conciertos de muchos de mis grupos favoritos.

En 2009, ingresé al plantel 4 de la Unidad Académica Preparatoria de la UAZ, donde todas las clases eran sumamente teóricas, sistema al que yo no estoy acostumbrada para nada. Sólo recuerdo conocimientos del primer semestre en la materia de Humanidades, en las que la maestra realmente nos hacía reflexionar; sin embargo, la mayoría de mi grupo no la quiso porque no les agradaba pensar. En segundo semestre, tuvimos un profesor con el cual, todo el semestre, leímos el mismo capítulo de un libro.

Ingresé a esta escuela con una de mis mejores amigas; lo decidí porque continuar en el colegio me parecía muy costoso, aparte de que la Preparatoria 4 está cerca de mi casa y podía regresarme sola. La verdad, me divertí mucho; pero ese fue el problema: por divertirme, descuidé totalmente mis estudios;

era una libertad excesiva. Mi mamá expresaba su descontento ante mi estancia en esa escuela y, después de hablarlo mucho, decidieron cambiarme de escuela, y yo también estuve de acuerdo. En 2010, regresé al Colegio del Centro, donde estudié desde tercer hasta sexto semestre.

Los maestros eran muy buenos; tenían la capacidad para enseñar muchísimas cosas y con métodos eficaces. Lo único que no me gustaba era el programa académico de la escuela, pues no permitía el avance de aprendizajes al repetir contenidos que se habían visto en cursos anteriores. Sin embargo, aprendí una técnica de aprendizaje basada en una relación amena entre alumnos y maestros, lo cual promovía que las clases fueran agradables y los alumnos, participativos, al tiempo que existía un intercambio de opiniones enriquecedoras para cada materia. Además, los grupos eran pequeños, lo que favorecía las dinámicas grupales.

Mi maestra favorita fue la que estuvo a cargo de Anatomía, Ciencias de la Salud y Bioquímica. Aunque era un poco seria, se ganó el amor de todos los integrantes de mi salón gracias a la paciencia que nos tenía. Los temas a aprender no eran muy sencillos, pero empleaba un sistema bastante efectivo en el que incluía elementos visuales y auditivos, entre otros, con el propósito de que todos pudiéramos aprender.

Cuando entré al colegio, pedí incorporarme a un grupo donde estaba una de mis mejores amigas; fue de las mejores decisiones de mi vida. Gracias a ello, conocí a otras dos grandes personas que también se han vuelto mis mejores amigas. A pesar de que las conozco desde hace menos de cuatro años, son personas que ocupan un enorme lugar en mi ser. Al principio, el ambiente era un poco incómodo, porque cuando volví me juntaba con mis amigos de secundaria, pero sus nuevos amigos no estaban acostumbrados a mí. Después, todo se tranquilizó y formamos un gran equipo. Más tarde, realicé

un viaje a Aguascalientes, donde competí en fútbol. Fue muy divertido porque estuvimos ahí dos días y pude convivir con mis amigos.

En 2011, entré al bachillerato de biológicas, porque siempre me han gustado los temas relacionados con la salud; pero en realidad no sabía qué estudiar. Como muchos de los que entramos a ese bachillerato no nos hablábamos demasiado, tratamos de conocernos más, y descubrí que son grandes personas que seguirán conmigo el resto de mi vida. Fue ahí donde comencé otra gran amistad, con una niña que ya conocía desde secundaria, pero con la que nunca había convivido.

Al concluir el bachillerato, decidí presentar examen en la facultad de Medicina Humana y, el 1 de junio de 2012, al ver los resultados y saber que había quedado entre la primera mitad de los aceptados, sentí una emoción que me hizo creer que era lo que realmente quería. A pesar de que estaba muy emocionada en ese tiempo, cuando fue el viaje de generación, mis ánimos bajaron por completo, ya que a pesar de que tenía permiso de ir, justo el día de salida, mis padres me dijeron que no iría por los huracanes; fue el peor pretexto que han usado. Durante ese tiempo, conviví con mis amigos que también se quedaron en Zacatecas; pero, a pesar de que la pasé de lujo, el viaje será por siempre algo perdido.

Al ingresar a la carrera, en primer semestre, supe que estar ahí era una pérdida de tiempo, ya que los maestros que me asignaron no eran para nada competentes y se notaba que sólo iban para recibir un sueldo: fue muy fácil. Desde octubre hasta el término de ese semestre, me quería salir; pero, debido a que todo el mundo decía que si pasabas los primeros dos semestres ya estabas preparado para el resto de la carrera, decidí quedarme. Durante segundo semestre, mi idea cambió. Las materias asignadas me gustaban mucho. Estaba convencida de que

esos conocimientos sí me servirían para la carrera, a diferencia de los de primer semestre. A pesar de que no eran los temas más fáciles, e incluso es considerado uno de los semestres más difíciles, me gustaban mucho los conocimientos que adquiría, no importaba que fuera complicado aprenderlos.

Un día, platicando con una de mis mejores amigas, mientras recorríamos los pasillos de la escuela, me refirió una conversación que tuvo con su mamá, en la que le dijo: «Ale, te veo muy cansada desde que empezó el semestre, me preocupa que Medicina en realidad no te guste, que sólo estés ahí porque te sientes comprometida. Debes tener en cuenta que es tu futuro, que es de lo que vas a vivir y la vida se tiene que llevar con cosas que te gustan y te apasionan y, en este momento, más bien veo que te estresa. Ten en cuenta que es lo que harás el resto de tu vida y con ello cargarás hasta tu muerte». Me comentó que no le gustaba el semestre, que quería seguir en la carrera, pero que la unidad le parecía bastante pesada. Yo le comenté que me gustaba mucho el semestre, que incluso me hubiera gustado, en ese entonces, prepararme para dar tutorías de los temas que mejor entendía.

El comentario de su mamá me llamó mucho la atención. Mi amiga siguió desahogándose conmigo; me contó todas las razones por las que le gustaba la carrera, y eran muy buenos argumentos, entonces comprendí que yo no tenía una vocación. Ese semestre me había gustado porque entendía algunos temas, a diferencia del primero en el que no aprendí relativamente nada.

A partir de entonces, pasé varias semanas preguntándome « ¿es realmente lo que quiero?», « ¿me gustaría pasar toda mi vida haciendo esto?», « ¿por qué me gusta?» Mis respuestas fueron «no», «no» y «no tengo la menor idea». Aunque, con respecto a la última cuestión, tenía en realidad una falsa idea de lo que es *gustar*, por lo anteriormente mencionado: era

sólo satisfacción por entender algunos temas. Así continúe varias semanas, sin tomar una decisión, sólo buscando alguna respuesta, que nunca encontré.

Durante un puente vacacional, en mayo de 2013, tuve todo el día para pensar bien las cosas; fue cuando decidí buscar una buena opción para hacer algo que me gustara y que me agradara hacer el resto de mi vida. Analizando las carreras en general, ninguna me llamaba la atención, pero, al considerar las licenciaturas de mis hermanas, me llamó mucho la atención la docencia.

Al igual que en la narración de Arturo Navarrete Trujillo, incluida en el libro *Mi primera experiencia docente* (Ramírez, 2004: p. 12), me di cuenta de que, independientemente de lo que estudiara, me gustaría compartir mis conocimientos en un aula. Mi hermana mayor es educadora y, aunque en varias ocasiones la acompañé a eventos, escuelas, etcétera, nunca me percaté de lo agradable que me parecía la profesión. Entonces, en mayo, decidí hablar con ella, quien me brindó todo el apoyo de su parte.

Mi principal temor era decírselo a mis papás, porque a pesar de que, en mi opinión, cualquier oficio, carrera o profesión es buena y exitosa, muchas personas tienen la idea de que Medicina es lo mejor y menosprecian todo lo demás. Sin embargo, me llevé una gran sorpresa al ver que mis padres me apoyaban completamente; no estaban de acuerdo con que cursara una carrera que no me gustara, aunque no sabían si mi decisión era momentánea.

Después, mi temor fue perder el año escolar, ya que no sabía cuándo eran las preinscripciones, examen y demás. El mismo día de mi decisión, comencé a investigar y, afortunadamente, estaba a tiempo de realizar el examen. Sin dudar, solicité la ficha; presenté el examen y, felizmente, fui aceptada

en la BENMAC. Actualmente, llevo casi dos meses en la Licenciatura en Educación Preescolar y me encanta. Nunca creí que una carrera que no planee conscientemente toda mi vida fuera a provocarme tanta emoción. Como menciona Emilio Tenti en *El arte de ser maestro* (p. 182), es necesaria la vocación para poder desempeñar bien las funciones de la docencia; aunque no me había dado cuenta, siempre estuvo en mí ese deseo de enseñar a aprender.

Otra de las carreras que también me apasiona es la gastronomía, mis papás anteriormente no me apoyaban con esta idea, pero ahora están convencidos de que, si es algo que me gusta, podré desarrollarlo dentro de mi área laboral. Hoy en día, estudio de lunes a viernes la Licenciatura en Educación Preescolar y, los fines de semana, Gastronomía.

Ciertamente, me parecen repulsivos los comentarios que hacen algunas personas sobre mi elección: dejar la medicina por algo tan *simple* y por estudiar dos carreras que no tienen que ver la una con la otra; pero me siento afortunada por querer y estudiar dos cosas tan distintas a la vez, oportunidad que no todos tienen. Si de algo estoy segura es de que nunca cambiaría la decisión que tomé.

La metamorfosis de mi elección profesional

Soy Martha Carolina Hernández Barragán. Nací el día 29 de julio de 1994. Mis padres son José Antonio Hernández Cruz y María Patricia Barragán Reyes. Soy la cuarta de cinco hermanas. La mayor, Tania Patricia, es médica; Lorena es maestra en Docencia e Investigación; Claudia Celina es licenciada en Derecho; y, por último, María Isabel es estudiante del último año de preparatoria.

Ingresé a nivel preescolar a la edad de cuatro años en el jardín de niños «Miguel Ramos Arizpe». Me gustaba mucho mi escuela, pero no estaba tan contenta de que me dejaran ahí cada mañana. Comencé a tomar interés por ser maestra una ocasión cuando llegué a la escuela y vi que un niño estaba llorando al irse sus padres, entonces su maestra lo abrazó y le dio un beso, lo que me causó una emoción notable a pesar de mi corta edad. A partir de entonces, cuando jugaba con mis compañeros, yo era siempre la maestra. En la experiencia de un exalumno de la BENMAC, narrada por Arturo Navarrete Trujillo en el libro de Felipe de Jesús Ramírez (2004: p. 11), *Mi primera experiencia docente*, señala que «desde que era pequeño le gustaba jugar a la escolita»; a mí me pasaba lo mismo.

Cuando llegó el momento de entrar a la primaria, estaba muy nerviosa. Ingresé a la Escuela Primaria «González Ortega», en la cual hubo momentos muy buenos. Recuerdo que en esa etapa recibí un premio por haber escrito un cuento que publicaron en un libro que tenía relación con el periódico Imagen. Estaba muy contenta por eso y mis maestros fueron muy buenas personas, a excepción de mi maestro de tercero: el peor año de la primaria. Dicho maestro era muy duro y,

considero, tenía una forma de educar muy anticuada, pues se enojaba fácilmente y era muy grosero con los alumnos.

En quinto y sexto año tuve un solo maestro. Él comenzó a prepararnos para el ingreso a la secundaria. En la escuela, nos daban a elegir entre aprender a nadar o estudiar para el examen de ingreso a secundaria; mi maestro prefirió ayudarnos a estudiar para el examen y, aunque nos hubiera gustado aprender a nadar, todos estábamos contentos con la elección del profesor.

El día de los resultados, a mi grupo le fue muy bien; quedamos agradecidos por siempre con el maestro por habernos apoyado de esa manera. Semanas después, entré a la Escuela Secundaria Técnica N° 1.

Para mí, la secundaria no fue una experiencia digna de recordar: no me gustaba nada de ella, llevaba malas calificaciones y mis maestros eran malhumorados. A pesar de eso, logré terminar y pasar a la preparatoria.

Mi examen de preparatoria me mandó al Plantel 2 de la Unidad Académica Preparatoria de la Universidad Autónoma de Zacatecas, el cual quedaba muy lejos de mi casa, pues yo vivo a 15 minutos del Plantel 4. Permanecí los primeros dos semestres en el Plantel 2. Puedo decir que me la pasaba muy bien; la convivencia con mis compañeros y maestros era muy buena; estaba muy contenta porque nos llevábamos de maravilla; en fin, me encantaba mi escuela.

Al culminar el segundo semestre, me cambiaron a la prepa 4. No me agradaba la idea, pero tuve que aceptar las órdenes de mis padres. Inició tercer semestre y mis compañeros se alejaban cada vez más de mí. No le hablaba a mucha gente y, por ser la nueva, tuve varios problemas con un maestro, quien me quiso reprobar.

Por suerte, todos esos problemas se pudieron solucionar.

Logré tener un reconocimiento por la participación en la Semana de la Ciencia y, después, me di cuenta de que la docencia era para mí. Yo estaba muy identificada con el trabajo de mi hermana mayor, quien es educadora y me invitaba a su jardín a observar; a mí me encantaba.

Sin embargo, estaba indecisa y me fui por el lado incorrecto: pasé un año en Ciencias Químicas de la UAZ; por cuestiones de salud, tuve que salir. Intenté regresar y me sentí igual. Como asevera Jiménez Lozano (2007: p. 25): «No apruebo en absoluto que uno trate de engañarse alimentándose de falsas imaginaciones». Por lo tanto, no me quedaría ahí sabiendo que no me gustaba estudiar eso, y menos al darme cuenta de que eso me hacía daño.

Entonces, decidí ingresar a la Escuela Normal, pude tomar un lugar en la Licenciatura en Educación Preescolar y sigo aquí. Estoy enamorada de mi carrera y veo un futuro con éxito.

Para finalizar, y de acuerdo con Tenti (1999: p. 188), he llegado a la conclusión de que mi vocación es natural: «La enseñanza es una misión más que una profesión a la que uno se entrega». Desde que era pequeña, me gustaba este oficio; lo que pasó fue que quise basar mi vida en el *qué dirán* y no quise aceptarlo. Ahora puedo decir que la carrera magisterial es algo que de verdad me llena y que quiero ejercer de forma ejemplar, encantada siempre de hacer lo que me gusta pues con esto viviré todos los días de mi vida.

Un llamado para ser docente

Mi nombre es Lizbeth Carolina Vázquez González. Nací en Villanueva, Zacatecas, el 10 de julio de 1995, a las 10:00 pm. Mis padres son Jesús Manuel Vázquez Espinoza y Alicia González Carrillo. Soy la hija mayor. Tengo una hermana menor: Nancy Daenna Vázquez González, y dos medios hermanos, a los que quiero mucho: Víctor Manuel Vázquez Castillo y Omar Alejandro.

Viví mi infancia en Villanueva. A la edad de cinco años, ingresé al jardín de niños «Ricardo Flores Magón», donde cursé un año. Poco después, falleció mi abuelita materna. Fue una pérdida muy dolorosa, aunque yo aún era muy pequeña y no comprendía muchas cosas.

Durante mi estancia en preescolar, tuve grandes retos y aprendí de cada uno de ellos. Fui la sargenta de la escolta, participé en bailables y en rondallas; tuve muchas experiencias que marcaron mi vida, entre ellas el nacimiento de una ilusión: ser maestra de preescolar; pero, como era niña, los adultos ignoraban mi vocación.

En esta etapa, conocí a mis primeros amigos. Además, tuve una maestra muy especial que me enseñó muchas cosas, principalmente que la vida estaba comenzando para mí y con ella mis responsabilidades, al tiempo que incrementó mis conocimientos. Tenía una manera tan especial de darnos clases que me gustaba ir al jardín de niños; ella hacía que aprendiéramos de diferentes formas, con dinámicas y juegos. Mi maestra de preescolar tenía arte para enseñar. De acuerdo con Tenti (1999: p. 182), «el magisterio no se define como una profesión sino como misión y sacerdocio».

Cuando llegó el momento de pasar a mi segunda etapa: la primaria, en la Escuela Primaria «Ignacio Manuel Altamirano»,

hubo un cambio radical en mi vida, pues tenía que comenzar en otra escuela, lo cual implicó un cambio tanto social como psicológico, porque significaba conocer nuevos amigos, nuevos maestros y adquirir nuevos conocimientos.

Los primeros días en mi nueva escuela fueron un tanto incómodos; sentía miedo de ir porque no conocía a nadie; pero, después de un tiempo, encontré personas que me ayudaron a fundamentar mis conocimientos; comprendí lo que es la responsabilidad de tareas; y también ahí conocí a algunos de mis mejores amigos, cuya amistad actualmente conservo.

En esta etapa, cursé seis años. Obtuve reconocimientos por mejor promedio, así como becas que ayudaron en mi desempeño académico. Tuve profesores que no sabían lo que realmente era ser maestro, ya que trataban mal a los grupos; por ejemplo, la maestra Narcisa, quien era muy estricta: nos ponía a hacer cosas que no tenían nada que ver con la clase, como bordar, coser, tejer, hacer manualidades con madera y alambres; gritaba y nos pegaba con el metro. Pero, así como tuvimos esa maestra, que para mí fue bastante severa, también hubo maestros que hacían que el sueño de ser docente se incrementara, pues, con la forma en que a diario nos daban clases, demostraban que no todos los maestros eran iguales. Durante mi etapa de primaria, nació mi hermana menor; con ella llegó a mi casa la alegría de tener un bebé, un nuevo miembro en la familia.

Cuando llegó el día de la graduación, las lágrimas brotaron de mis ojos, ya que había compartido seis años de mi vida con los maestros que enseñaban todos los días algo novedoso. Así como las lágrimas de tristeza se mostraban a plena luz, también las lágrimas de alegría se veían florecer, junto a la incertidumbre de lo que pasaría en la próxima etapa de vida.

Comenzó entonces una tercera fase que marcó mi vida para siempre, la Secundaria Técnica Industrial N. ° 75,

donde cursé tres años. No fue difícil adaptarme a ella, ya que algunos de mis amigos de la primaria también estudiaban en esa institución, donde desarrollamos capacidades mentales, sociales, físicas y emocionales. Tuve experiencias buenas y malas. Lo más importante es que fui constante con mi idea de ser maestra; tuve un buen promedio, lo cual me valió para integrar la escolta oficial.

Como dice el libro *La educación encierra un tesoro* (Delors: p. 157), se tiene que incentivar a cada persona para aprovechar las situaciones que se le presenten en la vida. Creo que eso es lo que hice en este periodo: aprovechar al máximo todas las oportunidades que se me presentaron, todos los momentos que viví. Como en la primaria, me gradué con honores.

Al concluir mis estudios de secundaria, ingresé al Centro de Bachillerato Tecnológico Agropecuario N.º 188, donde cursé la carrera técnica en Administración y Contabilidad Rural de Empresas. Ahí hubo tropiezos y triunfos. Mostré toda la disposición y actitud en esta fase formativa. Aprendí cómo definir mi futuro, a tomar mis propias decisiones, a ser responsable y continué participando en deportes y actividades académicas.

Tuve maestros que me ayudaron en mi camino a la consolidación académica en la preparatoria. Uno de ellos fue la maestra Ma. Concepción Sánchez González, quien me motivó a seguir mis sueños y a no darme por vencida ante los obstáculos que la vida presentara. También supe, cuando las personas me preguntaban a qué quería dedicarme cuando saliera de la preparatoria, que quería ser maestra de preescolar.

Al graduarme, obtuve mi certificado y, aparte de eso, mi cédula y título profesional, debido a que los alumnos de los CBTA egresan con bachillerato y una carrera técnica.

Antes de mi graduación, recibí la noticia de que estaban abiertas las preinscripciones en la Benemérita Escuela Normal

«Manuel Ávila Camacho», así que no dudé más y preparé mis documentos. Estaba decidida a lograr ese sueño que había iniciado en preescolar. Me preparé para el examen que decidiría mi estancia en esa escuela y, a pesar de la negativa de algunas personas, varios maestros me apoyaron en este paso tan importante.

Recuerdo los nervios que sentí cuando acudí a presentar el examen de admisión y, aún más, la incertidumbre con que viví hasta el día que publicaron los resultados, cuando con gusto pude constatar que había sido aceptada en la BENMAC. En mi primer día de clases, conocí a las que son mis mejores amigas: Diana, Guadalupe e Ilse. Asimismo, he tenido la oportunidad de conocer a maestros cuyas clases son muy originales, dinámicas y productivas; de esta manera, sé que definitivamente la docencia es mi profesión ideal.

Estoy orgullosa de todo lo que he logrado. Soy consciente de que es responsabilidad del educador provocar el deseo de aprender. No nos podemos contentar con «dar de beber a quienes ya tienen sed; también hay que dar sed a quienes no quieren beber» (Meirieu, 2007: p. 43). Tal y como lo menciona Delors (1996: p. 91), «la educación debe estructurarse en torno a cuatro aprendizajes fundamentales que son: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos, aprender a ser».

Raíces de mi elección como docente

Mi nombre es Cynthia Jazmín Rodríguez Briones. Nací el 21 de julio de 1995 en Guadalupe, Zacatecas. Soy la cuarta hija de mis padres, María del Rosario Briones y José de Jesús Rodríguez. Mis hermanos son Karina, quien trabaja como ingeniero civil; Nayeli, quien se encuentra estudiando su maestría en Física Nuclear en Canadá; y Erik, quien está a punto de terminar su carrera en Ingeniería en Comunicaciones y Electrónica.

Desde pequeña, fui una niña muy activa. Me gustaba correr, practiqué gimnasia durante cinco años y Kung fu aproximadamente por tres años. Actualmente, practico natación.

A los cuatro años, ingresé al jardín de niños «Florecitas de las Lomas», donde tuve maestros muy buenos y amorosos. Me gustaba mucho la clase de música y recuerdo que, desde entonces, quería ser como la maestra de esa clase: Rosaura.

Cuando entré a la primaria «Severo Cosío», me entusiasmé con la idea de que, cuando fuera grande, quería ser maestra de preescolar. Tanta fue mi emoción que jugaba a la escuelita con mis amigas; ponía actividades que había realizado en el jardín de niños. También recuerdo que mis padres me regalaron cosas para jugar, como un pizarrón, cuadernos, lápices, entre otros; sin embargo, a veces mis amigas no querían jugar; decían que no les agradaba la escuela y que preferían ver televisión. Dicha situación me hace pensar en lo apuntado por Jackes Delors en *La educación encierra un tesoro* (p. 158), los niños pasan más tiempo frente al televisor que en un aula, pues lo ven más interesante, es por eso que debemos «convertir la escuela en un

lugar más atractivo para los alumnos y facilitarles la clave de un verdadero entendimiento de la sociedad de la información».

Después, cursé la secundaria en la escuela «José Árbol y Bonilla». Como estaba en el taller de Electricidad, creí que me gustaría estudiar Ingeniería en Comunicaciones y Electrónica, aunque mi idea de ser maestra no desaparecía del todo de mis planes.

En la secundaria, había un maestro que no tenía paciencia, se desesperaba con facilidad, era irrespetuoso: ponía sobrenombres a los estudiantes, y hablaba con malas palabras. Al respecto, creo que, como dice Eduardo Mercado Cruz en *El oficio de ser maestro* (p. 133), «los maestros deben inculcar respeto, honradez, generosidad y tolerancia, pero no será posible si los profesores no los viven personalmente». De tal manera que, como mencionan Emilio Tenti y Tedesco en *Nuevos tiempos y nuevos docentes* (p. 5): «La enseñanza más que una profesión es una misión a la que uno se entrega». Por mi parte, opino que la vocación de ese maestro era artificial, ya que no deseaba en realidad desempeñar la labor docente.

Cuando ingresé al Plantel 2 de la Unidad Académica Preparatoria de la Universidad Autónoma de Zacatecas, dudé aún más de lo que quería estudiar, ya que tuve maestros muy buenos de Matemáticas y Física, y me agradaba la idea de estudiar Ingeniería o Arquitectura. Por tal motivo, elegí el bachillerato físico-matemático, donde un maestro de Física me alentaba a estudiar algo relacionado con esa materia. Al llegar la temporada de preinscripciones, opté por realizar examen para Arquitectura y para la Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho».

Al consultar los resultados de arquitectura, supe que había sido aceptada, por lo que asistí a un curso previo a las clases; sin embargo, durante la última semana de dicho curso, una amiga

me informó que había aprobado el examen en la Normal. Emocionada, se lo comuniqué a mi familia, pero debía decidir en cuál carrera me quedaría. No dudé demasiado: ser maestra era mi sueño y, a pesar de que mis hermanos trataron de persuadirme, yo estaba segura de que tenía una vocación natural, la cual deseaba consolidar.

Nadando contra la corriente

Mi nombre es Diana Laura Cháirez Alemán; nací el 14 de junio de 1995, en la ciudad de Zacatecas. Desde pequeña, tuve el deseo de ser educadora; incluso antes de entrar a preescolar, jugaba con mis primos a la escuelita. Siempre le decía a mi mamá que sería una excelente educadora.

A los cuatro años, ingresé al Jardín de Niños «Genaro Valle y Muñoz», en el cual estuve dos años. Mi maestra siempre estaba feliz y nos recibía con una sonrisa. La admiraba por la forma como ejercía su trabajo y como nos trataba, porque nos otorgaba valor como personas a pesar de ser tan pequeñitos. En ese entonces, mi principal objetivo era, al crecer y ser adulta, ser feliz y disfrutar de la vida junto a mi familia y amigos. Mi maestra era el vivo ejemplo de mi objetivo, por eso me entusiasmaba más al decir que quería ser educadora. Además, me gusta ayudar a las personas y dejar algo positivo en ellas, y ser docente me daría la oportunidad de lograrlo con niños en etapa preescolar que, desde mi punto de vista, es la mejor etapa de la vida, pues no existen preocupaciones.

Con el paso del tiempo, aprendí muchísimas cosas; por ejemplo, a desenvolverme frente a otras personas, porque era realmente tímida; a compartir; a abrocharme las agujetas, que para mí fue un gran logro. También aprendí a leer, gracias a mi hermana mayor, quien me enseñaba por las tardes, y a hacer manualidades, a trabajar en equipo, a escuchar los cuentos que relataba la maestra, a aprender jugando, a cuidar las plantas y un sinnúmero de actividades que nos ponía la maestra.

Al cumplir seis años, ingresé a la primaria «María R. Murillo» porque era la más cercana a mi casa. Ahí conocí a mi mejor amiga, con quien compartía el gusto por el aprendizaje,

la participación y los mejores promedios. En esta etapa, tuve excelentes maestros y otros que sólo iban a tomar café y a pasar lista. Casi no me gustaban los deportes, pero estaba en el equipo de voleibol; participé en la escolta y era una alumna responsable.

Posteriormente, me inscribieron en la Escuela Secundaria Técnica N °. 48, la cual cambió por completo mi forma de ser; dejé de ser la niña responsable y estudiosa, ya no me preocupaba una mala calificación, mi cuerpo y mis pensamientos cambiaron; pero, a pesar de todos los cambios físicos, psicológicos y sociales que experimenté, pude continuar con mis estudios.

Mi profesor de Taller de Computación era bastante estricto y exigente; calificaba la libreta de apuntes, ortografía, conducta, asistencia, participación, etcétera. Recuerdo que él no me agradaba; pero, hoy en día, le agradezco que me haya enseñado a esforzarme para conseguir una buena calificación y a hacer las cosas ordenadamente. En tercer año, entré a concursos de ortografía, matemáticas y ajedrez, para los cuales me preparaba arduamente, hecho que me ha servido a lo largo de mi vida.

Después, estudié en el Plantel 4 de la Unidad Académica Preparatoria de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Me gustaba la escuela en sí, aunque tuve maestros que me provocaron estrés; por ejemplo, el profesor de Física, la maestra de Lectura y Redacción, la de Ciencias Experimentales y, por supuesto, la de Filosofía. Con todos ellos me esforcé realmente para entregar trabajos bien elaborados; gracias a ellos aprendí a buscar información por mi propia cuenta. Iba a la escuela a estudiar, en el total sentido de la palabra, y no sólo a *calentar una silla*, como comúnmente se dice. Aprendí a repasar apuntes, a hacer cuadernillos extensos para tener derecho a examen y a realizar exposiciones de calidad.

En ese tiempo, estuve confundida; no sabía cuál sería el rumbo de mi vida; ignoraba qué estudiar en el futuro. Mis ganas de ser educadora disminuían por los comentarios que escuchaba: «los maestros no ganan bien», «no hay plazas», «te mandan muy lejos a trabajar», entre otros. De hecho, hubo un comentario que me molestó demasiado: creían que no podía aprobar el examen de la Normal; sentí impotencia, incluso en diversas ocasiones también llegué a creerlo, aunque al final esas palabras me dieron valor y coraje para lograrlo.

En el último semestre, conocí a la maestra de Psicología, quien, desde mi punto de vista, tenía las bases necesarias para enseñar. Yo entendía perfectamente su clase, incluso era la materia que más me gustaba, en la que más aprendía y donde hacía las tareas con entusiasmo. Por ello, surgió otro interés, ser psicóloga. De tal manera que decidí hacer la solicitud en las dos carreras. Quedé en ambas, lo que me llenó de emoción y, a la vez, de dudas: « ¿cuál licenciatura elegir?», « ¿y si estudio ambas al mismo tiempo?» No sabía qué hacer, pero, tras analizar las cosas detenidamente, y decidí ser educadora.

Decidirme por la Escuela Normal me causó emoción y nervios, porque sabía que no era una licenciatura fácil y que debía esforzarme bastante para llegar a la graduación. Es una escuela con alto nivel académico, en la que los valores, la disciplina y la paciencia son fundamentales para la formación docente. Aquí los profesores son muy exigentes y su objetivo principal es desarrollar competencias en los alumnos.

Mi primer día en la institución fue emocionante; conocí a la mayoría de mis compañeros. Nos impartieron un curso durante tres días; nos platicaron cómo surgió la Escuela Normal en Zacatecas, conocimos las instalaciones del plantel, al personal docente y a la coordinadora de la Licenciatura en Educación Preescolar. Reconozco que al principio no me sentía cómoda, porque extrañaba la preparatoria y a mis amigos.

Sabía que mi compromiso docente consiste en ser una mediadora que logre el máximo desarrollo de las capacidades de los niños, que consiga despertar en los alumnos el interés por aprender algo nuevo cada día, así como forjar las bases necesarias que ayuden al desenvolvimiento del niño en su entorno para que éste ingrese a la primaria con bases suficientes. Mi tarea es contribuir a la recuperación de la imagen positiva del profesor, que se ha perdido a lo largo de los años; transformar el concepto desgastado y sin argumentos sobre la labor docente, pues, tal y como lo explica Ferry (1990: p. 43): «Formarse no puede ser más que un trabajo sobre sí mismo», es decir, el tipo de formación profesional depende particularmente del alumno, de lo que quiera ser, más allá del *deber ser*. El futuro maestro construye sus propios modelos educativos y un ideal de docente.

Al respecto, Mercado (2008: p. 46) apunta: «la problemática para elevar la calidad de la educación no depende solamente del maestro sino de la voluntad y la situación en la que se desarrollan sus actividades», y los educadores deben tener un capital cultural vasto acorde con las necesidades de los modelos educativos vigentes.

Por su parte, Emilio Tenti (1999: p. 182) dice que el maestro laico debe tener algunos rasgos del sacerdote cristiano: vocación y moral, dominio del método y sabiduría, es decir, que debe tener una vocación, ya sea natural o adquirida; una serie de valores que ponga en práctica; saber respaldar sus conocimientos; e inculcar al niño en cada clase el deseo de aprender.

En lo personal, estoy dispuesta a vivir mi decisión de ser maestra y a aceptar los riesgos y problemas a los que me enfrentaré como futura educadora.

Vocación natural, ¿será?

Mi nombre es Diana Guadalupe Sánchez Rodríguez. Mis padres son Silvia Rodríguez Villarreal y Manuel Sánchez Carrillo, y soy su única hija. Nací el 16 de enero de 1994 en Guadalupe, Zacatecas. Vengo de una familia donde nadie es profesionista, ya que las familias de mis padres no contaban con los recursos económicos necesarios para ofrecerles la oportunidad de estudiar una carrera.

Mi primer contacto con la docencia fue cuando ingresé al jardín de niños «Tilloli», en 1998. Recuerdo a mi maestra, quien era una persona maravillosa, sonriente, alegre, comprensiva y cariñosa, entre otras virtudes que la caracterizaban. Su forma de dar clase era muy productiva, cada día aprendíamos algo nuevo, su planeación era adecuada y procuraba que las clases no fueran monótonas; desarrolló en mí el deseo de ser docente: yo quería ser igual o mejor que ella.

Al ingresar a la escuela primaria «Pedro Coronel», generación 2000–2006, tuve buenos maestros. En sexto grado de primaria, me impartió clase un buen profesor; su nombre era Antonio, todos le decían *profe Toño*. Sus clases eran dinámicas, nos permitía sacar nuestras propias conclusiones, propiciaba el razonamiento ante los diferentes problemas que había.

El modelo de formación utilizado por el maestro Toño era el constructivista, el cual consiste en proporcionar al alumno herramientas que le permitan crear sus propios procedimientos para resolver una situación problemática, lo que implica un cambio en los conceptos y un aprendizaje continuo.

Al ingresar a la secundaria «Pedro Vélez», generación 2006–2009, hubo un cambio radical porque, mientras en educación primaria las clases eran dinámicas e interesantes, en

la secundaria se trabajaba con el método tradicional; lo que estaba escrito en el libro era lo correcto, la verdad absoluta. Constantemente, memorizaban los textos: conceptos, fechas, etcétera, sin comprenderlos y sin efectuar una reflexión ni crítica. Al respecto, es necesario tomar en cuenta lo dicho por Eduardo Mercado (2008: p. 25): «Para una educación de calidad, los maestros tienen que actualizarse, no permanecer estáticos».

En el Plantel 1 del COBAEZ, generación 2009–2011, había maestros cuyas clases proponían reflexión y retos; además, no caían en lo monótono. La maestra que dejó huella en mí poseía el dominio del contenido y de formas abiertas y amigables para responder preguntas; no se alteraba ni se enfurecía, siempre nos daba tiempo para aclarar dudas.

En una ocasión, una maestra de la preparatoria me preguntó qué iba a estudiar, mi respuesta fue inmediata: maestra de preescolar. Ella respondió, no sin un poco de desdén, que podía ser algo mejor, ante lo cual dudé de mi elección profesional; además, me preocupé ante la posibilidad de no quedar entre los alumnos seleccionados de la Escuela Normal.

Por otro lado, mi mamá me indicó que sólo podía apoyarme económicamente para presentar el examen en la Licenciatura de Médico Cirujano Dentista de la UAZ, donde fui aceptada. Los maestros eran muy buenos en el sentido académico, pero no era tangible la relación alumno–maestro que debe existir para una educación humanista. Siempre me gustó ir a la escuela, pero, con el paso de los días, era muy difícil conservar ese gusto. Ser dentista no era lo mío, duré tres meses en la UAZ y deserté.

Me di cuenta, ya tarde, de que no debo dejarme guiar por lo que diga y piense la gente sobre las decisiones que tomo. Asimismo, aprendí que debo confiar en mis capacidades y

pensar positivamente, como apunta Walter Riso (2007): «Hay que saber elegir lo que es bueno para uno y buscar la autorrealización», porque, después de todo, cada persona es responsable de sus propios actos, y debe enfrentar las consecuencias que conlleva cada decisión para realizarse como individuo.

Al siguiente año, 2013, presenté examen en la BENMAC. Cuando aparecí en la lista de aceptados, sentí una gran alegría, tanta que incluso lloramos mi mamá y yo. Mi estancia aquí me sorprendió al conocer a los docentes que imparten las clases en la institución, pues son maestros bien capacitados, con excelente formación, ética y buena presentación, y, lo más importante, aman su carrera. Esta situación hizo que me aferrara más a mi deseo de ser una maestra de excelencia.

En la actualidad, la sociedad tiene una imagen poco académica de la educadora; considera que sólo enseña a dibujar y a hacer manualidades; desconoce que ser educadora es más complejo, porque abarca enriquecer el conocimiento, generar el deseo de aprender, enseñar a que el niño se exprese de manera oral y escrita y que utilice las TIC (Tecnologías de la Información y Comunicación), así como el uso de estrategias didácticas. También debe fomentar que el alumno utilice sus capacidades para resolver problemas, que sea crítico y tenga ética, fortalecer la relación alumno–maestro, desarrollar capacidades creativas, sociales y cognitivas, al tiempo que deberá saber evaluar el desarrollo y aprendizaje de los alumnos para ayudarlos a trascender en sus competencias.

Un dilema en la elección docente

Mi nombre es Fátima Briseida Ceballos Guerrero, tengo 18 años de edad. Nací el 25 de mayo de 1995 en Jerez de García Salinas, Zacatecas, donde he permanecido durante toda mi vida. Mi familia cuenta con cuatro integrantes: mi padre, Alberto Ceballos Quiñones; mi madre, Yesenia Verónica Guerrero García; mi hermana, Lourdes Yovana Ceballos Guerrero; y yo.

Mi fascinación desde pequeña era colorear, escribir, jugar a que era maestra y mis primos los alumnos, cuya única tarea era colorear un dibujo. Ingresé al jardín de niños «Profesora Irma Hernández Huizar» a la edad de cuatro años, ya que sólo cursé dos años de nivel preescolar. Mi infancia fue de las más bonitas, no tenía preocupaciones y sólo me interesaba jugar. Sentía que mis maestras eran como una segunda madre, me cuidaban, me sentía querida y aprendía muchas cosas; las quería mucho y, a pesar de que no recuerdo muchos detalles, sé que fui muy feliz.

En relación con lo anterior, Mercado (2008: p. 83) explica que:

[Hay una traumática] exigencia social de la docencia femenina relacionada con la maternidad, la protección, la comprensión, el amor, el cariño, la paciencia, el orden y la disciplina, con el trato y cuidado de los niños, dejando de lado el fin o el propósito de la enseñanza, que consisten en desarrollar una serie de habilidades y destrezas en los núcleos escolares respectivos.

Este autor afirma que esta vaga e inexplicable idea social que se tiene de la madre-maestra recae sobre todo en profesoras

del nivel preescolar, y se ha manifestado a través del cariño, cuidado y protección brindados por las maestras de preescolar.

Al terminar mis estudios de nivel preescolar, ingresé a la primaria «Genaro Borrego Estrada», la cual era considerada la mejor escuela en ese tiempo. Mi abuelito también contribuyó a mi interés por la docencia, pues una de sus hermanas era educadora y él la admiraba mucho. Y es que «el contexto familiar en el que convivieron, la atmósfera simbólica que valoraba la docencia, las prácticas formales e informales observadas en sus padres y el proyecto de la escolarización produjeron disposiciones para elegir la profesión» (Lozano, 2007: pp. 35-36).

Cuando iba en segundo año de primaria, la maestra de mi grupo tenía una enfermedad que la obligaba a faltar mucho; eso nos desorientó a todos, ya que los suplentes nos ponían actividades diferentes a lo que estábamos acostumbrados. Como consecuencia, disminuyeron las calificaciones de algunos compañeros.

En quinto y sexto grado, cuando no teníamos maestros, a veces nos enviaban a una amiga y a mí a cuidar de grupos de segundo o tercero, hecho que me parecía muy emocionante; desde entonces, sentía afición por «convivir y disfrutar el trabajo con niños» (Jiménez, 2007: p. 33).

El maestro que dio clases al grupo durante ese tiempo era muy estricto, pero existía una relación de aprecio y respeto mutuos entre mis compañeros y él; nos ponía actividades y hacía preguntas acerca de la aplicación práctica de esos conocimientos. Actualmente, entiendo por qué lo hacía: «se necesita que el maestro además de la vocación, domine un conjunto de conocimientos, éstos no hacen tanto referencia al saber acumulado por las ciencias del método de enseñanza». (Tenti, 1998: p. 198).

A los 13 años de edad ingresé a la secundaria «Francisco García Salinas». Las clases tenían maestros de todo tipo, algunos muy buenos y otros no tanto. Reconozco que al inicio tuve dificultades para adaptarme, ya que para mí fue brusco el cambio de primaria a secundaria; sin embargo, hice muchas amigas y la relación maestros–alumnos era muy agradable. La excepción era la materia de Inglés, en la que no aprendí mucho, debido a una serie de irregularidades, entre las que se encontraban las continuas inasistencias de la maestra y su incapacidad para controlar e interesar al grupo. En segundo año, tuve otra maestra de Inglés, quien estaba embarazada y faltaba mucho a la escuela. En tercer grado, al fin tuvimos una maestra capacitada con la que pudimos aprender algunas cosas, aunque el rezago era evidente, debido a las fallas de años anteriores.

Después, presenté el examen de admisión en la preparatoria «Francisco García Salinas», y me sentí muy contenta al saber que lo había aprobado. Conforme avanzaban las primeras semanas, hubo algunas dificultades, entre ellas la actitud de los maestros, quienes nos decían que nos habían consentido demasiado en la secundaria, que requeríamos madurez y compromiso porque la preparatoria era otro ambiente y, por lo tanto, exigía mayor rendimiento académico.

Al llegar a esta etapa de mi vida, descubrí que hay maestros que, aunque poseen conocimiento, no saben cómo llevarlos a la práctica, es decir, no producen saberes, y que la distinción entre un buen y un mal maestro proviene del compromiso con su profesión. Como lo dijo Tenti en *El arte del buen maestro* (p. 187), «si no tiene fe en la escuela, si no tiene fe en su elevada misión, no tendrá entusiasmo; sin entusiasmo profesional todo maestro es malo». Tenía unos maestros que motivaban a la investigación, a interesarnos por el aprendizaje, en palabras de Tenti, la «cientifización» relativa al oficio (1998: p. 192).

En tercer año, llevábamos una materia llamada Orientación vocacional; el docente nos llevó a la Exporienta (presentación de todas las carreras universitarias) y llegué más confundida de lo que estaba. Conocí carreras nuevas y, durante varios días, pensé en qué carrera quería estudiar, hasta que elegí la Licenciatura en Educación Preescolar. Supe que tenía vocación para servir y mejorar la educación de México, y qué mejor que hacerlo desde el primer nivel.

Presenté el examen de admisión en la BENMAC, y fue grande mi sorpresa cuando me enteré de que había sido aceptada entre los doscientos aspirantes, ya que sólo había veinticinco lugares. Las experiencias que he vivido hasta ahora han sido maravillosas; han cambiado mi perspectiva acerca de los malos docentes que hay en el estado. Me siento feliz con mis maestros, mi escuela, mis compañeros, con todo. Los profesores son personas competentes y cultas, lo cual se refleja en los conocimientos que he ido adquiriendo durante este corto tiempo.

Ayudar enseñando

Mi nombre es Gabriela Celaya de la Torre. Nací en Fresnillo, Zacatecas, el 6 de enero de 1994; pero toda mi vida ha transcurrido en Valparaíso donde, hasta antes de venir a estudiar a Zacatecas, vivía con mis padres, Rafael Celaya Casio y María Eugenia de la Torre Villarreal, y mis dos hermanas, Claudia Lorena y María Guadalupe.

Valparaíso es un pueblo pequeño donde no existen muchas posibilidades de desarrollo profesional y la mayoría de las escuelas se encuentran en condiciones precarias.

Toda mi niñez soñé con estudiar Medicina Humana. Amaba la idea de lucir una larga y pulcra bata blanca y que las personas me llamaran doctora. Realmente, no sé de dónde surgió el gusto por esa profesión; ninguno de mis parientes es médico o tiene una carrera relacionada con las Ciencias de la Salud. Emilio Tenti (1998: p. 183) denomina esto como vocación natural, que corresponde a un llamado, algo que mediante su realización nos hace sentir plenos como seres humanos.

En realidad, me ilusionaba la idea de conocer el cuerpo humano, recetar medicamentos a las personas para que luego se aliviaran como por arte de magia, así como ayudar a personas que lo necesitaran. Quizá era porque la mayor parte de mi niñez la viví en un hospital, rodeada de médicos que eran prácticamente héroes para mí. Los miraba como un ejemplo a seguir, como personas con la capacidad de realizar el milagro de curar a otros. Soñaba con el día en que yo estaría ahí, al otro lado del escritorio; sin embargo, no sé precisamente en qué momento dejé de creer en los médicos y mis sueños se esfumaron.

Un día, cuando estaba en sexto año de primaria, mi profesor me pidió hacerme cargo del grupo, ya que él debía irse al día siguiente y no quería que perdiéramos clases. Obviamente, yo era la peor maestra del mundo, pero ahí surgió un interés particular por la docencia. Me di cuenta de que ya lo había hecho antes; lo hacía cada vez que mi mamá me pedía ayuda para dar el catecismo en la parroquia y también cuando reunía a todos mis amigos de la cuadra para darles clases de matemáticas o geografía durante las tardes. Me di cuenta de que eso era lo que quería hacer toda mi vida: estar con niños, enseñarles. Un día, alguien me dijo que nunca podría ser maestra, que no tenía la paciencia suficiente para tratar con niños y, sin querer, me hice a la idea de que no podría impartir clases.

Al entrar a la secundaria, prácticamente asistía a la escuela sólo por deber: no había ninguna motivación. Me parecía tedioso asistir a clases que, según yo, no me servirían de nada en el futuro. Muchas veces, pasó por mi mente la idea de dejar la escuela, la cual me siguió hasta la educación media superior. Cada día era más difícil para mí asistir a clases. A pesar de esto, y de una manera que no logro comprender, mantenía un buen promedio; era lo único que me motivaba para seguir estudiando, además del apoyo de mi familia.

Durante la preparatoria —que cursé en un CBTA—, específicamente en segundo semestre, me dio clases el mejor maestro que he tenido en la vida, a pesar de que su perfil profesional era de ingeniero y no de docente. No me enseñó solamente conceptos y teorías, también me mostró que debemos realizar bien nuestras acciones, con gusto, amor y compromiso; pero, sobre todo, hizo que recobrara el amor por el conocimiento, el cual ya había perdido hace tiempo.

Sin embargo, al entrar a quinto semestre, comenzaron mis problemas. Se acercaba el tiempo de elegir una carrera y yo

me sentía totalmente perdida. Medicina ya no era para mí ni siquiera una opción; quizá por cobardía y miedo al fracaso, ponía excusas tontas para no presentar el examen: decía que me daban miedo la sangre, las agujas e incluso las personas. En ese momento, la docencia no era para mí una opción: me dejé influenciar por personas que afirmaban que la docencia era una carrera para personas que no podían aspirar a algo más.

Mi hermana es maestra de primaria y debo confesar que nunca comprendí su elección. Yo la visualizaba trabajando en grandes empresas. Solía escuchar cómo la gente le decía: «usted tan lista y estudiando para maestra», y me dejé llevar por lo que Jiménez Lozano denomina como imaginarios (2007: p. 31). Creía que la educadora solamente era una niñera de niños pobres, con un trabajo mal remunerado y sin ninguna posibilidad de superación personal.

En esa época, mis padres, hermanas y maestros me presionaban para que eligiera una profesión que me garantizara un futuro próspero y exitoso, y al final cedí ante la presión. No pretendo culpar a nadie de mi decisión, porque en aquel momento fui muy feliz con la profesión que elegí. Confiaba en que realmente era lo que quería hacer toda mi vida y que, poco a poco, se iba a convertir en mi principal motivación. Decidí estudiar una ingeniería; realicé el examen en el Instituto Politécnico Nacional, donde fui aceptada en la carrera de Ingeniería Ambiental.

La verdad, nunca investigué el perfil de egreso de esa profesión. Para mí, era suficiente el renombre de la escuela y lo de ambiental me parecía fenomenal, ya que siempre me ha interesado la naturaleza; pensaba que la carrera consistía en el cuidado de ésta, en fomentar acciones para su protección y conservación.

Así fue como el 6 de agosto de 2012 entré a la UPIIZ-IPN; mas no tardé mucho en darme cuenta de que había cometido

un gran error. Cada vez que entraba a una clase, sentía que debía salir corriendo. Permanecí en la carrera durante dos meses y, después de analizar la situación, me di cuenta de que no tenía sentido seguir así, en una carrera que no me llenaba, con la cual nunca iba a sentirme realizada profesionalmente; tomé la decisión de salirme, dejando claro que después de ese fracaso nunca volvería a estudiar. Prefería buscar un empleo y vivir con mis papás por tiempo indefinido. Podía más en mí el miedo a volver a Zacatecas que el deseo de superarme y ser alguien en la vida.

Desde octubre del año pasado, mis papás insistían en que era necesario que volviera a la escuela y que, por lo menos, harían el esfuerzo para que entrara a una escuela privada durante ese semestre. Pero como yo obviamente no quería regresar, tuve la idea de decir que haría examen para entrar a la Normal. Me impulsaron dos razones: sabía que así tendría algo de tiempo para inventar una excusa y ni siquiera hacer el examen y porque, aun si me obligaban a hacer el examen, no tenía ninguna posibilidad de quedar, por la demanda que tiene la escuela.

Con el paso de los meses, no sé qué sucedió en mí, y no pretendo encontrar una explicación, mi vida dio un giro radical. Durante este tiempo, surgieron dudas acerca de mi actitud y me reencontré conmigo misma. Consideré seriamente viajar a Los Ángeles para estudiar animación y luego, soñando en grande, entrar a trabajar a Disney Pixar. Después, consideré otra vez estudiar Medicina, pero no tenía el bachillerato apropiado. Pasaban por mi mente muchas carreras que me gustaban.

Algo me hizo considerar de nuevo la docencia como una carrera para la vida y, entonces, recordé dos puntos que eran parte del decálogo del Instituto Politécnico Nacional que marcaron mi vida: «soy politécnico porque me duele la

patria en mis entrañas y aspiro a calmar sus dolencias» y «soy politécnico porque ardo en deseos de despertar al hermano dormido». Entre más las analizo, más me doy cuenta de que estoy en el lugar y en el momento indicados.

Ahora, busco formarme como docente, desarrollarme y adquirir o perfeccionar mis capacidades. Cabe recordar que, según Ferry (1990: p. 43), la formación es un trabajo en *uno mismo*. Ahora sé que es lo que realmente quiero y sé que debo buscar los medios para consolidar mi formación profesional, la cual inició desde el preescolar y nunca terminará, dado que se mantiene en constante evolución. Busco ser profesional, investigar y difundir conocimientos.

No sé si mi vocación ha sido natural y solamente fue olvidada y guardada en una parte de mí o si es una vocación artificial construida por mí en los últimos meses; pero mi deseo de ser maestra de preescolar va más allá de esto. Yo entraría en ese quince por ciento que, según Jiménez Lozano (2007: p. 36), elige la carrera por la vocación a servir, y realmente quiero ayudar a cambiar la terrible situación por la que pasamos los mexicanos.

Creo que existe una solución que radica en dirigir la mirada hacia una educación de calidad, una calidad auténtica que no se base en evaluar a los docentes, sino una educación que nos permita despertar de la ignorancia en la que nos encontramos, una educación que nos dé la posibilidad de discernir entre lo bueno y lo malo, que aumente nuestra calidad humana, que nos haga mejorar en todos los aspectos de nuestra vida, que nos llene de virtudes y que ayude a luchar contra nuestros defectos, que fomente los valores y disminuya los prejuicios. Solamente así podremos avanzar como nación.

Sé que para llegar a una educación de calidad primero hay que derrotar muchos obstáculos: el miedo, la ignorancia, la indiferencia, la pobreza, la discriminación, la inseguridad,

la falta de apoyo. Aunque nos duela, la solución no está en los gobernantes; está en cada uno de nosotros. No pretendo cambiar al mundo, ni siquiera a mi pueblo, Valparaíso; pero, si puedo mejorar el mundo de un niño, sentiré que tuve una razón en la vida y que valió la pena el esfuerzo. Estoy dispuesta a fomentar en mis próximos alumnos valores, coraje para luchar por sus ideales, pensamiento crítico y, sobre todo, amor por lo que hagan, así como hoy yo amo esta profesión.

Decidir con la experiencia

Me llamo Giovanna Sinead Sánchez Inda, soy de Fresnillo, Zacatecas. Mi primera experiencia académica fue en el Jardín de Niños «Beatriz González Ortega», donde sólo estuve durante tercer grado. No recuerdo mucho acerca de lo que viví en esa etapa, quizá porque fue muy poco el tiempo que estuve ahí, ya que antes no era obligatorio asistir al preescolar, te aceptaban en la primaria sin ir al kínder.

Desde entonces, han cambiado las cosas: se ha vuelto una obligación que el niño asista desde los tres años de edad al preescolar, aunque hay excepciones; ejemplo de esto son las escuelas que aceptan al menor a cambio de favores o por alguna cantidad monetaria. Creo que las autoridades deberían poner más atención a este asunto, vigilar que se cumpla la educación preescolar obligatoria como se tiene ya estipulado en el Diario Oficial, debido a que es una etapa muy importante para el niño, pues en ella adquiere conocimientos relevantes para desempeñarse mejor en el ámbito social y desarrollar habilidades y destrezas cognitivas y motoras; sirve también para brindar las bases que le servirán en el futuro para solucionar problemas.

Durante esta etapa, yo no adquirí grandes conocimientos. Lo poco que aprendí fueron los colores y algunos números y letras, pero no conocía sus funciones. Recuerdo que, al entrar a la escuela primaria, la mayoría de mis compañeros sabía contar y escribir, incluso aprendieron a leer muy rápido, yo me tardé un poco más. Ahora, el programa educativo es más completo y un fundamento nuevo consiste en que el educador identifique los conocimientos que poseen los alumnos y, a partir de ese punto, reforzarlos. Además, deberá mostrar a los niños cómo aplicar los saberes aprendidos.

Después del preescolar, estuve en la Primaria «Beatriz González Ortega», fue en primer año que me enseñaron todos los números y letras y conocí su utilidad. Hubo experiencias gratas, pero también desagradables. Tuve una maestra que tenía un carácter severo, la cual trabajaba a partir de una metodología tradicionalista basada en aplicar castigos ante una conducta desobediente; por ejemplo, si algún alumno no obedecía, lo mandaba al rincón o, si no respondía correctamente a una pregunta, le pegaba en las manos con una regla. Por fortuna, a mí nunca me castigó, pero recuerdo que le tenía miedo.

Durante los siguientes años, en cada ciclo escolar me asignaban una maestra nueva. Desde mi punto de vista, eran buenas maestras, pues lograba aprender y comprender todo lo que me enseñaban. Desde que entré a la primaria hasta sexto grado, tuve buen promedio, todos los años obtuve el primer lugar en aprovechamiento escolar; también participaba en las convocatorias de concursos y si había algún taller extraescolar asistía.

Cuando pasé a quinto año, tuve una maestra que, a pesar de ser joven, impartía clases con el método tradicional, era déspota y discriminaba a algunas personas, se burlaba de los alumnos si se equivocaban en alguna respuesta y le incomodaban las diferencias religiosas, así como que los niños convivieran de cerca con las niñas.

Afortunadamente, al pasar a sexto grado, nos asignaron otra maestra. Sentía temor de que fuera igual a la anterior, pero no fue así. Gracias a ella, pude recuperar la confianza en mí misma y el gusto por aprender. Incluso, nos prometió que iríamos de viaje si obteníamos buenos resultados académicos al final del curso, así fue y viajamos a la ciudad de México.

Tiempo después, ingresé en la Escuela Secundaria General «Benito Juárez». Mis calificaciones eran buenas y seguía siendo una alumna sobresaliente. Lo más importante es

que descubrí mi vocación: ser maestra. Reflexioné acerca de aquellas ocasiones en que ayudaba a mis primos a hacer la tarea, además de que me gustaba jugar a la escolita con mis familiares y amigos. Investigué todo acerca de la carrera y empecé a interesarme por ese tema, supe que podía estudiar para ser maestra en las escuelas normalistas; pero, como es una institución de nivel superior, tenía que estudiar primero la preparatoria.

Entonces, me inscribí a un bachillerato general en el CBTIS N°. 1 y estudié la carrera de Técnico en Puericultura, donde se potencializó mi deseo de ser maestra. Desde el principio, los maestros nos enseñaron todo acerca del cuidado del niño, que abarca desde los 0 hasta los 12 años. Asimismo, nos orientaron sobre las responsabilidades y los compromisos que implica trabajar con niños. Supe que no era nada fácil, como antes pensaba, pero aún así persistía en la idea de ser educadora.

En el CBTIS N°. 1, para poder titularse y certificarse, se exige hacer el servicio social y las prácticas profesionales. Yo acudí a la guardería del ISSSTE a prestar mis servicios. Estuve en todas las áreas; lactante, maternal y preescolar, en especial en preescolar, donde realmente aprendí lo que conlleva trabajar con niños. Para mí, fue una experiencia inolvidable; me encantó dedicarme a ellos y aportarles un poco de lo que yo sabía; cada día que pasaba junto a aquellos niños, aprendía muchas cosas nuevas. Tenía claro lo que quería hacer por el resto de mi vida.

Analizando el libro de María de la Luz Jiménez Lozano y Felipe de Jesús Perales Mejía (2007), *Aprendices de maestros, la construcción de sí*, encontré que parte del libro se centra en las motivaciones que llevan al alumno a elegir ser maestro. Basándome en esto, puedo decir que mi decisión de ser maestra se concretó cuando me proyecté en el escenario educativo de las prácticas y el servicio social.

Concluí el bachillerato y mi siguiente paso era entrar a la universidad. Obtuve la ficha para la Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho». Llegó el día del examen de admisión; de cientos que presentaron el examen, sólo serían aceptados veinticinco. Estaba muy nerviosa; hice mi examen y lo único que me quedaba era esperar los resultados. El día que los publicaron, estuve atenta para saber si había aprobado el examen y, con tristeza, comprobé que no estaba entre los primeros veinticinco alumnos.

Busqué opciones en otras universidades, pero ninguna me convencía, hasta que encontré una donde ofrecían la Licenciatura en Educación. Justo el día en que iba a inscribirme a esa licenciatura, me llamaron de la Normal para informarme que, debido a la salida de algunos estudiantes que decidieron dejar su lugar, podía ingresar a la BENMAC, noticia que me alegró mucho. Inmediatamente, llevé mis documentos y pude incorporarme a las clases.

Emilio Tenti, en su libro *El arte del buen maestro* (p. 183), dice que hay dos tipos de vocación: la natural, que es el deseo espontáneo de hacer algo; y la artificial, que se construye. Al respecto, creo que mi vocación fue natural, porque siempre mostré actitudes relacionadas con la docencia, las cuales reflejaba en el juego.

Ahora, me estoy preparando para ser una buena maestra. Considero que la sociedad del futuro está en manos de los educadores; es en esa etapa cuando se educa para bien de la sociedad o se hace inútil todo esfuerzo, y es ahí donde quiero marcar la diferencia. Con base en mi experiencia, puedo identificar a los maestros eficientes, lo cual me servirá para tomar los aspectos positivos y para no cometer los errores que he visto a lo largo de mi formación académica.

En *Aprendices de maestros* (p. 31), Jiménez menciona un factor que resta credibilidad a los docentes de preescolar: los

imaginarios. Estos son los prejuicios a los que se enfrentan los maestros, las ideas que afirman que sólo sirven para cantar y jugar con los niños, sin ningún beneficio académico. El objetivo que nos compete a los docentes es desmitificar estos imaginarios sociales.

Ahora que estoy en el curso, me doy cuenta de cosas que ocurren en la labor docente; se viven muchos cambios en la educación. Un ejemplo de esto es la reciente reforma educativa; espero que el objetivo sea brindar educación de calidad y contribuir, poco a poco, a formar mejores ciudadanos. Mientras tanto, yo seguiré esforzándome para cumplir mi meta, visualizarme como una educadora capaz de defender mi vocación.

Vocación de último momento

Mi nombre es Gloria y nací el 17 de mayo de 1995, en el municipio de Guadalupe, Zacatecas. Vivo con mis padres, mi hermano y mi abuelo paterno. Mis padres no estudiaron ninguna carrera; mi madre es ama de casa y mi padre es soldador. Mi infancia fue tranquila y viví como hija única por seis años. A pesar de eso, no me convertí en una niña traviesa y caprichosa; siempre destaqué entre la familia, la escuela y los vecinos por ser una niña estudiosa y bien portada.

Cursé preescolar en el Jardín de Niños «Luis de la Rosa», en la comunidad de Cieneguitas. Recuerdo que mi maestra de segundo grado era bastante malhumorada; tuve experiencias desagradables que marcaron mi infancia, pues siempre me dejaba en ridículo y me apartaba de mis compañeros; en cambio, mi maestra de tercero era una dulzura: nos trataba de la misma manera a todos y siempre estaba alegre y atenta.

En la primaria, sólo tuve dos maestros, ambos eran excelentes, aunque de carácter fuerte; tenían los conocimientos necesarios y sabían hacer de la escuela un lugar agradable que facilitaba el entendimiento de la información, por lo tanto, de acuerdo con Delors (1996: p. 131), eran buenos maestros. Ya para entonces conocía varios tipos de maestros: los de carácter fuerte, con conocimientos y que no hacían distinciones entre los alumnos; los que eran dulces, atentos e inteligentes; y, finalmente, los malhumorados que despreciaban y maltrataban a los niños.

En lo que respecta a la secundaria, la cursé en la «Pedro Ruiz González», ubicada en Guadalupe. Ingresé al bachillerato en la Unidad Académica Preparatoria Plantel II de la Universidad

Autónoma de Zacatecas. Estas dos etapas, sin duda alguna, fueron significativas en mi vida, pues tuve maestros que veían al alumno como sujeto de diálogo y no solamente como objeto de enseñanza, tal como lo menciona Eduardo Mercado. Los maestros no se limitaban únicamente a dar su clase, sino que se involucraban en los problemas de los alumnos, de manera que la relación entre el alumnado y el docente favorecía el desarrollo y el aprendizaje.

Mi deseo de ser maestra comenzó cuando estuve en la preparatoria, y no precisamente porque mi institución me motivara a hacerlo, sino porque comencé a impartir el catecismo en mi comunidad. Descubrí que era mi pasión trabajar con niños, contarles cuentos, jugar, cantar, etcétera. Ahí me sentía plena, satisfecha con lo que hacía: ayudar a los niños a comprender y a interesarse por la religión.

Tenti (1999: p. 182) menciona que enseñar es una misión, más que una profesión, a la cual uno se entrega. De tal manera que entiendo que cuando una persona hace lo que verdaderamente le gusta, con el paso de los años, no ve su trabajo como una obligación, sino que entregará lo mejor de sí para hacer de los alumnos personas autónomas, exitosas y con pensamiento crítico y capacidad de solucionar conflictos, como lo menciona Delors (1996: p. 159).

No era la clase, sino la docencia

Mi nombre es Jazmín Vázquez Miranda; nací en Nezahualcóyotl, México, el 26 de septiembre de 1995. Soy hija de Enrique Vázquez Acevedo y Sonia Miranda Granillo y soy la segunda de tres hijas. Mi hermana mayor se llama Andrea y mi hermana menor es Liliana. Aunque somos de México, debido al trabajo de mis padres, tuvimos que cambiar de residencia y actualmente vivimos en Jerez, Zacatecas, donde he pasado prácticamente toda mi vida.

En cuanto a mi trayectoria académica, esta no comenzó precisamente en el jardín de niños. Yo era muy pequeña cuando mi hermana mayor estaba en el kínder; después de sus clases, me enseñaba todo lo que ella había aprendido. Al parecer, gracias a esto, aprendí a leer y a escribir algunas cosas desde muy pequeña. Aunque a todos les parecía imposible que mi hermana tan pequeña pudiera enseñarme nociones básicas de lectura y escritura, y nadie sabe cómo lo hizo, a mí me fueron muy útiles sus lecciones.

Cuando llegó la hora de que yo entrara al kínder, por alguna razón que aún desconozco, mi mamá decidió esperar otro año y que ingresara hasta segundo grado. Para mí, fue un poco difícil integrarme al grupo, pues todos ya se conocían entre ellos. Cuando el año escolar concluyó, debía ingresar a tercero; sin embargo, mi mamá omitió ese año y me inscribió directamente en la primaria.

Estudí la primaria en la escuela «Licenciado Benito Juárez». Aunque al principio tuve algunos problemas, pues, al parecer, yo era muy pequeña para estar en primaria y no me querían aceptar. Con el paso de los días, me fui integrando mejor al grupo y mi maestra se dio cuenta de que no tenía problemas

de aprendizaje, a pesar de que era un año más pequeña, de tal manera que fueron increíbles mis primeros dos años de primaria con la misma maestra.

Cuando pasé al tercer grado, tuve muy gratas experiencias con una maestra diferente; recibí buenas calificaciones, e incluso diplomas, por mi aprovechamiento escolar. Sin embargo, el paso a cuarto grado fue un poco difícil para mí. La maestra era muy joven y, al parecer, era uno de sus primeros años ejerciendo como docente. Comenzamos bien el año escolar; pero, conforme pasaba el tiempo, empezó a faltar mucho a clases, lo que afectaba nuestro desarrollo académico, pues nos mandaba las tareas y nadie entendía nada. En lo personal, fue un año muy complicado y el primero en que disminuyeron mis calificaciones y mi rendimiento académico; incluso llegué a odiar la escuela; no entendía nada, no aprendía nada y sentía mucha angustia. En quinto y sexto, tuve excelentes maestros y calificaciones satisfactorias. En retrospectiva, adquirí las bases necesarias para ingresar a la secundaria.

Estudí el siguiente nivel en la Escuela Secundaria «Ramón López Velarde». Cuando ingresé, sentía muchos nervios, pues fue un cambio importante en mi vida. Tenía miedos cuyo origen era la idea de que los maestros eran estrictos y que la convivencia diaria en la escuela era difícil; sin embargo, el hecho de que haya muchos maestros vuelve más enriquecedor el ambiente escolar, ya que aprendes más allá de las materias, acerca de sus métodos de enseñanza, virtudes, defectos, etcétera.

Cuando estuve en segundo año de secundaria, aprendí mucho con el maestro de Educación Artística. Me gustaba tanto esa clase que incluso consideré estudiar música, pintura o algo relacionado con el arte en general. Tuve un desempeño académico tan bueno que me dio la oportunidad de apoyar a los compañeros que mostraran algún tipo de rezago en la materia.

No obstante, cuando pasé a tercer año, ese profesor nos dio la clase de español, su especialidad académica, y comprendí que no quería estudiar arte, ya que lo que me gustaba de su clase era la metodología utilizada, la manera de involucrarnos en los temas del programa. Supe que él amaba su profesión y transmitía ese cariño a los alumnos, y, del mismo modo, yo quería cambiar mi futuro y ayudar a alguien más a hacerlo: deseaba ser maestra, dejar huella en mis alumnos, construir mejores seres humanos.

Terminé mis estudios de secundaria con un buen promedio y, lo mejor, con la amistad de aquel maestro que había marcado mi vida. Al igual que la vez anterior, tenía miedo de cambiar de la secundaria a la preparatoria, pero también me sentía más preparada para ese cambio y con la madurez necesaria para cualquier cambio que enfrentara en la vida.

Había ingresado a la preparatoria «Francisco García Salinas» con una idea básica de lo que quería estudiar en la universidad; sin embargo, aún me faltaba definir por completo esta decisión. Tuve maestros que desempeñaban bien su labor. Hasta la fecha, los recuerdo con cariño y admiración. Era muy fácil entender sus clases. Sin embargo, no todas fueron buenas experiencia en la preparatoria. Había maestros que no sabían expresarse ni, en consecuencia, transmitir sus conocimientos. Para mí, fueron una completa pesadilla las clases con ellos, pues no entendía mucho de lo que decían, así que había trabajo doble para los alumnos, ya que después de la clase investigábamos por nuestra cuenta para entender la tarea. Esta situación no disminuyó mis ganas de dedicarme a la docencia, antes bien, me motivó a prepararme para erradicar el número de personas que ejercen como maestros sin tener vocación.

En tercer grado de la preparatoria, debíamos elegir entre los bachilleratos de Fisicomatemático, Ciencias Biológicas y

Sociales–Humanidades. Sin pensarlo dos veces, elegí Sociales–Humanidades, donde recibí muchas materias muy interesantes. Descubrí también la carrera de Psicología, que me gustaba mucho; incluso, pensé en elegirla sobre la de docente, pero dentro de mí sabía que lo que amaba era enseñar a los demás a construir sus propios conocimientos.

Claro que hubo muchas personas que me dijeron que los maestros no hacían nada, lo cual me ponía un poco triste. No obstante, esos comentarios me daban fortaleza para defender al magisterio.

Durante el tercer año de la preparatoria, tuve la oportunidad de participar en un concurso que consistía en presentar algunas exposiciones en diferentes escuelas. El premio era quedar exentos del examen en una de las materias, pero debíamos mostrar evidencia de que las exposiciones habían sido preparadas por los alumnos. Mis compañeros y yo decidimos que, como eran tres las exposiciones a realizar, presentaríamos una en la secundaria, otra en una primaria y, por último, una en algún jardín de niños. El tema era el medio ambiente.

En la secundaria, nos pusieron mucha atención; sin embargo, a ninguno de los alumnos pareció importarles ni una sola palabra de lo que dijimos. Parecía que sólo obteníamos a cambio una burla de ellos; tal vez, no nos respetaban porque no éramos adultos. No supe en realidad cuál fue el problema, pero supe de inmediato que lo que más anhelaba era cambiar la forma de pensar de mis alumnos, y que yo no lo había logrado. Por otra parte, en la primaria, casi ningún niño nos puso atención, con lo que me di cuenta de que no podía educar a nadie que no mostrara disposición para escuchar.

En el jardín de niños, la reacción fue diferente. En lo personal, me encantó hacer una presentación para los niños, incluso traté de ponerme en su lugar por un momento para

saber si las actividades que llevábamos preparadas les gustarían. Todos los niños supieron aprovechar al máximo esa exposición y, con alegría, nos dimos cuenta de cómo recogían papeles del piso y regañaban a los demás porque los tiraban.

Me enfrenté a muchas situaciones desagradables cuando establecí que quería ser maestra de educación preescolar. Varias personas me dijeron que era mejor que tomara clases de manualidades, que era lo mismo y más fácil; sin embargo, nada de eso me importó. Hablé y defendí la carrera que quería como si fuera maestra, hecho que me ayudó para comprender más a las educadoras. Por otra parte, hubo personas que me explicaron que ser educadora requiere seriedad, ya que tendría en mis manos el futuro de mi país y que de mí dependería que los niños amaran la escuela.

Fue en ese momento cuando elegí mi carrera: quería ser maestra de educación preescolar. Aunque sabía que era muy difícil ingresar a la BENMAC, lo intenté y aquí estoy, demostrándome que puedo alcanzar mis metas, a pesar de los obstáculos.

Estoy muy feliz por todos aquellos detalles que me guiaron hasta aquí. Agradezco a mis padres el apoyo que me brindaron. Sobre todo, ansío fortalecer el carácter de un niño y desarrollar al máximo sus habilidades. Además, me encanta aprender y sé que las personas indicadas para enseñarme a observar la vida desde otra perspectiva son los niños. Estoy segura de que la mejor decisión que he tomado es la de aprender juntos, la de ser maestra de preescolar

Un paseo por mi vocación

Mi nombre es Julia Janeth Reyes Tostado; nací el 9 de octubre de 1995 en Fresnillo, Zacatecas. Cursé la educación preescolar en el Jardín de Niños «Nicolás Bravo». Cuando tenía cuatro años, entré a segundo grado (el único que cursé); luego, me pasaron a la primaria, debido a mi fecha de nacimiento.

La verdad es que no recuerdo mucho de esa etapa, pero recuerdo a mi maestra, quien era buena persona, paciente y comprensiva; nos explicaba todo con facilidad y sencillez para que lo entendiéramos. De ahí que haya surgido en mí el interés por ser como ella, y dije que cuando fuera grande deseaba ser maestra.

La educación primaria la cursé en la escuela «Adolfo Adame Lozano». Como ingresé a la edad de cinco años, al principio mi familia, en especial mi mamá, estaba preocupada porque tal vez la falta de un año de preescolar afectaría mi aprendizaje. Por suerte, no fue así, mi desempeño escolar fue bueno y me incorporé con facilidad.

En segundo y tercer año, tuve una maestra a la cual todos temíamos por lo estricta que era; pero fue quien me ayudó a aprender mejor y promovió en mí el gusto por estudiar. Fue, sin duda, una persona clave para que aumentara mi gusto por la docencia.

En el libro *El oficio de ser maestro*, Eduardo Mercado Cruz (p. 19) menciona la «necesidad de un maestro que nos ayude a desarrollar habilidades, destrezas y competencias», ya que desde pequeños podemos formarnos la idea de qué es lo que queremos ser de grandes. El docente debe despertar en nosotros el interés de la transformación y apoyarse en cualquier cambio, siempre y cuando sea favorable para la educación básica.

Al concluir mis estudios en la primaria, entré a la Escuela Secundaria N.º 1 «Benito Juárez», donde siempre estuve entre los mejores promedios y en la escolta, lo cual me motivaba a continuar estudiando. Tuve maestros amables, enojones, indiferentes, estrictos. En especial, tuve una maestra que no era querida, por ser muy estricta; la considero fundamental en mi formación académica, ya que me brindaba su apoyo, tanto en educación como en consejos y opiniones para saber si realmente ser maestra era mi vocación.

Mis papás siempre apoyaron mi elección por la docencia. Cuando iba a ingresar a la preparatoria, opté por elegir un CBTIS, ya que, además del bachillerato general, obtendría una carrera técnica, lo que me brindaba mejores oportunidades a futuro. En el CBTIS N.º 1, opté por la especialidad de Puericultura, que abarca las etapas de desarrollo de los niños, los problemas a los que se enfrentan, las enfermedades que padecen y, en concreto, todo lo relacionado con los niños y su crecimiento.

Cada vez era mayor el interés por trabajar con niños: me gustaba mucho la carrera técnica elegida. Por las materias que tenía, me llamaba la atención estudiar Pediatría, de tal manera que estaba confundida, no podía elegir entre la docencia y la salud infantil.

Mis papás me dijeron que debía decidir con cuidado, ya que de esto dependería mi futuro, pues era un proyecto de vida y, si no me gustaba en realidad, podría fracasar o desempeñar mi profesión sin entusiasmo.

Hubo dos razones que me llevaron a tomar la decisión final. Una de ellas fue que tenía una maestra de la especialidad que, además de trabajar en el bachillerato, por la mañana trabajaba en un jardín de niños. Todos los días que impartía clases, llegaba muy feliz; era tanta su alegría por trabajar con niños que lo transmitía fácilmente. Siempre decía que amaba

y disfrutaba mucho su trabajo. Yo pensaba en que, a pesar de que prácticamente trabajaba todo el día, no se cansaba, al contrario, se notaba el gusto que sentía por su profesión.

La otra razón fue que en cuarto semestre realicé mi servicio social y mis prácticas profesionales en el Jardín de Niños «Nicolás Bravo», el mismo donde estuve en mi infancia. Día con día, interactuaba con los niños. Trabajé ahí más de un año; fue el tiempo suficiente para reconocer que siempre había querido eso.

Asimismo, decidí que quería especializarme en educación preescolar, ya que es importante brindar una buena educación a los niños y contribuir, al menos con un poquito, a mejorar la situación educativa del país. Actualmente, los niños piensan que estudiar no es productivo y, por lo tanto, deciden irse por el camino de la delincuencia. Ante este problema, quiero impulsar a los niños para que elijan la escuela y el conocimiento como forma de vida.

Para mí, ser maestra se convirtió en un sueño casi inalcanzable por la demanda que tiene la carrera, además de los pocos lugares que se ofrecen; pero eso no impidió que yo me esforzara, al contrario, fue como una prueba para mí, para darme cuenta de que nada es imposible.

Me identifico con lo que menciona Jiménez Lozano en su libro *Aprendices de maestros* (p. 33), acerca de que además de considerar esta profesión como un proyecto de vida, una carrera profesional o una vida llena de sueños, implica un compromiso no sólo conmigo misma, sino con mi país y principalmente con los niños. Al estar en esta carrera profesional, adquiero el compromiso de actuar de una manera ética, con moral y valores, y enfocada a contribuir al aprendizaje de los alumnos, a su formación académica e integral.

El camino hacia mi vocación

Mi nombre es Karla Elizabeth. Mi vida comienza el día 19 de febrero de 1995. Entonces, yo contaba con una hermana mayor y mis padres; cinco años después, nació mi hermano pequeño y quedó constituida nuestra familia.

Cuando era niña, me gustaba jugar a la maestra y a ser artista. Le decía a mi familia que cuando fuera grande sería maestra, doctora y artista, y que el tiempo que me sobrara iba a dedicarlo al cuidado de mi hermana. Conforme crecía, me agradaba más la idea de ser maestra y descartaba las de ser doctora y artista.

Cuando entré a la secundaria, tomé el taller de dibujo. Mi maestro era muy profesional, atendía eficazmente las necesidades escolares de los alumnos, y fue en esa época cuando deseé ser arquitecta; aunque, después de saber que yo no tenía paciencia para realizar planos, anulé por completo esa idea.

A finales de mis años de secundaria y durante mi preparatoria, quería estudiar Psicología para ayudar a las personas con sus problemas emocionales, con los medios necesarios y de forma profesional. Incluso ahora me gustaría, en el futuro, estudiar Psicología Clínica.

Cuando entré a cuarto semestre de preparatoria, llevaba la clase de Lectura y redacción, en la cual, la maestra —a pesar de tener una metodología obsoleta y tediosa, y de no organizar sus clases— me adentró en el mundo de la lectura; generó en mí el placer de la lectura y de la escritura. Por eso, durante un tiempo, quise estudiar Letras o Comunicación. Cabe mencionar que mi padre quería que estudiara Medicina,

lo cual ni siquiera me pasó por la mente y, a pesar de su insistencia, llegué a contradecir mis sueños infantiles.

En sexto semestre de preparatoria, no sabía qué rumbo tomaría mi vida académica. Entonces, una maestra nos encargó un trabajo de servicio social en equipos. Como mis compañeras también querían ser maestras, tomamos la decisión de ir a una casa hogar, pero no nos permitieron el acceso. Recordamos que en la Escuela Normal había atención a niños por la tarde, solicitamos el permiso y nos dejaron entrar. Estuvimos dos horas con los niños, les propusimos algunas actividades y, para mí, fue grandioso cuando escuché por primera vez que me dijeron maestra. Después, me puse a estudiar para aprobar el examen de admisión y ahora estoy aquí, cumpliendo mi sueño de ser maestra.

Aproximadamente durante un mes y medio, me he dado cuenta de que en verdad quiero ser maestra, a pesar de las dificultades que se presentan en la sociedad y de lo que se espera de los maestros. Como dice Emilio Tenti (1999: p. 182): «De la formación se espera el dominio de las acciones y situaciones nuevas, el cambio social y personal que ya no se espera de las estructuras, el remedio al desempleo, la democratización de la cultura, la comunicación y la cooperación entre los seres humanos»; sin embargo, como él mismo lo dice en su libro *El arte del buen maestro* (p. 192): «el maestro no debe de ser un sabio», aunque a veces, o casi siempre, la sociedad lo muestra como modelo a seguir. Por eso es importante que los futuros docentes nos preparemos intelectual y profesionalmente. Hay que producir conocimientos en los alumnos y hacerlos pensar, además de generar en ellos el deseo de aprender.

Uno de los retos que tienen los maestros hoy en día es, como lo señala Delors en su libro *La educación encierra un tesoro* (p. 158), convertir la escuela en un lugar más atractivo para los alumnos. Yo creo que es un reto por la diversidad que

existe hoy en día y por los diferentes contextos que se presentan en la sociedad, ya que los niños ahora están muy involucrados con la tecnología y los maestros, con frecuencia, no están lo suficientemente capacitados para atender las exigencias de la actualidad.

Mis primeros pasos hacia la profesión

Nací el 28 de agosto del año 1995 en la ciudad de Zacatecas. Mi nombre es Karla Daniela Ortega Román. Mis padres son Lucila Román Muñoz y José Manuel Ortega Montoya; mi hermana menor se llama Paola Alejandra Ortega Román.

Mi educación, al igual que la de todo ser humano, comenzó en el núcleo familiar. Tal vez aquí no recibí conocimientos formales; sin embargo, fue en este lugar donde aprendí lo esencial: a hablar, a caminar y, sobre todo, los valores con que debía actuar a lo largo de mi vida. No obstante, era necesario que comenzara una educación formal, fue por eso que a los tres años de edad ingresé a la Estancia de Bienestar y Desarrollo Infantil N°. 134, ya que mi madre es derechohabiente del ISSSTE y contaba con este servicio.

Si bien es cierto que no recuerdo mucho de esta etapa de mi vida, aún tengo muy presente a una maestra que evidenciaba que la docencia no era su vocación: siempre estaba de mal humor. Recuerdo una ocasión en la que todos debíamos colorear. Ella se acercó a mi mesa de trabajo y, al observar que mi compañero iluminaba su dibujo en diversas direcciones, lo regañó ante los demás diciéndole que «ni eso sabía hacer» y señaló que todos debíamos realizar el trabajo de la misma manera, algo que, desde mi punto de vista, es totalmente antiético, pues como docentes debemos comprender que cada niño es diferente y aprende de diversas formas.

Así transcurrieron tres años de mi infancia, en los cuales forjé las bases necesarias para adquirir una educación más avanzada: la primaria, la cual cursé en la escuela «Francisco

Goytia», donde transcurrieron seis años de trabajar con distintos profesores y de conocer variadas formas de trabajar y maestros que siempre recordaré por momentos gratos o desagradables.

Una experiencia curiosa ocurrió cuando yo cursaba el tercer año de preescolar. Una maestra, por petición de mi madre, comenzó a darme clases extra sobre matemáticas básicas, e incluso comencé a leer y escribir. Ésta no fue precisamente la mejor idea, ya que al entrar a la primaria la maestra comenzó desde cero con todos mis compañeros, por lo cual me aburría mucho y le decía a mi mamá que ya no quería asistir; sin embargo, pasó el tiempo y, poco a poco, comencé a adaptarme al grupo y a aprender junto con mis compañeros.

Luego de ese tiempo, ingresé a la secundaria «Benito Juárez», por decisión de mis padres, ya que se decía que era la mejor. Al principio, fue algo difícil la adaptación, ya que era un cambio total, pues de tener un sólo profesor al año cambié a uno por materia. No tenía un salón fijo, sino que debía trasladarme a diferentes espacios de la escuela, es decir, la exigencia era mayor. Muchos de los maestros que ahí conocí dejaban mucho que desear en su labor docente, pues su manera de actuar no era del todo ética, eran autoritarios y algunos no cumplían con lo citado por Eduardo Tenti (1998: p. 192), ya que al docente se le exige una preparación sólida en el ámbito pedagógico y científico, y muchos de ellos tenían el saber científico necesario, mas su formación pedagógica no era la adecuada, es decir, no contaban con la capacidad de enseñar a los alumnos.

A pesar de lo dicho, no puedo generalizar, pues también encontré excelentes profesores; por ejemplo, recuerdo mucho a una maestra que era muy criticada por todos, tanto por alumnos como por padres de familia, e incluso los maestros la rechazaban por su forma de ser, ya que era muy exigente y tenía un carácter fuerte; no obstante, ha sido de las pocas personas

que han marcado positivamente mi formación académica, de la cual aprendí mucho y por ello siempre la recordaré.

Al terminar la secundaria, por primera vez tuve la libertad de decidir en qué escuela cursar el bachillerato y elegí ingresar al CBTIS N°. 1. Al momento de elegir la especialidad, no tenía una idea clara; me decidí por Puericultura, ya que era, de las que ofrecían, la que más me llamó la atención. En ese momento aún no sabía qué quería estudiar.

Conforme transcurrían los semestres, y como dice Jiménez en su texto *Aprendices de Maestros* (p. 33), las motivaciones más comunes para elegir la carrera del magisterio son el gusto y el deseo de trabajar con niños. Al conocer cada vez más acerca de los niños me interesaba más por seguir aprendiendo sobre educación infantil y actividades para niños como: rondas, obras de teatro, bailes, festivales, etcétera.

El momento decisivo fue cuando realicé mi servicio social en el jardín de niños «Manuel M. Ponce». Al escuchar por primera vez a un niño llamarme maestra, me convencí de que ser educadora era lo que quería en mi vida. Convivir con esas personitas y poder ayudarles a aprender muchas cosas que desconocen, revisar sus trabajos, poder entender sus dibujos y sentarme a platicar con ellos, incluso jugar fútbol con los niños, ha sido sin duda una de las mejores experiencias de mi vida.

Además, al ver el trabajo de la educadora encargada de asesorarme, supe que yo quería ser diferente y realizar una mejor labor como docente de pequeños. Sabía que era capaz de cambiar el futuro de los niños que estuvieran en mis manos; sobre todo, al ver que a las educadoras de ese jardín, a pesar de sus problemas o de haber tenido un día pesado, nunca se les borraba la sonrisa del rostro: pude apreciar la satisfacción que les producía su trabajo.

Fue así como, poco antes de terminar mi bachillerato y ya con la firme convicción de lo que quería estudiar, decidí presentar examen de admisión en la Benemérita Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho» y, aunque todas las personas me decían que era muy difícil obtener un lugar ahí, nunca me desanimé e hice el intento. Por suerte, quedé entre los veinticinco seleccionados e ingresé a la Licenciatura en Educación Preescolar. Para mí, esto representó una enorme satisfacción, ya que era el comienzo de un largo camino para cumplir mi mayor sueño: ser educadora.

Una vez que comenzó la licenciatura, cuando la gente me preguntaba qué estaba estudiando, al responder que Educación Preescolar, nunca faltó quien me dijera que esa carrera no tenía futuro, que hoy en día es muy difícil conseguir plaza e incluso me encontraba con gente que llegaba a burlarse de la carrera, diciéndome que no tenía dificultad hacer manualidades o jugar con los niños, o que si mis materias eran Bolitas I y Palitos II. No es de sorprender que hoy en día, como desde hace mucho tiempo, según Eduardo Mercado en *El oficio de ser maestro* (p. 83), la sociedad tenga la errónea creencia de que cualquier persona puede cuidar a un grupo de niños en un aula, prestando servicios propios de una madre.

A pesar de todo eso y de los problemas a que se enfrenta constantemente la educación en el país, y con lo que menciona Eduardo Mercado (2008: p. 111) acerca de que «para ejercer la docencia se debe tener vocación y amplio sentido de identidad y pertenencia», y a pesar también de que sé que no será nada fácil, esto es a lo que quiero dedicar mi vida, porque la vocación es un llamado, algo que se siente. Y yo lo siento.

Después de leer a Emilio Tenti en *El arte del buen maestro* (p. 182), comprendí que realmente el magisterio no es una simple profesión, sino una misión, la cual estoy dispuesta a aceptar. Tengo claro que dicha misión no implica sólo situarse

ante un grupo de niños y ponerlos a cantar, sino que exige una completa y constante formación pedagógica y profesional. Sé que, si quiero ser una buena maestra, debo estar dispuesta a renunciar a muchas cosas para poder prepararme de la manera que el magisterio requiere.

Vocación natural

Mi nombre es Lizeth Guadalupe Gutiérrez Pérez, nací el 9 de julio de 1994, en Concepción del Oro, Zacatecas. Mis padres son Eligio Martín Gutiérrez Guillén y María Magdalena Pérez Salas. Soy la segunda de tres hijos. Mis dos hermanos se llaman Jairo Martín y Emmanuel Eligio.

En 1998, cursé el preescolar en el Jardín de Niños «Luis Pasteur», en el cual sólo estuve dos años. En ese tiempo, dije que quería ser como mi maestra. Ella era muy buena con nosotros y se veía que disfrutaba mucho estar con el grupo. Recuerdo que me daba indicaciones para que ayudara a mis compañeros y a mí me gustaba hacerlo, al igual que cada una de las actividades que nos aplicaba.

Ma. de la Luz Jiménez Lozano (2007: p. 34) menciona que existe un anclaje en una serie de experiencias relacionadas con modelos que fueron significativos en los trayectos de la niñez, naturalizando la identificación de la docencia mediante el juego, las prácticas de enseñanza, o bien el proceso de identificación afectiva con los maestros. Durante los años que cursé la primaria en la escuela «Ignacio Zaragoza», me gustaba jugar por las tardes con mis primos, vecinos y mi hermano menor a la escolita, y yo siempre quería ser la maestra. Tantas veces jugué a esto que mi papá me compró un pizarrón más grande, fomentando aún más mi gusto por la carrera. Muchas veces me preguntaban qué quería ser de grande y yo respondía que maestra; al salir de la primaria seguía con la misma idea.

Cuando ingresé a la Escuela Secundaria «José Vasconcelos», hubo un periodo en el que se impartían distintos talleres a los alumnos de primaria. Yo era una de las seleccionadas

para impartirlos y, aunque los niños no eran muy pequeños, me gustaba ayudarlos en las actividades propuestas, pues fomentaba un nuevo aprendizaje en ellos. Jiménez Lozano (2007: p. 36) escribe que «la labor docente no se basa sólo en transmitir conocimientos, sino en compartir y servir a los demás», en tener el deseo de ayudar a las demás personas a desarrollar otros conocimientos. Fue justo al impartir estos talleres cuando me percaté de que mi verdadera vocación se encontraba en el magisterio, que me gustaría formar personas competentes e inculcar el amor por el conocimiento.

Al ingresar al CBTIS 221, se presentó una serie de problemas: el primer conflicto fue que todas las clases que llevaba se relacionaban con la administración de empresas; el segundo, las falsas nociones que existen en la sociedad acerca de la labor docente y de lo que implica enseñar; finalmente, el tercero fue el desacuerdo que surgió con algunos amigos. Durante esta etapa, me enfrenté a múltiples críticas y opiniones negativas respecto de la carrera que había elegido estudiar; sin embargo, nada mermó mi ánimo de ser docente, tenía muy claros mis objetivos.

Durante un tiempo, mi mamá cuidó a un niño que estaba en primero de primaria y luego a una niña más pequeña. Obviamente, conviví con ellos. En mis momentos libres, me ocupaba de ayudar al niño a hacer sus tareas o les enseñaba a mejorar su lectoescritura. Esta experiencia fue muy importante para mí porque, al estar en contacto con ellos, pude definir cada vez más mi vocación: en mí existía el gusto por trabajar con niños. Jiménez Lozano (2007: p. 33) mencionan que muchas veces la elección de la profesión se debe a la existencia de un gusto por convivir con niños, ser el mediador en sus aprendizajes y guiar a las nuevas generaciones.

Mis padres no tuvieron la oportunidad de estudiar una licenciatura, pero tengo una prima que se graduó de la Escuela

Normal; ella ya ejerce como docente, le va bien y eso me motiva. Siguiendo a Jiménez Lozano (2007: p. 35), se puede decir que muchas veces el contexto en el que se convive o lo que se observa en los miembros de la familia motiva a elegir la profesión. Al egresar del CBTIS 221, mi primer desafío para lograr mi objetivo fue aprobar el examen de admisión en la Benemérita Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho», en el área de educación preescolar. El día de la aplicación llegué con mucho entusiasmo; pero, al ver la gran cantidad de personas que presentaría examen, empecé a dudar si quedaría o no. Lamentablemente, mi desánimo triunfó, pues no obtuve buenos resultados y, por lo tanto, no ingresé a la escuela.

En ese momento, mi confianza quedó por los suelos; no sabía qué hacer y al paso de los días me sentí influenciada por algunos compañeros para estudiar otra carrera; elegí Desarrollo de Negocios, ya que llevaba elementos base desde mi bachillerato. Al final, terminé por inscribirme en la escuela, pagué mi cuota de nuevo ingreso, todo estaba listo para comenzar con mis estudios; pero, ante la pregunta de mi familia de si estaba segura de estudiar administración, reaccioné y decidí esperar la próxima convocatoria de la Normal.

Antes de que se llegara la fecha para presentar el examen, estudié por mi propia cuenta, repasando los temas de la guía de estudio que nos habían dado; cuando se llegó el día del examen, me sentía muy nerviosa a pesar de la preparación que llevaba. Al momento de contestar las preguntas, me di cuenta de que sí sabía la mayoría de las respuestas. Cuando llegó la hora de entregar el examen, aún me faltaba contestar algunas cosas, por lo que traté de contestar todo de forma más rápida. Ante este inconveniente, no pude evitar pensar que se repetiría la historia del año anterior.

Al publicarse los resultados, no pude contener mi alegría, pues obtuve el quinto puesto en una lista de veinticinco

aceptados; ahora curso el primer semestre de la licenciatura. Me doy cuenta de que mi vocación es verdadera, incluso puedo llamarla vocación natural, ya que, según Emilio Tenti (1999: p. 183), es auténtica y deseable. Sé que ser docente no es una cuestión tan sencilla como cree la sociedad, pues, como señala Ferry (1990: p. 45), implica formarse en todos los dominios, múltiples actividades, aspectos de la vida, dominio de las situaciones nuevas, adaptación al contexto, a los medios, a la sociedad, a los niños y tener un control sobre uno mismo. También sé que esta profesión me dará muchas experiencias de las que aprenderé para mejorar cada día, para propiciar en los niños el interés por aprender; lograré estos objetivos porque estoy consciente del compromiso que he adquirido con mi profesión.

Un huracán en mi elección docente

Mi nombre es Martha Guadalupe Llamas Martínez. Nací en la ciudad de Zacatecas el 24 de agosto de 1995. Desde pequeña, me ha gustado interactuar con otros niños y descubrir cosas nuevas; me gustaba aprender y, sobre todo, encontraba maravilloso el que una persona pudiera enseñarle lo que sabía a otra. Estas inquietudes infantiles aumentaron cuando ingresé a preescolar, aunque sólo cursé dos años, pues me percaté de la importancia de la labor del docente, así como de lo grato que resulta aprender. Me gustaba mucho ver lo que las maestras hacían; me enamoré de su trabajo. En realidad era asombroso ver que todos los niños queríamos estar con ellas; era increíble cómo se ganaban el respeto de todos los alumnos.

Al entrar a la primaria, me percaté de que las clases eran un tanto diferentes; aumentaron las tareas y las horas en el aula. No comprendía cómo hacían mis maestros para enseñarnos tantas cosas. Fue entonces cuando surgió mi deseo de ser maestra, aunque no tenía muy claro de qué, si de preescolar o de primaria, pero me di cuenta de que en esta etapa de formación los niños comienzan a revelarse, a desobedecer a los profesores e incluso a ser groseros; yo no quería eso; a pesar de cursar la primaria, nunca comprendí que mis compañeros insultaran a una persona que hacía un bien por ellos; no tardé en decidir que quería ser maestra de preescolar.

Al ingresar a la secundaria, pasaron muchas cosas por mi cabeza. Comenzaba a gustarme el algebra y lo primero que pensé fue en ser maestra de secundaria y dar clases de matemáticas. En tercer año, nos pidieron pensar qué carrera

nos gustaría estudiar; sin pensarlo mucho, yo me decidí por la de educadora, decisión que me llevó a estar como ayudante, por tres días, en un kínder; en verdad me encantó.

En esos días de práctica en el preescolar, observé que la maestra tenía algunas dificultades con los niños, ya que a éstos les llamaba la atención mi presencia y querían hacer las cosas conmigo; incluso me obedecían más a mí. Una vez culminada la labor, mostramos frente al grupo nuestras experiencias en las diferentes carreras. Cuando fue mi turno, surgieron algunas burlas, mis compañeros dijeron cosas como: «sólo irás a limpiar mocos», «eso no tiene nada de ciencia», «es una carrera muy inútil», «estudiar tanto para regresar a lo mismo», «eso no es una carrera». Esa vivencia fue algo muy desagradable para mí y me costó trabajo superarla. Como bien lo dice Mercado (2008: p. 76), se piensa que la mayor parte de los educadores son mujeres guiadas por su instinto maternal y por realizar labores semejantes a las que se hacen en casa, en pocas palabras: que no es una profesión; sin embargo, también señala, el maestro tiene grandes cualidades: la vocación, moral, dominio del método y conocimientos.

Tuve presente mucho tiempo ese mal momento que viví en secundaria, pero poco a poco se fue desvaneciendo, de tal manera que al pasar a preparatoria, mi vocación de educadora estaba más firme que nunca. Lamentablemente, comenzó otra vez la discusión; algunos profesores me decían que ser maestra era una verdadera pérdida de tiempo porque, aparte de que muchos profesionistas trabajaban como maestros y los verdaderos maestros no tenían trabajo, yo tenía más potencial para otras áreas, en lugar de sólo quedarme en el tema de la educación. Al respecto, Mercado menciona (2008: p. 69) que «La docente de preescolar ha sido agredida en su status profesional por sus condiciones histórico culturales. La educación preescolar únicamente ha sido un paliativo, para

que la madre de familia tenga una niñera barata».

En cada semestre brotaba una nueva opción de licenciatura, por ejemplo Medicina. Mis amigos me preguntaban cómo era posible que del área de educación pasara a un campo tan complejo como la Medicina. Veía el trabajo que mi tío realizaba, me gustaban la investigación y el trato con los pacientes; pero, como me gustaba la Medicina y no abandonaba la idea de trabajar con niños, pensé en buscar una especialización en Pediatría.

Continuaron mis clases de Aritmética, Álgebra y Cálculo; volvió a mí el gusto por las Matemáticas; y comenzó a interesarme la Ingeniería. Pensaba estudiar una ingeniería civil o ingeniería en comunicación y electrónica; pero muchas personas me decían que la mayoría de estudiantes de Ingeniería eran hombres y que éstos tienen más oportunidades laborales que las mujeres: Ingeniería ya no estaba en mi mente.

Pensé en seguida en Contaduría, pues implicaba Matemáticas; no de la misma forma que una ingeniería, pero sí mostraba muchos retos. La carrera estaba involucrada con leyes. La mayoría de mis compañeros de grupo y de mis conocidos estaban involucrados e interesados en la política, por ende, Derecho era una nueva opción para mí.

Sé que di mucha importancia a estas ideas y dejé que las otras opciones tuvieran fuerza en mi mente. No obstante, debido a que muchas personas me decían que no había nada mejor que ser maestra, reafirmé la opinión de que no estudiaría lo que los demás me dijeran. A pesar de todas estas ideas, la docencia seguía ocupando un lugar importante en mi proyecto de vida y comprendí que, como dice Mercado (2008: p. 69), la educadora no es una niñera barata para las madres ocupadas, así como tampoco son un mero entretenimiento para los niños, sino el principal punto del cual parte su educación, es decir, los niños

no pueden ir a la primaria sin haber adquirido conocimientos previos en el preescolar.

En preescolar, los niños desarrollan sus primeras habilidades psicomotoras, como lo puntualiza Jiménez (2007: p. 43), al principio a todos inquieta que el niño no aprenda, no tenga interés en las clases, y que el mayor miedo es que ya están acostumbrados a trabajar de forma tradicional; además, todos piensan que las educadoras son bonitas, ordenadas, pacientes y, sobre todo, maternales, pero en realidad no es así. Todas las personas podemos tener esos atributos. De modo particular, las educadoras tienen mucho potencial para trabajar con infantes, ya que estudian los diversos comportamientos de los niños, no sólo los ponen a jugar. Su principal labor es que los niños aprendan, es decir, primero ellas aprenden a enseñar y luego enseñan a comprender.

Durante algún tiempo, tomé clases de ballet y estuve como apoyo con las niñas de mi academia. En verdad me gustó mucho estar frente a un grupo de niñas, pues las niñas me veían como una modelo a seguir y querían ser como yo. Eso fue realmente inspirador; me sentí muy bien.

Al ingresar a sexto semestre de preparatoria, en enero de 2013, todo se volvió aún más confuso porque no sabía qué elegir. La mayoría de mis compañeros estaba en una situación similar a la mía, sólo que algunos decidieron tomarse un año sabático, así que era un tanto frustrante estar en esa sintonía. Me llegaron a apodarar la *Barbie*, debido a que yo quería hacer de todo. Tuve una plática con uno de mis profesores y logré concretar mis pensamientos. Él me hizo ver que no debía hacer caso a las distintas críticas que recibiera, pues cada individuo tiene una diferente perspectiva.

Llegó el tiempo de solicitar fichas para el examen en la UAZ y decidí pedir un lugar en Derecho y Contaduría. Poco

tiempo después, salió la convocatoria en la BENMAC; asistí decidida a obtener un lugar. Creo que tomé la decisión de querer ingresar a la BENMAC gracias a un sueño que tuve, en el que mi abuelo, quien lamentablemente falleció cuando yo era muy pequeña, insistía en que buscara aquello que desde pequeña anhelaba, y él sabía qué era lo que yo deseaba.

Dejé pasar la fecha del examen para la licenciatura en Derecho, aún no sé por qué razón. Se aproximaba el tiempo para realizar el CENEVAL para la BENMAC, y unos días antes de éste me enfermé un poco, quizá por la presión del cupo de la escuela, pues sólo aceptaban a veinticinco personas. Presenté la evaluación un tanto nerviosa, mejor dicho, demasiado nerviosa.

A la siguiente semana, tenía el CENEVAL para la Unidad Académica de Contaduría y Administración (UACyA), mejor conocida como la FCA (Facultad de Contaduría y Administración). Fui muy desanimada, sentía que ya no me motivaba la carrera. Al día siguiente del examen, debía inscribirme en la facultad para el curso de nivelación 2013, que constaba de dos semanas, seis horas diarias; básicamente, tenía que aprender acerca de contaduría y matemáticas. Terminó el curso y la carrera comenzaba a gustarme, pensaba que si no aprobaba el examen de la Normal, debía gustarme esa licenciatura. A la tercera semana, se aplicaron exámenes relacionados con los temas del curso de nivelación. Hubo una evaluación de Matemáticas, otra de Contaduría y, al final, nos aplicaron el CASE. Ya había sido aceptada en la FCA.

El día de este último examen se daban a conocer los resultados de la BENMAC. Estaba demasiado ansiosa, pero a la vez muy nerviosa y no quería enterarme de los resultados, pues yo sabía que no había dado el máximo de mí en el CENEVAL. Al checar la lista de aceptados, yo no estaba dentro de los veinticinco dichosos; recorrí la lista y, al ver que

estaba en el lugar veintinueve, me sentí aún más decepcionada, porque me habían faltado pocos lugares para alcanzar la meta. Esta desilusión me quitó incluso las ganas de seguir en la FCA; me di cuenta de que no quería eso para mí. Por un momento, quise estudiar danza, pero no quería dejar Zacatecas para hacerlo. El hecho de que en mi estado no se apoyen las artes es algo que lamento muchísimo.

Al final, acepté los estudios en la FCA. A fin de cuentas, estaba decidida a volver a intentarlo en la BENMAC el año próximo. Estuve en Contaduría hasta que, después de estar al pendiente, me dijeron que algunas de las personas aceptadas habían rechazado su lugar. No puedo expresar la felicidad que sentí en ese momento.

Fue triste despedirme de personas que estuvieron apoyándome durante los cursos de nivelación en la UAZ, pero esa tristeza no se comparaba con la felicidad que hasta la fecha siento. Actualmente tengo 18 años y estoy estudiando lo que en verdad quiero y me gusta. No creí que fuera tan maravilloso.

Veintiún años, descubriendo mi vocación

Soy Miguel Ángel. Nací el 22 de octubre de 1992. Soy originario del municipio General Pánfilo Natera. Soy el tercero de siete hermanos. Recuerdo que desde la infancia me gustaba jugar a la escuelita con mi familia. Como lo expresa Arturo Navarrete Trujillo (Ramírez, 2004: p. 11): «Cuando desde la infancia de una persona le gustó jugar a la escuelita, hay una posibilidad que exista la vocación». Siento que fue entonces cuando, de manera inconsciente, hacía lo que me gustaba y lo que elegiría como mi futura profesión: la docencia.

En la primera etapa de mi educación básica, adquirí muchas habilidades y conocimientos y, aunque los primeros días en el preescolar fueron algo extraños, luego de algunas semanas me involucré perfectamente. En la actualidad, siempre que recuerdo acontecimientos vividos durante ese tiempo, pienso que, en efecto, ésa fue mi mejor etapa académica.

En mi primer año en la escuela primaria, conocí a un buen profesor, a un verdadero profesional de la educación y mediador del conocimiento. Otras experiencias en las que me di cuenta de que realmente me gustaría ser maestro ocurrieron durante las numerosas veces que mi papá me llevó a su escuela —pues es licenciado en Educación Primaria—, ya que, además de compartir tiempo con él, observaba que lo hacía feliz ayudar a los demás; creo que a eso se le llama verdadera vocación, vocación para enseñar a aprender, pensar y reflexionar.

Desde niño, creí que era bueno para explicar, que otras personas comprendían lo que les decía, y pensé que esa era una señal de tener vocación. Aunque mi mamá siempre me repetía

que quería que me dedicara a la Medicina cuando creciera, nunca tomé importancia a ese comentario.

Recuerdo que, durante la secundaria, me dio clases de geografía una maestra llamada Carmen, quien realizaba muy bien su trabajo, además de que era la única docente con estudios de posgrado en toda la escuela. En verdad le importaba que aprendiéramos; en las pocas conversaciones que tuve con ella, me dijo que toda su vida la había dedicado a la educación para ser un individuo competente capaz de ayudar y enseñar a los demás. En ese sentido, me parece pertinente lo que dice Emilio Tenti, en *El arte de ser buen maestro* (p. 182): «La docencia no es un oficio, es un sacerdocio, y para esto hay que tener una verdadera vocación». Esta profesora me dejó claro que la profesión docente no es cualquier oficio, que es un trabajo que requiere esfuerzo, dedicación y conocimientos.

Cuando entré a la preparatoria, hubo un cambio radical en mi educación, ya que ingresé a una escuela donde la disciplina era lo más importante. La preparatoria formaba parte de un internado; ahí estudiaba, comía y dormía. Otro aspecto positivo fue que tenía profesores con estudios de posgrado, dedicados y con amor hacia la docencia. Tuve el deseo de que todas las personas tuvieran derecho a una educación de calidad, con profesores como los que había en el seminario: preparados, responsables y comprometidos con el aprendizaje de sus alumnos. Comprendí que los profesores son los guías de las nuevas generaciones, por eso es importante que estudien, se actualicen y sean aptos para innovar el sistema educativo.

Cuando terminé los estudios de preparatoria, quise ingresar a la Benemérita Escuela Normal Manuel Ávila Camacho, pero no me fue posible; así que, con un poco de resignación, me inscribí en otra universidad, en la Licenciatura en Intervención Educativa, que está enfocada también en la educación, pero no exactamente a la docencia. Desde entonces, tuve la necesidad

de tratar otra vez de ingresar a la Normal y un día decidí que, pasara lo que pasara, siempre haría lo que me gusta y seguiría mis sueños. Tiempo después, todo salió de maravilla y actualmente estudio la Licenciatura en Educación Preescolar.

Ser docente: un sueño

Mi nombre es Santos Omar Alvarado Navarro; nací en el estado de Zacatecas, el día 9 de abril de 1994. Actualmente, tengo 20 años de edad. Toda mi vida he radicado en el municipio de Calera de Víctor Rosales. Mis padres son Rosalba Navarro Alba y Florentino Alvarado Álvarez. Tengo dos hermanos menores: Luis Diego (15 años), quien estudia en el Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Zacatecas; y Joselyn de Jesús Alvarado Navarro (10 años), quien cursa la primaria en la escuela «Licenciado Pedro Vélez».

Desde que tengo uso de razón, siempre he tenido deseos de dedicarme a la docencia. Considero mi vocación natural y artificial a la vez, tal y como lo menciona Emilio Tenti (1999: p. 183). Creo que es natural porque desde pequeño sentí ese llamado, y artificial porque poco a poco algunos sucesos en mi vida han reforzado mi vocación. Todas las personas pasan por momentos en los que no saben qué es lo que quieren en realidad y mi caso no pudo ser la excepción, ya que existieron momentos en los que mi forma de pensar era diferente y cambiaba mis verdaderos deseos por otros.

Mi historia académica comenzó en 1999, cuando ingresé al Jardín de Niños «Leobardo C. Ruiz», a la edad de cinco años. Al llegar, sentía nervios y emoción a la vez, ya que era el primer día de clases de toda mi vida. Durante este ciclo, me dio clases la maestra Rosy. Ella era una buena persona, dedicada y entregada a su profesión. Recuerdo que realizaba actividades dinámicas para que pudiéramos aprender y divertirnos a la vez. Lo anterior me hacía sentir muy bien, de tal manera que deseaba, cada vez más, ser maestro. Por las tardes jugaba con mis vecinos y primos a la escuelita; a veces me tocaba ser el maestro, situación que me agradaba.

En este momento de mi formación educativa, me di cuenta de que la mayoría de los niños deseamos ser maestros, ya que el maestro representa el primer contacto que el infante tiene con una persona externa al núcleo familiar. Pero, como menciona Ferry, la formación es el trabajo sobre uno mismo y a esta edad aún no tenemos nociones sobre identidad y educación.

Transcurrió ese año lleno de magia y sorpresas y llegó el momento de pasar al siguiente nivel. Ingresé a la escuela primaria «Licenciado Pedro Vélez» a la edad de seis años. Durante los primeros dos años, me dio clases una maestra a quien agradezco todo lo aprendido. Ella era muy amable con todos sus alumnos y estricta en los trabajos y actividades. Su forma de trabajar era distinta a la de mi maestra de preescolar, pero gracias a su riguroso método de aprendizaje, esos dos años fueron de gran provecho; el grupo avanzó de forma significativa y yo fui uno de los más sobresalientes de mi salón.

Un día, tuvimos que asistir a una campaña de vacunación y nos pidieron que fuéramos vestidos como doctores. Al usar bata y maletín, escuchaba comentarios de maestros y de mis padres como «te ves bien de doctor, deberías serlo cuando crezcas»; pero, en ese tiempo, yo lo único que quería era ser maestro y seguir el ejemplo de aquella maestra de preescolar.

En tercer año, le asignaron mi grupo a otra docente. Me elegían para participar en todos los festivales escolares, lo cual me encantaba, ya que unas de las cosas que más me gustaba practicar en ese entonces eran la actuación y el baile.

Cuarto grado fue extraño porque cambiaron al maestro a medio ciclo escolar y, debido a que tenían métodos de enseñanza diferentes, a mi grupo y a mí nos resultó difícil adaptarnos. Con estos maestros, no existía la confianza alumno–maestro que debe haber para que la educación sea más productiva. En este año, mis deseos de ser maestro aumentaron; quería aplicar dinámicas divertidas para facilitar el aprendizaje de mis futuros alumnos, crear un ambiente de confianza, convertir el aula en

un lugar atractivo, y facilitar a los estudiantes la clave de un verdadero entendimiento (Delors, 1996: p. 158).

En quinto grado, tuve un maestro que conocía a mi familia, razón por la cual me sentía en confianza con él, ya que es un ejemplo de ser humano y, a pesar de que no cuenta con una mano, impartía sus clases con normalidad, además de que creaba un clima de respeto y admiración mutuos. Por otra parte, la maestra que me dio clases en sexto era amigable, su método de enseñanza era dinámico y aprendimos mucho. Mis compañeros y yo coincidimos en que pudimos encontrar a una verdadera amiga en ella.

Después, ingresé a la Escuela Secundaria Técnica N. ° 6. Estaba un poco nervioso porque sabía que se trataba de un nivel diferente a la primaria. Una docente que marcó mi vida impartía la materia de Historia; podía convertir una clase, en apariencia, aburrida en actividades interesantes y dinámicas; estaba alejada del método tradicional de enseñar Historia, pues dejaba participar a los alumnos e intercambiar opiniones acerca de los temas vistos. Sin embargo, durante este periodo de mi vida perdía paulatinamente el interés por ser maestro; estaba confundido. Me llevaba muy bien con la trabajadora social, veía su trabajo, que consistía en orientar y ayudar a los alumnos, pero no sabía qué hacer: tenía demasiadas ideas en la cabeza; formaba parte de la sociedad de alumnos, de la escolta; eran actividades que me gustaban, aunque, al mismo tiempo, no me dejaban diseñar un plan de vida.

Más tarde, ingresé al Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Zacatecas (Cecytez). Al igual que en todas las escuelas, había maestros que eran muy buenos en su materia, pero existían otros que sabían acerca del tema que impartían pero no sabían cómo transmitir sus conocimientos y otros tantos que manejaban la clase a base de dictados. Yo sabía que eso no era un buen método, ya que, como menciona Delors (1996: p. 18), los profesores deben actualizar y perfeccionar

sus conocimientos y técnicas, y ellos no lo estaban haciendo. En esta escuela, mis amigos y yo pasábamos nuestro tiempo libre con la trabajadora social, quien estudiaba para psicóloga y nos platicaba las cosas que aprendía. Ella me orientó para saber lo que realmente deseaba estudiar y fue cuando supe que en verdad lo que quería hacer era enseñar a niños pequeños; ser ese factor de cambio que actúa con autonomía, responsabilidad y compromiso; ser creativo y reflexivo, crítico y capaz de tomar decisiones responsables y asertivas, por eso elegí la Licenciatura en Educación Preescolar.

Ahora que estoy en la licenciatura, sé que esto es lo que esperaba. Hay personas que se burlan o dicen que ser educador no me dejará nada de provecho, pero aquí estoy para demostrarles todo lo contrario. Para ello, debo recibir una orientación porque, como dice Jiménez, ser profesor implica formarse con otros profesores, a partir del intercambio de opiniones, conocimientos, etcétera.

Espero que los docentes den lo mejor de su parte para brindarme educación de calidad; del mismo modo, daré lo máximo para ser un excelente profesor de preescolar y tener características específicas de la docencia. Entre estas características está desarrollar competencias específicas orientadas a facilitar el proceso educativo integral del niño, fortaleciendo sus capacidades sociales, afectivas, cognitivas y creativas a través de la mediación de experiencias vinculadas a la iniciación de la lectura y escritura. También, el profesor debe desarrollar el pensamiento lógico-matemático y la comprensión de su medio natural, social y cultural, y favorecer el aprendizaje de acuerdo con las características, necesidades e intereses de cada alumno. Del mismo modo, deberá evaluar y atender el desarrollo del niño y sus aprendizajes, fortalecer su acción didáctica, diseñando, evaluando y gestionando proyectos educativos que integren las necesidades educativas diversas.

¿Qué dirán?

Mi nombre es Perla Verónica Serrano Aguilar. Nací el 6 de septiembre de 1994 en el municipio de Juan Aldama, Zacatecas. Mis padres son Reyna Aguilar Serrano y Francisco Serrano Alba. Tengo dos hermanos y una hermana: Francisco Antonio, Jorge Alberto y Blanca Estela; yo soy la menor. Mi educación inició en el hogar, ya que desde pequeña mis padres me inculcaron valores y una formación inicial básica.

A la edad de cuatro años, ingresé al Jardín de Niños «Vicente Guerrero», donde recibí nociones sobre números, letras, vocales, colores, etcétera, aunque en mi casa ya había adquirido conocimientos previos sobre esto. Me gustó mucho esta etapa; se podría decir que ha sido una de las mejores. Me agradaba la forma en la que nos daba clases mi maestra de segundo grado, quien marcó mi vida y fue una de las razones por las que elegí esta carrera.

A los seis años de edad, asistí a la primaria «Miguel Hidalgo». Ahí, se ampliaron mis conocimientos y me gustaba la forma en la que los maestros impartían sus clases. Durante los tres primeros años, tuve una maestra por la que sentí mucho cariño, ya que su método para impartir incluía dedicación y paciencia, y se cercioraba de que todos entendiéramos el tema visto. Cuando estaba en quinto año, me fui a Estados Unidos porque mis padres querían que aprendiera otro idioma y porque todos mis hermanos están allá y la familia quería estar reunida, aunque al final a mi mamá no le gustó esa forma de vida. A mí me gustaba vivir allá y, a pesar de que al inicio no comprendía el idioma, luego me acostumbré. Después de seis meses, volví a la primaria en Juan Aldama; me gradué en el año 2006.

Tengo una tía que se dedica a la docencia; desde que yo era niña, me ayudaba con mis trabajos escolares, por eso quería ser como ella cuando fuera grande. Como mencionan María de la Luz Jiménez y Felipe de Jesús Perales (2007: p. 34), tal vez elegí la profesión por experiencias con modelos significativos desde mi niñez.

Cuando tenía 12 años, ingresé a la secundaria «Juan Aldama». No quería entrar porque tenía miedo, pues me habían dicho que a esa edad todo cambiaba y que dejaría de ser una niña para convertirme en adolescente. Entonces, empecé a conocer el valor de la amistad; era muy feliz con mis amigos y nos divertíamos mucho; aunque fue cierto que en la secundaria todo cambió, ya que no era un maestro el que nos impartía las clases, sino varios, pero igual me gustaban las clases. Ahí tomé el taller de Corte y Confección, pero no me agradó mucho y me cambié a Computación, que era lo que en verdad me gustaba.

Después de concluir la secundaria, ingresé al CBTIS N°. 141. Ha sido una de mis etapas favoritas, pues ahí conocí a nuevos amigos. Todo era más difícil al principio, ya que impartían las clases de diferente forma y estaban un poco más complicadas que las que había tomado anteriormente, pero siempre me gustó ir, sólo fue cuestión de adaptarme. Como debía realizar un servicio social, mis amigas y yo elegimos enseñar Computación a los niños, ya que estábamos en la especialidad de Informática.

Escogimos un kínder y, durante todo el servicio, conviví con los niños. Me gustaban sus inquietudes y el que les gustara mucho asistir a nuestra clase. Esa fue una de las razones que me llevaron a elegir esta carrera, ya que veía cómo les daban clases las maestras y sentí que eso era a lo que me quería dedicar.

En quinto semestre, teníamos que elegir un bachillerato que estuviera orientado a la carrera que íbamos a estudiar; aún no

estaba segura de cuál elegir, hasta que pensé bien: no quería ser abogada ni ingeniera, sino que en realidad me gustaba la carrera de Educación, pues quería enseñar y compartir mis conocimientos con niños más pequeños. Al final, elegí el bachillerato económico–administrativo, ya que era el que estaba más enfocado en la carrera que quería. Al final, me gradué como Técnico en Informática con bachillerato económico–administrativo y químico–biológico (debíamos elegir dos).

Investigué cuál universidad tenía la carrera de Educación y me di cuenta de que la mejor era la Benemérita Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho» y, aunque me dijeron que era difícil ingresar, seguí firme con mi decisión.

Pienso que mi vocación es natural, como lo dice Emilio Tenti (1999: p. 183), ya que surgió sólo por el deseo de ser maestra, de ayudar a niños pequeños a construir su conocimiento. He aprendido que el buen maestro es una combinación de vocación, cualidades morales y conocimiento pedagógico; además, sobre todo, se requiere paciencia para enseñar.

Recuerdo que un maestro me dijo una frase que me gustó mucho y me parece muy interesante y realista: «un maestro no da conocimientos, sólo es un mediador; orienta para que el alumno tenga el interés de investigar y aprender por sí mismo, ayuda para que los conocimientos sean entendidos». Debe existir una relación entre el docente y el alumno, para ayudar a que éste encuentre sus propios conocimientos (Delors, 1996: pp. 159–160). A pesar de que algunas personas me decían que no estudiara para maestra porque es un mal trabajo, mal pagado, poco valorado y porque los profesores siempre andan en manifestaciones, no hice caso a estos malos comentarios, ya que en realidad era la carrera que me gustaba y lo que deseaba ejercer en un futuro. Agradezco a mis padres por apoyarme en mi decisión.

Ahora, estudio la carrera que amo, formándome como educadora, adquiriendo conocimientos para ponerlos en práctica en el futuro. No quiero ser una maestra tradicionalista; quiero innovar y dar lo mejor para que los niños tengan una visión del mundo crítica y particular, para formar personas de bien.

El surgimiento de mi elección docente

Mi nombre es Roxana Álvarez Arredondo. Nací el 10 de julio de 1994 en la ciudad de Juan Aldama, Zacatecas. Soy hija de Antonio Álvarez Perales y Ana María Arredondo Morales, licenciados en Educación Primaria. Soy hermana de Marco Antonio y Yoshio de Jesús, estudiantes de Ingeniería Electromecánica y preparatoria, respectivamente.

Inicié la primera etapa de educación básica, que es preescolar, cursando los tres años en el Jardín de Niños «Luis de la Rosa Oteiza», en Juan Aldama. En esta etapa, no recuerdo tener ningún elemento significativo académicamente, no recuerdo haber visto ni números ni letras; parecía más un jardín de manualidades y juegos.

Mi segunda etapa fue la educación primaria, la cual cursé en la escuela «Ramón López Velarde», que se encuentra también en mi ciudad de origen. Mis padres trabajaban en esa institución, donde hasta la fecha laboran. Durante los seis años, mantuve un buen promedio; pero lo más importante fue tener un excelente maestro en quinto y sexto grado, quien no sólo ha desempeñado la función del mejor maestro en mi vida, sino que también es el mejor padre que pueda existir. Ese maestro es el profesor Antonio Álvarez Perales, mi padre.

Antonio ha demostrado lo que significa ser maestro porque él es un líder, es crítico, busca estrategias de aprendizaje, trabaja con ética, muestra dominio del conocimiento, es autónomo, innovador, enfrenta problemas en el aula, te hace reflexionar, difunde el deseo de aprender y evalúa, tal y como dice Eduardo Mercado (2008: p. 111): «[un] docente debe ejercer: con

vocación, con un amplio sentido de identidad, de pertenencia, con una serie de habilidades y destrezas intelectuales, sociales, de empatía y una búsqueda de sentido a través de coherencia y compromiso con los demás».

Hay dos tipos de vocación, según Emilio Tenti (1999: p. 183): vocación natural y artificial. La vocación natural en sí es un llamado, es la auténtica y deseable; mientras que la vocación artificial es el resultado de un esfuerzo analítico y una disciplina particulares. He identificado que mi padre posee una vocación natural, debido a que tengo recuerdos, como evidencia de esa vocación, y experiencias como su alumna, y sé que sus clases me parecían interesantes, jamás aburridas; el tono de voz que usaba demostraba autoridad, pero también humildad. Su metodología era muy dinámica y, además, sus contenidos abarcaban lo actitudinal, lo procedimental y lo conceptual, lo que lo convierte en un profesor competente.

Durante esa época, aprendía bastante. Eso no significa que mi padre me transmitiera sus conocimientos, porque «el conocimiento, a diferencia del saber, no es directamente transmisible»; por el contrario, él me enseñaba a aprender y a construir mis propios conocimientos.

Después de la primaria, ingresé a la secundaria «Gustavo Díaz Ordaz». Cabe decir que fue la peor etapa académica para mí, en particular, porque que el sistema de enseñanza que tenían no era bueno. Los maestros carecían de conocimientos acerca de las asignaturas que impartían y el método tradicionalista me impulsaba como alumna sólo a memorizar contenidos y no a generar mi propio conocimiento. Además, los profesores constantemente faltaban a trabajar y la organización de la institución se encontraba por los suelos.

Al término de la secundaria, decidí ingresar al CBTIS N°. 141, en el que cursé una carrera técnica de Contabilidad. Fue

una etapa buena, aunque no excelente, según mi criterio. El CBTIS N°. 141 destacó un año por ser el mejor del estado de Zacatecas; no obstante, aunque formé parte de él, debo decir que no aprendí mucho en realidad. Incluso, siempre los padres de familia y alumnos han dicho que la escuela tiene a un excelente profesor, se refieren al maestro que imparte Química; ante lo cual me pregunto: ¿el mejor maestro es el que te encarga más trabajos que los demás, quien te satura con cantidades enormes de apuntes y resúmenes, te hace exponer temas que no puedes dominar y no deja conocimientos en ti? Peor aún, ¿es un buen maestro aquél que no estimula en ti el deseo de aprender?

Hasta la fecha, no entiendo cómo el CBTIS N°. 141 llegó a ser uno de los mejores, porque sólo me enseñaron a memorizar los contenidos, como en secundaria, y no a aprender, como en la primaria. Ésta es una razón más por la que decidí ser maestra, para generar el deseo de aprender y no sólo de memorizar.

En mi etapa universitaria, en el año 2012, como toda joven, tenía dudas acerca de qué licenciatura estudiar. ¿Cómo sabría a los 17 años de edad a qué quería dedicarme toda la vida? ¿Cómo elegiría la mejor opción sin equivocarme? Durante ese año, antes de graduarme del bachillerato, ya había comentado a algunos de mis profesores que tal vez iba a estudiar para ser maestra. Uno de ellos expresó su opinión y dijo que ser maestro de Educación Primaria es poca cosa, hecho que me recuerda lo dicho por el alumno Arturo Navarrete Trujillo en la compilación *Mi primer experiencia como docente* (Ramírez, 2004: p. 12), quien dice que durante su etapa de estudiante también se enfrentó a la opinión popular de que «los maestros no hacen nada, sólo se la pasan en huelgas, ganan poco y, por si no fuera suficiente, deben soportara los alumnos ruidosos y groseros».

Otro de mis profesores me dijo que meditara y reflexionara sobre lo que mejor me convenía a futuro, ya que si estudiaba una ingeniería o una licenciatura que no fuese en Educación, habría más opciones para ejercer; sin embargo en la Licenciatura de Educación únicamente tendría la opción de ser maestra.

Cuando por fin llegó el día de decidir en qué institución aplicaría examen de admisión, opté por presentar en la Licenciatura en Administración en el Instituto Tecnológico de Zacatecas (ITZ) y en la Benemérita Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho» para la Licenciatura en Educación Primaria. Aunque mi prioridad siempre fue la Normal, debido a los rumores de que era muy complicado ser aceptado ahí por el mínimo número de alumnos aceptados, decidí aplicar también examen en el ITZ para evitar el riesgo de perder un año sin estudios a nivel superior.

Mi opción principal era la Normal y el trabajo que realiza mi padre como docente fue la clave para decidir que quería ser educadora. Asimismo, aunque no las tenía en claro, ya pensaba las implicaciones de la profesión de ser docente, como: promover el conocimiento, transformar la labor docente en una tarea de creatividad científica, ya que la enseñanza y el aprendizaje van más allá de sólo enseñar y aprender (Mercado, 2008: p. 26). Desafortunadamente, no fui aceptada en la Normal, hecho que representó una enorme decepción de mí misma, motivo por el cual ingresé al ITZ, donde cursé un año de la Licenciatura en Administración.

Mi experiencia en el Tecnológico consistió en que durante casi todo el año escolar no tuve clases. La mayoría de los maestros que trabajan ahí también ejercen en otra universidad o en oficinas de gobierno y, tal como dice un dicho, «el que sirve a dos amos, con uno queda mal». Había días en los que incluso

tenía tres horas libres. También debo decir que la institución tiene carencias, no materiales, sino de mantenimiento y cuidado; por ejemplo, el centro de cómputo tenía un gran número de computadoras y, sin embargo, sólo cuatro o cinco funcionaban adecuadamente. Además, el método de enseñanza no era el mejor, porque los conocimientos no se pueden transmitir, antes bien se construyen. En resumen, en esta etapa universitaria no registré avances académicos. Considero que no aprendí nada, al igual que algunas compañeras, quienes, al igual que yo, decidieron cambiar de universidad.

En 2013, volví a presentar examen en la Normal, porque entendí que con la carrera que había cursado, Licenciatura en Administración, no podía estructurar un plan de vida a largo plazo ni sentir gusto por ejercer.

Por lo tanto, aproveché la segunda oportunidad que se me presentó para aplicar examen en la Normal, aunque con un ligero cambio de licenciatura: ahora aplicaría para la Licenciatura en Educación Preescolar. Aunque siempre me he cuestionado si seré apta o no para ejercer la profesión docente, siempre he sabido que es lo que realmente quería y aún quiero.

En 2013, fui aceptada en la Licenciatura en Educación Preescolar en la Benemérita Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho». En esta institución, se educa a los futuros maestros a partir de la formación de una identidad que incluye aspectos como la personalidad, ya que, como lo dice Emilio Tenti (1998: p. 35), es uno de los factores más importantes en la enseñanza; el carácter, el grado de la cultura intelectual y moral, el interés que toma en su profesión, el cariño que inspira en sus alumnos, el entusiasmo que siente por su alto y noble ministerio, esto es personalidad.

Otro concepto importante en la educación de nivel superior enfocada en el trabajo docente es la formación, que consiste en

el trabajo sobre nosotros mismos que nos procuramos a través de mediadores (Ferry, 1990: p. 43). Estos mediadores son los maestros, la institución, la tecnología, los compañeros y los familiares, entre otros.

Por mi parte, buscaré mi formación y una identidad, pues, para ejercer una profesión de excelencia, a pesar de que no hay maestros perfectos, sería conveniente tener una formación doble: la pedagógica y la profesional. La pedagógica se caracteriza por los conocimientos académicos, y la formación profesional implica ir más allá: generar conocimiento.

Durante los pocos días que he estado en la Normal, he aprendido lo que debo poseer para cumplir mi misión, porque, y de acuerdo con lo que plasma el Boletín de Educación de Santa Fe, «si el maestro no tiene fe en la escuela, no tendrá entusiasmo; sin entusiasmo profesional todo maestro es malo, tanto que nos parece criminal» (Tenti, 1999: p. 187).

Entrar a la Normal fue lo que siempre quise porque confío en la institución como una de las herramientas fundamentales para el desarrollo y el ejercicio del oficio docente. Lamentablemente, en la actualidad, la docencia ha sido degradada por la sociedad, que le ha dado muchos calificativos poco favorables a dicha profesión. Ahora, más que el gobierno, es la sociedad quien presiona al maestro para que haga un cambio y demuestre mejores resultados en todos los aspectos. La tarea que tenemos los docentes en formación es reconstruir la imagen de un buen docente con hechos para rescatar el respeto que sentía la sociedad por el maestro.

En 2013, curso el primer semestre de la carrera de Educación Preescolar en la Benemérita Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho», y aún pienso que ser educadora es la mejor opción que he tomado, aunque deba enfrentarme a los imaginarios de la sociedad y a las implicaciones negativas de ser maestro.

Reflexiones finales¹

La elección de la docencia como una carrera profesional de vida no es fácil; por el contrario, es todo un desafío frente a los problemas de formación de profesores y a la problemática social que hoy se manifiesta en el diario acontecer. Ser profesor requiere mucho más que dominar una materia o disciplina; implica potenciar y producir conocimientos en los alumnos, hacerlos pensar, generar en ellos el deseo de seguir aprendiendo; implica, además, poner el alma y el intelecto en juego cuando se ejerce la docencia; es un trabajo de construcción de conocimientos, de vocación y corazón. Ante esto, no existe un solo modelo que dé como resultado la formación de un *buen docente*.

La identidad profesional es un proceso que se construye desde mucho antes de ingresar a la carrera profesional y comenzar la formación inicial. Pero, ¿cómo saber si los estudiantes tienen vocación? ¿Cómo saber si la elección de la profesión tiene como base una falsa creencia de lo que es ser docente? ¿Qué recovecos no explícitos están latentes en la elección profesional como docentes? El presente trabajo reúne las reflexiones acerca del vínculo entre la elección personal de ser profesor y las exigencias sociales y educativas en la actualidad que manifiestan los alumnos de nuevo ingreso a una institución formadora de docentes. El sustento para la exposición de las autobiografías que se integran, se encuentra en los aportes de Foucault (1986) y Touraine (1997) acerca de que el sujeto se construye a partir de reconocerse como individuo en el que se da la voluntad de obrar y de ser reconocido como actor social, para después ser sujeto en relación con los otros.

1 Los aportes de las reflexiones finales y conclusiones fueron presentados en el XIV Congreso Nacional de Investigación Educativa en el año 2017 y publicados en las memorias del evento.

Actualmente, la Reforma en Educación Normal (SEP, 2012) destaca la importancia de revisar la formación profesional como contenido conceptual y eje de análisis. Para ello, se hace necesario que, en la formación inicial, los alumnos reflexionen sobre la relación entre la elección personal de ser profesor y las exigencias sociales, educativas, culturales, ideológicas, políticas y administrativas de la profesión docente, lo que posteriormente será la pauta para generar procesos de comprensión y explicación acerca de las complejas responsabilidades que conlleva esta tarea.

Las escuelas normales del país viven hoy una reforma educativa que propone un nuevo plan de estudios (2012). En él, se plantea un perfil del docente en formación que responda a la transformación social, cultural, científica y tecnológica que se vive en México y en el mundo, así como a los retos que ésta supone. Con base en ello, en el proceso educativo deberá asegurarse la participación activa del educando al estimular su iniciativa y su sentido de responsabilidad social (Acuerdo 649), acciones que competen a las instituciones de nivel superior.

Para el análisis del presente trabajo se recopilaron 24 autobiografías de alumnos de la Licenciatura en Educación Preescolar, de la Benemérita Escuela Normal “Manuel Ávila Camacho”, de Zacatecas, donde se deduce que la elección profesional es “un proceso que comienza mucho antes de nuestro ingreso en el instituto formador en nuestras propias experiencias escolares, y que continúa durante toda nuestra vida profesional” (Ander-Egg, 2005: p. 34). Dicha elección surge, por un lado, de una construcción con base en una tradición familiar de ser profesor y que pasa de generación en generación y, por el otro, de las experiencias escolares que marcan la decisión profesional de cada estudiante. El contenido de sus escritos permite analizar las concepciones que ellos tienen sobre por qué eligieron la profesión de ser docentes en educación

preescolar y la controversia que existe para tomar tal decisión.

El estudio se realiza en torno a cuatro preguntas básicas que se plantearon frente a la formación inicial de estos alumnos: ¿Quería ser profesor de preescolar?, ¿por qué eligió esta carrera?, ¿qué significa ser profesor para estos alumnos? y ¿cuáles son los retos de la Escuela Normal frente a estas concepciones?

a. La elección de la profesión.

Para localizar las ideas que tienen los estudiantes respecto de las preguntas planteadas, se leyeron todos los textos presentados, en los cuales se encontraron las respuestas a dichos planteamientos. Así, para la cuestión *¿Quería ser profesor de Educación preescolar?* Se encontró lo siguiente:

Categoría	Estudiantes	%
Sí querían ser profesores	21	87.5%
No querían ser profesores	3	12.5%
Total	24	100%

Tabla 1. Elección de la profesión.

Ante la pregunta de si quería ser profesor (Tabla 1), se encontró que 21 estudiantes sí querían ser profesores e ingresar a la Escuela Normal, lo que equivale a un 87.5 %. Se hallaron respuestas como: «Desde que era pequeña, me visualicé como maestra y estaba segura de querer entrar a la Escuela Normal, aunque sentía temor de no aprobar el examen [...] Cuando publicaron los resultados de la Normal, descubrí que había quedado y fui muy feliz». En cierta medida, ello considera el desarrollo de una profesión con vocación ya sea natural (auténtica y deseable) o artificial (esfuerzo analítico):

“no se trata de elegir el magisterio entre otros oficios posibles. Si se habla de elección, ésta debe responder a una especie de predisposición, de un llamado interior” Tenti (1999: p. 183). Por otro lado, 3 alumnos manifiestan abiertamente que no querían ser docentes, lo que equivale a un 12.5 %. Un ejemplo de esto es:

Toda mi niñez soñé con estudiar Medicina Humana. Amaba la idea de lucir una larga y pulcra bata blanca y que las personas me llamaran doctora [...] En realidad, me ilusionaba la idea de conocer el cuerpo humano, recetar medicamentos a las personas para que luego se aliviaran como por arte de magia, así como ayudar a personas que lo necesitaran.

En casos como éste, la elección profesional docente no aparece como una primera opción; se elige en segundo o tercer término entre otras. También hay casos en los que, después de elegir y cursar dos semestres de una carrera como Medicina o Ciencias Químicas, el estudiante decide cambiar a cursar la del magisterio en preescolar, por ejemplo:

Estaba indecisa y me fui por el lado incorrecto: pasé un año en Ciencias Químicas de la UAZ; por cuestiones de salud, tuve que salir. Intenté regresar y me sentí igual. Como asevera Jiménez Lozano (2007: p. 25): “No apruebo en absoluto que uno trate de engañarse alimentándose de falsas imaginaciones”. Por lo tanto, no me quedaría ahí sabiendo que no me gustaba estudiar eso, y menos al darme cuenta de que eso me hacía daño. [...] Entonces, decidí ingresar a la Escuela Normal, pude tomar un lugar en la Licenciatura en Educación Preescolar y sigo aquí. Estoy enamorada de mi carrera y veo un futuro con éxito.

Este ejercicio de reflexión sobre la decisión de ser profesor permite a los estudiantes pensar sobre la trascendencia de su elección; además, es base para propiciar en la escuela procesos del pensamiento que les permitan comprender y explicarse las responsabilidades y compromisos que conlleva la tarea de la docencia.

b. Razones de la elección

Ante esta pregunta, se considera que no sólo es decidir la profesión, también es necesaria la reflexión sobre las razones que llevaron a los estudiantes a elegir esta forma de vida profesional. En las autobiografías, se observan cuatro elementos que juegan un papel muy importante en la elección de la carrera profesional del magisterio, pero son dos los que sobresalen: la influencia familiar y la figura de un profesor que desde la percepción de los estudiantes fue ejemplo en su formación educativa, también están los profesores que desde su visión eran *malos maestros*, considerando el mal trato que daban a los niños, el uso de metodologías tradicionales y el poco interés por la preparación profesional para dar sus clases; lo que indica que al docente se le exige una preparación sólida en el ámbito pedagógico y científico, y muchos de ellos tenían el saber científico necesario más su formación pedagógica no era la adecuada, es decir, no contaban con la capacidad de enseñar a los alumnos (Tenti, 1999). Otros factores de influencia en dicha elección son el contexto social y la vocación natural que desde pequeños desarrollaron.

Categoría	Estudiantes	%
Maestros ejemplares	8	33%
Entorno familiar	7	29%
Influencia del contexto social	6	25%
Vocación natural	3	12%
Total	24	100%

Tabla 2. Razones de la elección.

Las respuestas se ordenaron en cuatro categorías que muestran las tendencias en la elección de la carrera como docentes y se expresan en la tabla 2:

Dentro de la primera categoría, *Maestros ejemplares*, que representa un 33%, se encuentran afirmaciones como la siguiente: «tuve una maestra muy especial que me enseñó muchas cosas, principalmente que la vida estaba comenzando para mí y con ella mis responsabilidades, al tiempo que incrementó mis conocimientos». Al leer este comentario, surge una pregunta obligada: ¿qué es ser un buen profesor?, es decir, ¿qué valoran los alumnos para catalogar a un docente como *bueno*, las actitudes o los conocimientos? En muchos de los alumnos principiantes «el magisterio no se define como una profesión, sino como misión y sacerdocio» (Tenti, 1999: p. 121). Si bien es cierto, como dice Mercado (2008), los maestros deben inculcar respeto, honradez, generosidad y tolerancia, también debe existir la motivación por los aprendizajes, la construcción de conocimientos en el campo profesional y desde luego el desarrollo personal como sujetos. En palabras de Tenti, esto sería la cientifización relativa al oficio, como lo percibe esta alumna: «[mi maestro] no me enseñó solamente conceptos y teorías, también me mostró que debemos realizar bien nuestras acciones, con gusto, amor y compromiso; pero, sobre todo, hizo que recobrara el amor por el conocimiento, el cual ya había perdido hace tiempo».

En la categoría *Entorno familiar*, que corresponde al 29 %, se observan diálogos en los que se manifiesta que algún familiar cercano es maestro y que de ahí surge la idea de elegir esta profesión; por ejemplo: «tengo una prima que se graduó de la Escuela Normal; ella ya ejerce como docente, le va bien y eso me motiva», así como la estudiante que escribe:

Lo más importante fue tener un excelente maestro en quinto y sexto grado, quien no sólo ha desempeñado la

función del mejor maestro en mi vida, sino que también es el mejor padre que pueda existir. Ese maestro es mi padre [...] ha demostrado lo que significa ser maestro porque él es un líder, es crítico, busca estrategias de aprendizaje, trabaja con ética, muestra dominio del conocimiento, es autónomo, innovador, enfrenta problemas en el aula, te hace reflexionar, difunde el deseo de aprender y evalúa.

El 25 % de los alumnos eligió esta profesión por *Influencia del contexto social*. Los siguientes diálogos son ejemplo de lo anterior: «Los catequistas ponían al grupo a cantar, dibujar, y bailar, actividades similares a las realizadas en el jardín de niños, y el entusiasmo con el que realizaban dichas dinámicas influyó en mi conducta, de tal forma que comencé a imitar sus acciones», y «me entusiasmé con la idea de que, cuando fuera grande, quería ser maestra de preescolar. Tanta fue mi emoción que jugaba a la escolita con mis amigas; ponía actividades que había realizado en el jardín de niños». El 12 % de los alumnos eligió la profesión por vocación o inclinación natural hacia ésta, como ya se explicó anteriormente.

Es un hecho, la elección de ser maestro surge de condiciones de vida y contextos determinados; aparece gracias a los acercamientos que de alguna manera tienen estos alumnos con la actividad de la enseñanza: «El contexto familiar en el que convivieron, la atmósfera simbólica que valoraba la docencia, las prácticas formales e informales observadas en sus padres y el proyecto de la escolarización produjeron disposiciones para elegir la profesión» (Jiménez y Perales, 2007: pp. 29–90).

c. El significado de la profesión.

El deseo de ser alguien en la vida, de dedicarse a desarrollar un cierto tipo de profesión, requiere la formación en conocimientos formales y especializados en el ser humano

para llegar a ser un profesional, en este caso, de la docencia. La idea que tienen los alumnos de este grupo sobre el significado de ser maestros va mucho más allá de sólo dominar una materia o disciplina académica; implica potenciar y producir conocimientos en sus alumnos, hacerlos pensar y generar en ellos el deseo de seguir aprendiendo y de descubrir el mundo. Subyace la idea de que ser profesor es una carrera de grandes retos sociales y transformación constante; el docente es mediador en un sistema educativo que educa para la sociedad actual, considerando los conocimientos básicos que los alumnos deben poseer, lo que implica un compromiso consigo mismo y con la comunidad educativa en general.

Las opiniones que se encontraron respecto del significado de ser profesor se categorizaron de la siguiente manera: enseñar con el ejemplo, es una profesión de retos sociales y transformación constante, compromiso valores y conocimientos, y ser líder (tabla 3):

Categoría	Estudiantes	%
Compromiso, valores y conocimientos	12	50 %
Retos sociales y transformación constante	7	29.2 %
Enseñar con el ejemplo	4	16.6 %
Ser líder	1	4.2 %
Total	24	100%

Tabla 3. El significado de ser profesor.

Destaca con un porcentaje mayor (50%), la categoría *Compromiso, valores y conocimientos*, sobre la idea de que el profesor es o debiera ser un personaje comprometido con lo que hace, reconociendo que su función va más allá de sólo

transmitir conocimientos; es un profesional que debe estar formado de manera integral, incluyendo la formación moral, como lo muestra la siguiente respuesta:

Durante los tres primeros años, tuve una maestra por la que sentí mucho cariño, ya que su método para impartir incluía dedicación y paciencia, y se cercioraba de que todos entendiéramos el tema visto [...] el buen maestro es una combinación de vocación, cualidades morales y conocimiento pedagógico; además, sobre todo, se requiere paciencia para enseñar.

La representación de que sólo es para educar a niños pequeños surge, posiblemente, de la especificidad de la licenciatura que actualmente cursa esta estudiante.

Uno de los propósitos de la educación actual es considerar la formación de un ciudadano del mundo, por lo que la escuela es el espacio ideal para formar la personalidad de seres preparados con los conocimientos que la ciencia y la tecnología vigente requieren, además de formar seres racionales, igualitarios e incluyentes, humanos más libres con un marco de valores fundado en el respeto, la diversidad y la tolerancia, según lo señala la réplica de esta alumna:

Me identifico con lo que menciona Jiménez en su libro *Aprendices de maestros* (2007, p. 33) acerca de que además de considerar esta profesión como un proyecto de vida, una carrera profesional o una vida llena de sueños, implica un compromiso no sólo conmigo misma, sino con mi país y principalmente con los niños. Al estar en esta carrera profesional, adquiero el compromiso de actuar de una manera ética, con moral y valores, y enfocada a contribuir al aprendizaje de los alumnos, a su formación académica e integral.

Esto implica un compromiso de formación continua en el plano ético, moral y de valores en la vida personal y profesional de cada docente.

Otra categoría que destaca, con 29.2%, es la referida a *Retos sociales y transformación constante*, acciones que deben ser enfrentadas a la altura de las necesidades educativas actuales: «Ser profesor implica ser una persona amigable que tiene métodos de enseñanza dinámicos, que se aleja de métodos tradicionales como el dictado. El docente debe actualizarse y perfeccionar sus conocimientos. Ser profesor es ser creativo, reflexivo, crítico y capaz de tomar decisiones responsables y asertivas».

La siguiente categoría en porcentaje es *Enseñar con el ejemplo*, o ser un modelo para los alumnos. Ésta equivale al 16.6%, con respuestas como la siguiente: «Es un modelo a seguir, es un trabajo con niños pequeños que resulta más sencillo que primaria y secundaria».

Finalmente, el 4.2% considera que ser profesor es *Ser líder*, pues es quien coordina las acciones en la escuela; muestra dominio del conocimiento; enfrenta y resuelve problemas en el aula; difunde el deseo de aprender; planea, ejecuta y evalúa los procesos de aprendizaje.

d. Retos de la escuela normal en la formación inicial

En este sentido ¿Qué esperan los alumnos de su formación inicial en esta escuela? y ¿cuáles son los retos que enfrenta esta institución en dicha formación? Desde la perspectiva de los alumnos, son muchos los retos que la escuela debe superar para satisfacer sus necesidades de formación profesional. Consideran que es necesario que la Escuela Normal les brinde oportunidades para desarrollar competencias específicas orientadas a facilitar el proceso educativo integral del niño; dejar a un lado el tradicionalismo que muchos de ellos

vivieron durante su trayecto escolar de vida; que la planta docente les facilite la oportunidad de innovar, crear y generar conocimientos pedagógicos, didácticos y científicos en torno de cada una de las disciplinas y asignaturas desde los actuales enfoques de la enseñanza; formarse en los conocimientos que todo maestro debe dominar; y fortalecer constantemente su formación mediante la actualización permanente.

Sin duda, uno de los retos del magisterio es adquirir el rango *profesional* mediante la profesionalización de la enseñanza, lo que implica la generación de conocimientos en el ámbito educativo. Con ello, no sólo se rescataría el prestigio profesional, sino también la remuneración económica y las condiciones laborales apropiadas para desempeñar la docencia, pues «los procesos de profesionalización también son utilizados por los grupos profesionales para referirse a un colectivo con un alto nivel de formación, competente, especializado y consagrado a su trabajo, que responda eficazmente a la confianza pública» (Imbernón, 1997: p. 20). De ahí la necesidad de reconstruir la imagen del *buen profesor* frente a la sociedad y repositonarlo en el lugar de privilegio social que le corresponde, reconociendo la científicidad que dicha profesión requiere.

Por otro lado, es necesario compartir los conocimientos que se construyan mediante proyectos académicos con sus colegas y actualizarse continuamente, pues, de acuerdo con Delors, la «educación encierra un tesoro» (1996: pp. 9–27, 155, 171). De tal manera que se necesita educar a las nuevas generaciones para que aprendan a aprender junto con otros, a experimentar juntos, a explicar su pensamiento para que el interlocutor lo conozca y a reconocer las riquezas de intercambio cognitivo, afectivo, axiológico y cultural.

Conclusiones

En cada testimonio se refleja la personalidad de cada autor, sus emociones, sentimientos, sensaciones, expectativas, hábitos, ideales, tradiciones y mitos sobre la docencia. Su sentir va más allá de lo que evoca el texto, cuyo trasfondo tiene varios sentidos no evidenciados, pero sí latentes en cada mensaje emitido, que se rescatan como sigue:

La iniciativa en los estudiantes de ser profesor es, en algunos, un proceso que se construyó desde mucho antes de ingresar a la carrera profesional y, en otros, al iniciar la formación profesional como docente en la Escuela Normal.

La elección profesional como docente surge porque la tradición familiar de ser profesor pasa de generación en generación y por las vivencias escolares que marcan la decisión profesional de cada estudiante.

Como se ha observado, la elección profesional de la docencia de la generación 2014–2018 de futuros maestros ha permeado la vocación —llamado natural o artificial— ante su profesión, situación que pudiera incidir en una formación de calidad. Sin embargo, este elemento sólo no es suficiente para lograr dicho fin; existen otros factores que pudieran obtener o animar dicho cometido. La pregunta que surge es ¿Quiénes son los actores que pudieran participar en una formación profesional como docente que aprovechara la vocación de la profesión con la calidad académica? ¿Qué retos los formadores de docentes tienen que enfrentar ante dicha manifestación de vocación? ¿Cómo se involucrarían los directivos y administradores en la formación docente de los futuros maestros?

Aprovechar la vocación de los alumnos de esta generación es una parte sustancial para su formación, aunada a la calidad

de la preparación de los formadores de docentes y a las recomendaciones que resultan relevantes para transparentar la áreas de oportunidad que ayudarán a la mejora continua, como:

- a. Fomentar una formación paralela de desarrollo humano a fin de restaurar el liderazgo como forma de ser en el futuro docente.
- b. Crear condiciones para la generación de conocimientos que surjan de la propia práctica pedagógica que realiza el formador de docentes en torno de cada una de las disciplinas y asignaturas que imparta.
- c. Precisar los criterios para valorar la vocación de los aspirantes que decidan laborar en la institución de formadores de docentes, para rescatar el liderazgo en la enseñanza.
- d. Legitimar la obligatoriedad de la actualización permanente del formador de formadores mediante el ofrecimiento de cursos, diplomados, talleres ofrecidos por año o semestre laboral.
- e. Seguir fomentando el ser normalista como requisito para laboral en la Escuela Normal.
- f. Crear metas institucionales en relación con la proyección de conocimientos en cuerpos académicos para crear ambientes en y para el saber cotidiano que involucre a los alumnos, maestros y directivos.
- g. La elección profesional como docente se disemina en ocasiones ante la percepción personal: si el querer ser docente era afín o contradictorio con esta percepción, el trabajo muestra que se generaron rupturas entre lo que se creía que era ser docente y lo que desde la perspectiva institucional formadora de docentes se construye. Aquí,

el futuro maestro rompe con sus imaginarios, pero crea otros que lo adentran a la adquisición de herramientas necesarias para ejercer la docencia dentro de un marco real que puede asumir o renunciar.

Bibliografía

- ANDER-EGG, E. (2005) *Debates y propuestas sobre la problemática educativa*. Argentina: Homo Sapiens (pp. 22–90).
- DELORS, J. (1996) *La educación encierra un tesoro*. México: UNESCO, Siglo XXI (pp. 9–27, 155–171).
- FERRY, G. (1990) *El trayecto de la formación. El enseñante entre la teoría y la práctica*. México: Paidós (pp. 43–63).
- FOUCAULT, M. (1986). *Por qué hay que estudiar el poder. La cuestión del sujeto*, en la obra colectiva materiales de sociología crítica. Madrid. La piqueta.
- HARGREAVES, A. (2005) *Profesorado, cultura y posmodernidad. Cambian los tiempos, cambia el profesorado*. España: Morata.
- IMBERNÓN, F. (1997) *La formación y el desarrollo profesional del profesorado. Hacia una nueva cultura profesional*. Barcelona: GRAO, imprimeix. (p. 20).
- JIMÉNEZ, M. L. y F. J. PERALES (2007) *Aprendices de maestros. La construcción de sí*. México: Pomares, UPN, Gobierno de Coahuila (pp. 29–90).
- MERCADO, E. (2008) *El oficio de ser maestro: Relatos y reflexiones breves*. México: ISCEEM.
- SEP, (2012). Reforma curricular de Educación Normal. México, D.F.
- TOURAINÉ, ALAIN. (1997) ¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes Madrid, PPC Editorial,
- TOURAINÉ, ALAIN. (2002). A la búsqueda de sí mismo: diálogo sobre el sujeto. Grupo Planeta (GBS).
- SEP (2012). Diario Oficial de la Federación. Acuerdo 649 por el que se establece el Plan de Estudios para la Formación de maestros de Primaria. México D.F.
- MORIN, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. UNESCO, México: Siglo XXI.
- PERRENOUD, P. (2001) «La formación de los docentes en el siglo XXI», en *Revista de Tecnología Educativa*, XIV, N.º 3,

Santiago–Chile (pp. 503–523).

- RAMÍREZ, F. (2004) *Mi primera experiencia docente*. México: SEP, Benemérita Escuela Normal «Manuel Ávila Camacho».
- TEDESCO, J. C. y E. TENTI (2002) «Nuevos tiempos y nuevos docentes», en Conferencia Regional «El Desempeño de los Maestros en América Latina y el Caribe: Nuevas Prioridades». Brasil: UNESCO.
- TENTI, E. (1999) *El arte del buen maestro*. México: Pax (pp.181–239).
- TORRES, R. M. (2000). *Itinerarios por la educación latinoamericana. Cuadernos de viaje*. Argentina: Paidós.
- TORRES, S. J. (2009) *La desmotivación del profesorado*. España: Morata (pp. 31–118).